MOSCÚ-PETUSHKÍ
VENEDIKT EROFÉIEV

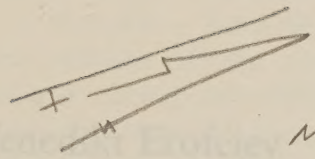
La primera edición de MOSCÚ-PETUSHKÍ se agotó rápidamente: la tirada había sido de un ejemplar. Desde entonces se me han hecho muchos reproches –aunque, desde luego, sin el menor fundamento– referidos al capítulo HOZ Y MARTILLO - KARACHÁROVO. En la introducción a esa primera edición recomendaba a todas las jovencitas que cuando leyeran el libro se saltaran el capítulo HOZ Y MARTILLO - KARACHÁROVO, ya que la frase *E inmediatamente me puse a darle al trago* iba seguida de página y media de tacos, y no había en todo el capítulo ni una sola palabra decente a excepción de esa frase.

42-16'00

Digitized by the Internet Archive
in 2024

https://archive.org/details/moscupetushki0000erof

MOSCÚ-PETUSHKÍ



Newcastle,
mayo 16-
recomendación
de Lino

Moscú-Petushkí

Venedikt Eroféiev

Traducción de Helena S. Kriúkova y Vicente Cazcarra

marbot ediciones

Título original: MOCKBA - ПЕТУШКИ
(versión íntegra sin censura)

Traducción de Helena S. Kriúkova y Vicente Cazcarra
Diseño de cubierta de Xavier Carbonell

1ª Edición octubre 2010

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas, la reproducción total o parcial de esta publicación, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros medios.

© 1989, Almanaque "Viest", "Knizhnaia palata".
© de la traducción: Helena S. Kriúkova y Vicente Cazcarra
© 2010 Marbot Ediciones
Pg. Sant Joan, 199, 3-1
08037 Barcelona
e-mail: marbot@marbotediciones.com
www.marbotediciones.com

ISBN: 978-84-92728-11-4
Depósito legal: B-39.370-2010

Impreso en Gràfiques 92, S.A.
Avda. Can Sucarrats, 91 - 08191 Rubí (Barcelona)
Impreso en España - Printed in Spain

Advertencia del autor

La primera edición de *Moscú-Petushki* se agotó rápidamente: la tirada había sido de un ejemplar. Desde entonces se me han hecho muchos reproches —aunque, desde luego, sin el menor fundamento— referidos al capítulo «Hoz y Martillo - Karachárovo». En la introducción a esa primera edición recomendaba a todas las jovencitas que cuando leyeran el libro se saltaran el capítulo «Hoz y Martillo - Karachárovo», ya que la frase «E inmediatamente me puse a darle al trago» iba seguida de página y media de tacos, y no había en todo el capítulo ni una sola palabra decente a excepción de esa frase. Pero lo único que logré con tan escrupulosa advertencia fue que todos los lectores, y especialmente las jovencitas, acometieran directamente la lectura del capítulo «Hoz y Martillo - Karachárovo», dejando a un lado los capítulos anteriores sin tan siquiera leer la frase «E inmediatamente me puse a darle al trago». Por eso he considerado necesario, en la segunda edición, quitar todas las palabras gruesas del capítulo «Hoz y Martillo - Karachárovo». Así, la cosa irá bien. Primero, porque los lectores comenzarán el libro por el principio. Y segundo, porque no se sentirán ofendidos tras haberlo leído.

Dedico estas trágicas páginas
a mi querido Vadim Tíjonov,
el primero en comprenderme.

Moscú. Camino de la estación de Kursk

La gente se pasa la vida con el Kremlin en la boca. No hago más que oír hablar de él a todo el mundo y, sin embargo, no lo he visto nunca. He recorrido Moscú un montón de veces (más de mil) de norte a sur, de este a oeste, de parte a parte, de través o como viniese a cuento, tanto borracho como con resaca. Pero jamás me he topado con el Kremlin.

Ayer, para no variar, tampoco lo vi. Y eso que me pasé toda la tarde dando vueltas por sus alrededores. Y además, no demasiado borracho. Al salir a Saviélovski me había bebido, para empezar, un vaso de Zubrovka* porque sabía por propia experiencia que era el mejor brebaje matutino de todos los inventados hasta ahora.

Bueno, un vaso de Zubrovka. Y luego otro, en la calle Kaliáevskaia. Pero esta vez, no de Zubrovka sino de Koriándrovaia.** Un conocido mío dice que la Koriándrovaia produce el antihumano efecto de fortalecer los miembros y debilitar el alma. A mí —no sé por qué— me sucedió todo lo contrario: se me fortaleció muchísimo el alma pero se me debilitaron los

---

* Vodka aromatizada con algunas gramíneas. *(N. de los T.)*

** Vodka de cilantro. *(N. de los T.)*

miembros. Aunque reconozco que también eso es antihumano. Por lo que, allí mismo, en Kaliáevskaia, lo acompañé con dos jarras de cerveza de Zhigulí y, además, me bebí a morro una botella de Alb-de-Dessert.*

Como es natural, ustedes me preguntarán: ¿Y qué más bebiste después, Viénichka? Pero me es imposible contestar porque ni yo mismo sé muy bien lo que bebí. Recuerdo que bebí dos vasos de Ojótnichia** en la calle de Chéjov. Sin embargo, ¿es posible que recorriera toda la ronda de Sadóvoe sin beber nada? Claro que no. Eso quiere decir que aún bebí algo más.

Me dirigí luego hacia el centro porque sabía que siempre que buscaba el Kremlin me encontraba inexorablemente con la estación de Kursk. En realidad a donde tenía que ir era precisamente a la estación de Kursk, y no al centro. Pero a pesar de ello me dirigí al centro porque quería ver el Kremlin al menos una vez: de todas formas —pensé—, seguro que no caes por el Kremlin sino que vas a parar directamente a la estación de Kursk.

Me siento ahora tan apenado que casi se me saltan las lágrimas. Y, desde luego, no porque ayer me quedara sin llegar a la estación de Kursk. (Eso sería una tontería, si no llegué ayer, ya llegaré hoy.) Y, evidentemente, tampoco porque me haya despertado esta mañana en un portal desconocido (resulta que me senté ayer en la escalera de un portal —el que hace

---

* Vino blanco de Moldavia. *(N. de los T.)*

** Marca de vodka. *(N. de los T.)*

cuarenta, empezando a contar desde abajo—, estreché el maletín contra mi corazón, y así me quedé dormido). No, no es eso lo que me produce pena. Siento pena porque acabo de echar cuentas y, desde la calle de Chéjov hasta ese portal, bebí por valor de seis rublos y, sin embargo, no sé lo que bebí ni dónde. Ni en qué orden. Ni si bebí para bien o para mal. Nadie lo sabe ni lo sabrá nunca. ¿Acaso no seguimos sin saber si fue el zar Borís quien mató al zarévich Dimitri o si sucedió al contrario?

¿Qué portal era ése? Aún no tengo la menor idea, pero así debe ser. Todo debe ser así. Todo debe suceder en el mundo lenta y desatinadamente para que el hombre no pueda envanecerse, para que se sienta triste y confuso.

Salí al aire libre cuando ya había amanecido. Todos imaginarán —todos los que se hayan derrumbado en un portal y hayan salido de él al amanecer— cuán grande era el peso que había sentido en mi corazón mientras bajaba aquellos cuarenta escalones de un portal extraño y alcanzaba la calle.

No importa, no importa —me dije a mí mismo—. No importa. Allí hay una farmacia, ¿no ves? Y ahí está ese marica de zamarra marrón desgastando la acera. También lo ves, ¿no? Pues entonces, tranquilízate. Todo va perfectamente. No te quiero forzar a nada, Viénichka. Si quieres ir hacia la izquierda, ve hacia la izquierda. Si quieres ir hacia la derecha, ve hacia la derecha.

Y me dirigí hacia la derecha. El frío y la desgracia hacían que me tambaleara un poco. Sí, el frío y la desgracia. ¡Ay, ese peso matutino en el corazón! ¡Ah, des-

gracia traidora! ¡Ah, desgracia irreparable! Y en esa opresión del corazón, a la que nadie ha puesto nombre todavía, ¿qué es lo que molesta más, la parálisis o la náusea? ¿El agotamiento nervioso o la tristeza mortal en algún lugar cercano al corazón? Y si de todo eso hay por igual, ¿qué prevalece entonces, el pasmo o la fiebre?

No importa, no importa —me dije a mí mismo—, tápate un poco y camina lentamente. Respira muy de tarde en tarde, muy de tarde en tarde. Respira de tal manera que no se entrechoquen las rodillas. Y camina. Hacia donde sea, pero camina. Da igual hacia donde vayas. Si vas hacia la izquierda, llegarás a la estación de Kursk. Si vas recto, llegarás también a la estación de Kursk. Por eso, ve hacia la derecha y seguro que llegas allí.

¡Oh, vanidad! ¡Oh, fugacidad de las cosas! ¡Ah, horas de impotencia e infamia en la vida de mi pueblo! ¡Esas horas que van desde que amanece hasta que abren las licorerías! ¡Cuánto habéis hecho encanecer a la gente de pelo castaño, vagabunda y triste! Camina, Viénichka, camina.

Moscú. Plaza de la estación de Kursk

Claro, ya sabía yo lo que me decía: si uno va hacia la derecha llega sin falta a la estación de Kursk. ¿No te aburrías por esas callejuelas y echabas de menos el ajetreo? Pues toma ajetreo, Viénichka...

Déjate de tonterías —me contesté a mí mismo—. ¿Acaso necesito ajetreo? ¿Acaso necesito a la gente? Si hasta el mismo Redentor le dijo a su Madre: «¿Qué

tengo que ver contigo?», con mayor motivo puedo decir yo: ¿qué tengo que ver con esta gente ajetreada a la que aborrezco?

Para mitigar las náuseas, mejor será que me apoye en una columna y entorne los ojos...

—*Claro, Viénichka, claro* —dijo alguien allá arriba en tono cantarín, muy bajito y muy muy cariñosamente—. *Entorna los ojos y así no tendrás tantas náuseas.*

¡Ah! ¡Los conozco! ¡Son ellos otra vez! ¡Los ángeles del Señor! ¿Sois vosotros de nuevo?

—*Claro que somos nosotros* —¡y de nuevo muy cariñosamente...!

—¿Sabéis, ángeles? —pregunté yo, también muy muy bajito.

—*¿Qué?* —contestaron los ángeles.

—Estoy fatal...

—*Sí, ya sabemos que te sientes fatal* —cantaron los ángeles—. *Anda un poco y te sentirás mejor. Dentro de media hora abrirán las tiendas.* Y *aunque no venden vodka hasta las nueve, te darán rosado nada más abrir...*

—¿Rosado?

—*Rosado* —repitieron cantando los ángeles del Señor.

—¿Frío?

—*Frío, desde luego...*

¡Oh, qué conturbado me sentí...!

—Decís que ande un poco, que si ando un poco me sentiré aliviado. Pero si no tengo ninguna gana de andar... ¡Si ya sabéis cómo me siento al andar...!

Los ángeles no contestaron a eso. Luego, se pusieron de nuevo a cantar:

—*Mira. Lo que vas a hacer es entrar en el restaurante de la estación. Tal vez allí encuentres algo. Ayer por la noche tenían jerez. ¡No se lo han podido beber todo en una noche...!*

—Sí, sí, sí. Sí que voy a ir. Ahora mismo voy a averiguarlo. Gracias, ángeles.

Y los ángeles se pusieron a cantar bajito, bajito:

—A *tu salud, Vienia...*

Y después, muy cariñosamente, muy cariñosamente:

—*De nada...*

¡Qué simpáticos son! Bueno... Habrá que ir. Menos mal que ayer compré las golosinas. ¡No podía presentarme en Petushkí sin golosinas! De ninguna manera puedo ir a Petushkí sin golosinas. Los ángeles me han traído a la memoria las golosinas porque los seres para quienes las he comprado me recuerdan a los ángeles. Qué bien hice en comprarlas... ¿Pero a qué hora las compraste ayer? Recuerda... camina y recuerda...

Cruzando la plaza, me encaminé al restaurante —bueno, más que encaminarme me arrastré—; me paré dos o tres veces y me quedé clavado en el sitio para tratar de aliviar el mareo. Y es que el hombre no sólo tiene una parte física, sino también una parte espiritual y otra mística, supraespiritual. Y yo, mientras estaba en medio de la plaza, tenía constantemente la sensación de que iba a vomitar por todas partes. Por eso me paraba de vez en cuando y me quedaba como un poste.

«¿A qué hora, pues, compraste ayer las golosinas? ¿Después de la Ojótnichia? No, después de la Ojótnichia no estaba para comprar golosinas. ¿Entre

el primer y el segundo vaso de Ojótnichia? Tampoco. Sólo hubo entre los dos un intervalo de treinta segundos y no soy ningún superhombre para poder hacer algo en treinta segundos. Aunque hasta un superhombre se habría derrumbado tras el primer vaso de Ojótnichia y no habría llegado a beberse el segundo... Entonces, ¿cuándo? ¡Dios misericordioso, la de misterios que hay en el mundo! ¡Impenetrable velo de los misterios! ¿Antes de la Koriándrovaia o entre la cerveza y el Alb-de-Dessert?»

Moscú. Restaurante de la estación de Kursk

No, seguro que no fue entre la cerveza y el Alb-de-Dessert: está claro que entre las dos cosas no hubo intervalo alguno. Es muy probable que fuera antes de la Koriándrovaia. Puede que sucediera, incluso, de la siguiente manera: que comprara las avellanas antes de la Koriándrovaia, y los bombones después. O tal vez al revés: tras beberme la Koriándrovaia...

—No hay bebidas alcohólicas —dijo el portero. Y me miró de arriba abajo como si fuera un pajarito muerto o un sucio ranúnculo.

¡No había bebidas alcohólicas!

Aunque la desesperación hizo que me encogiera, aún tuve fuerzas para mascullar que en absoluto iba a eso. ¿Es que no había mil razones para ir a un restaurante? Tal vez el expreso de Pierm no quería ir a Pierm por algún motivo y yo había ido a comer ternera a la Stróganov y a escuchar a Iván Kozlovski o algo del «Barbero».

Tomé asiento a pesar de todo y no solté mi maletín ni un instante. Lo apreté contra mi corazón igual que había hecho antes en el portal, y esperé a que viniera el camarero.

¡No había bebidas alcohólicas! ¡Reina de los cielos! Según los ángeles, el jerez no se acababa aquí nunca. Y, sin embargo, ahora no había más que música, y la música tenía, además, tonalidades perrunas. Claro, el que cantaba no era otro que Iván Kozlovski; lo había reconocido inmediatamente porque su voz es de lo más repugnante. Todos los cantantes tienen voces igual de repugnantes, pero cada una es repugnante a su manera. Por eso las reconozco fácilmente cuando las oigo... Sí, claro que era Iván Kozlovski... «Oh-oh-oh, cáliz de mis antepasados... Oh-oh-oh, deja que te contemple por la noche a la luz de las estrellas...» Desde luego que era Iván Kozlovski... «Oh-oh-oh, cómo me has embrujado... No rechaaaces...»

—¿Desea alguna cosa?

—Pero ¿qué pasa aquí? ¿Sólo tenéis música?

—¿Cómo que «sólo música»? Tenemos ternera a la Stróganov, pasteles, ubre de vaca...

Las náuseas volvieron a torturarme.

—¿Y jerez?

—No tenemos jerez.

—¡Qué interesante! ¡Tenéis ubre de vaca y no tenéis jerez!

—Muuuy interesante. Pero así es. No tenemos jerez, pero tenemos ubre de vaca.

Y se largó. Yo me puse a mirar con atención la lámpara de araña que había sobre mi cabeza para tratar de contener las náuseas.

¡Buena lámpara de araña! Pero demasiado pesada. Si se desprendiera y cayera sobre la cabeza de alguien, haría un buen daño... Aunque tal vez ni siquiera doliera. Mientras uno está sentado pensando que no le acecha el menor peligro y bebe, por ejemplo, jerez, la lámpara se desprende y cae. Cuando te alcanza dejas de pertenecer al reino de los vivos. Es un pensamiento penoso... estás sentado y te cae encima la lámpara de araña. Vaya pensamiento tan penoso...

Aunque, no. ¿Por qué penoso...? Si —pongamos por caso— uno bebe jerez, tiene luego resaca, está sentado sin que haya tenido tiempo todavía de trincar para quitarse la resaca, no le dan jerez, y en ese momento le cae en la cabeza la lámpara de araña, eso sí que es penoso... Es un pensamiento aplastante. No todo el mundo puede soportar ese pensamiento, especialmente después de una borrachera...

¿Qué te parecería si te propusieran lo siguiente: Te traemos ahora 80 cl de jerez y, a cambio, dejamos caer sobre tu cabeza la lámpara y...?

—Bueno, ¿ha elegido ya? ¿Desea algo?

—Jerez, por favor, 80 cl.

—¡Menudo vas tú! ¿Es que no hablamos cristiano? ¡Ya te hemos dicho que no hay jerez!

—Bueno... esperaré... a que haya...

—Espera, espera... ¡Ahora verás...! ¡Ahora te vamos a dar jerez!

Y me dejaron solo otra vez. Miré con asco a la mujer que se alejaba, en especial sus blancas medias sin costura. La costura me hubiera amansado, hubiera descargado tal vez mi alma y mi conciencia...

¿Por qué serán todos tan groseros? ¿Eh? Y son groseros, ostensiblemente groseros, precisamente cuando no deben serlo, cuando la resaca le pone a uno los nervios de punta, ¡cuando se está acobardado y débil! ¡¿Por qué será así?! ¡Ay, qué bueno sería que todos y cada uno de los habitantes del planeta se sintieran débiles y acobardados como yo lo estoy ahora! ¡Y que, al igual que yo, no estuvieran seguros de nada, ni de sí mismos ni de la importancia de su puesto bajo el sol! ¡Nada de gente entusiasta, nada de hazañas, nada de obsesiones! ¡Apocamiento general! Estaría dispuesto a vivir eternamente en la tierra si me indicaran antes un rinconcito en el que no hubiera sitio para las hazañas. «Apocamiento general». ¡Ésa sería la manera de que no hubiera desgracias! ¡Ésa es la panacea, ése es el predicado de la suprema perfección! Y en lo que concierne a la naturaleza activa del ser humano...

—¡¿Quién quiere aquí jerez?!

Ante mí se erguían dos mujeres y un hombre. Los tres vestían de blanco. Levanté la vista hacia ellos: todo el desorden y la ambigüedad que sin duda expresaban ahora mis ojos me lo hicieron ver esos tres, porque también en sus ojos se reflejaba esa ambigüedad y ese desorden... Me encogí y fui perdiendo el ánimo.

—Pero si yo... casi no lo he pedido. No importa que no haya jerez. Esperaré... Yo simplemente...

—¡Cómo que «simplemente»...! ¡¿Qué es lo que «espera» usted?!

—Casi nada... Sólo voy a Petushkí, a ver a mi chica (¡ja, ja! ¡«A ver a mi chica»!). Miren las golosinas que le he comprado...

Los verdugos esperaban a ver qué más tenía que decirles.

—Soy... de Siberia. Soy huérfano... Sólo que para quitarme las náuseas... quiero jerez.

¡En mala hora mencioné de nuevo el jerez! ¡En mala hora! El jerez les hizo saltar como un resorte. Me agarraron por los brazos los tres a la vez, me hicieron cruzar toda la sala —¡oh, dolor de vergüenza semejante!— y me echaron a la calle. Tras de mí, también el maletín con las golosinas.

Estaba de nuevo al aire libre. ¡Oh, vacío! ¡Oh, rictus animal de la existencia!

Moscú. Hacia el tren pasando por la tienda

Lo que ocurrió luego —desde el restaurante hasta la tienda y desde la tienda hasta el tren— no hay lengua humana que se atreva a describirlo. Yo tampoco me atrevo. Y si hubieran de contarlo los ángeles, se pondrían a llorar y las lágrimas no les dejarían decir nada.

Hagamos mejor otra cosa: honremos esas dos horas mortales con un minuto de silencio. Recuerda esas horas, Viénichka. Recuérdalas en los días más exultantes y maravillosos de tu vida. No te olvides de esas horas en los momentos de beatitud y de embriaguez. No deben repetirse. Me dirijo ahora a todos mis familiares y amigos, a todas las gentes de buena voluntad, a todos aquellos cuyo corazón está abierto a la poesía y a la compasión:

Dejen sus quehaceres. Deténganse a la vez que yo y, juntos, rindamos homenaje a eso que no puede expre-

sarse. Y si tienen cerca alguna vieja bocina, háganla sonar.

Bien. Me detengo... Permanezco como un poste en medio de la plaza de la estación de Kursk y, con los ojos nublados, miro al reloj de arriba durante un minuto exactamente. Mi pelo ondea al viento; se pone de punta de vez en cuando y vuelve a ondear otra vez. Los taxis me rodean por todas partes. También la gente, que me mira de manera salvaje: seguro que se están preguntando para sus adentros si —como lección de pueblo antiguo— deben hacerme o no una estatua.

Y ese silencio sólo se ve turbado por la voz de bajo ronco de una mujer, que no brota de ninguna garganta de alrededor.

—¡Atención! A las 8 horas 16 minutos tiene su salida por la vía 4 el tren con destino a Petushkí, con parada en Hoz y Martillo, Chujlinka, Reútovo, Zheleznodorózhnaia, y en todas las estaciones posteriores del recorrido, excepto Ésino.

Pero yo permanezco inmóvil.

—¡Repito! A las 8 horas 16 minutos tiene su salida por la vía 4 el tren con destino a Petushkí, con parada en Hoz y Martillo, Chujlinka, Reútovo, Zheleznodorózhnaia, y en todas las estaciones posteriores del recorrido, excepto Ésino.

Bueno, vale. Ya ha transcurrido el minuto. Seguro que ahora todos me vais a freír a preguntas: «Vienes de la tienda, ¿no, Viénichka?»

—Sí, de la tienda —os respondo. Y sigo caminando hacia el andén con la cabeza ladeada hacia la izquierda.

—Tu maletín pesa mucho ahora, ¿no? Y en tu corazón canta un caramillo, ¿no es así?

—¡Bueno, según se mire! —digo yo, ladeando la cabeza a la derecha—. Es verdad que el maletín pesa mucho. Pero aún no se puede hablar de caramillo...

—¿Qué es lo que has comprado por fin, Viénichka? ¡Nos gustaría mucho saberlo!

—Pero si ya sé que os interesa. Os lo enumero ahora mismo. En primer lugar, dos botellas de Kubánskaia,* a dos sesenta y dos cada una: total, cinco veinticuatro. Luego, dos cuartos de Rossíiskaia,** a rublo sesenta y cuatro: total, cinco veinticuatro más tres veintiocho, ocho rublos cincuenta y dos cópecs. Y además, algo de vino. A ver si me acuerdo. Sí, rosado de muchos grados, a rublo treinta y siete.

—Bueno, bueno, bueno. ¿Y el total? Eso es muy interesante...

—Ahora os digo el total...

—El total es de nueve rublos ochenta y nueve cópecs —digo al llegar al andén—. Pero eso no es todo. He comprado, además, dos bocadillos para no echar el hígado.

—Querrás decir «para no vomitar», ¿no, Viénichka?

No, lo que he dicho, dicho está. La primera dosis no puedo tomarla sin comer algo, porque podría echar el hígado. La segunda y la tercera puedo ya beberlas a palo seco porque, aunque las vomitara, no sería en

---

* Marca de vodka. *(N. de los T.)*

** Marca de vodka. *(N. de los T.)*

absoluto echar el hígado. Y así hasta la novena dosis. En ese momento necesito otra vez un bocadillo.

—¿Para qué? ¿Vomitarías si no otra vez?

—No, en ningún caso volvería a vomitar. Pero podría echar el hígado.

Como es natural, todos movéis vuestras cabezas por lo que he dicho. Incluso os veo desde aquí, desde el mojado andén: esparcidos por ese bendito mundo, movéis vuestras cabezas y comentáis con ironía:

—¡Qué complicado es eso, Viénichka! ¡Qué sutil!

—¡Pues claro!

—¡Qué precisión de pensamiento! ¿Y eso es todo? ¿Eso es todo lo que necesitas para ser feliz? ¿Nada más?

—¿Cómo que nada más? —contesto mientras subo al vagón—. Si hubiera tenido un poco más de dinero llevaría también una cerveza y un par de botellas de Oporto. Pero es que...

En eso, os ponéis a gimotear.

—¡Ah, ah, ah, Viénichka! ¡Ah, ah, ah, qué primitivo eres!

Bueno, ¿y qué? Sí, soy primitivo —digo—. Y basta de cháchara con vosotros. «¡Soy un ser primitivo!» Pero ya no voy a contestar más a vuestras preguntas. Me voy a sentar, voy a apretar el maletín contra mi corazón y voy a mirar por la ventanilla. ¡Eso es! «¡Soy un ser primitivo!»

Pero vosotros seguís molestándome:

—¿Qué te pasa? ¿Te has enfadado?

—Qué va —contesto.

—No te enfades, que lo hacemos por tu bien. ¿Y por qué vas siempre con el maletín apretado contra tu corazón? ¿Por la vodka que llevas o por qué?

Entonces me enfado del todo: ¿pero qué tendrá que ver la vodka con eso?

—Ciudadanos pasajeros: tren con destino a Petushkí con parada en Hoz y Martillo, Chujlinka, Reútovo, Zheleznodorózhnaia, y en todas las demás estaciones del recorrido, excepto Ésino.

Desde luego, ¿qué tiene que ver la vodka con eso? Ya veo que no podéis hablar de otra cosa que no sea de vodka. ¡Qué perra habéis cogido con la vodka! Para que lo sepáis, también en el restaurante estuve con el maletín apretado al corazón y todavía no llevaba vodka. Y si recordáis, también lo apreté contra mi corazón en el portal, ¡y allí ni siquiera olía a vodka...! Si tanto deseáis saberlo, os lo contaré. Pero tendréis que esperar. En Hoz y Martillo quiero echar un trago para quitarme la resaca y

Moscú - hoz y martillo

entonces os lo contaré todo, todo. Aguantad un poco. ¡Que yo también me estoy aguantando!

Bueno, seguro que todos me consideráis una mala persona. También yo tengo esa opinión de mí mismo, sobre todo por las mañanas, después de las borracheras. ¡Pero qué confianza se puede tener en el criterio de una persona que aún no ha podido beber para quitarse la resaca! Por las noches, en cambio, ¡soy la mar de profundo! Si me he cargado bien durante el día, ¡qué profundo soy por las noches!

Pero bien, de acuerdo. Soy una mala persona. Me doy cuenta, en general, de que si un hombre está fatal

por las mañanas y en cambio está pletórico y lleno de proyectos e ilusiones por las noches, ese hombre tiene que ser muy malo. Estar fatal por las mañanas y bien por las noches es un rasgo claro de mala persona. Porque si es al revés, si un hombre está animoso y lleno de esperanzas por las mañanas, y le domina el abatimiento por las noches, seguro que ese hombre es una basura, un especulador, una mediocridad. Ese hombre me resulta repugnante. No sé qué os parecerá a vosotros, pero a mí me resulta repugnante.

Y luego están los que gozan igual por la mañana que por la noche, los que se alegran igual con la salida del sol que con su puesta. Ésos son unos auténticos canallas; me da asco hasta hablar de ellos. Pero si alguien está igual de mal por la mañana que por la noche, ése es ya un caso perdido, una escoria total, un verdadero gilipollas. Porque las licorerías no cierran en nuestro país hasta las nueve, y Casa Eliséiev hasta las once. Y si no se es una verdadera escoria, siempre puedes crecerte un poco hacia la tarde y volverte profundo... al menos un poquitín...

En resumen: ¿de qué disponía en concreto?

Saqué del maletín todas mis existencias y las palpé: desde el bocadillo hasta el rosado de muchos grados de a rublo treinta y siete. Lo palpé todo y, de repente, comencé a deprimirme y amustiarme. Señor, ¿ves lo que tengo? ¿Acaso es *esto* lo que necesito? ¿Acaso es *esto* lo que mi alma añora? ¡Mira lo que me han dado en sustitución de aquello que añoraba mi alma! Si me hubieran dado *aquello,* ¿necesitaría acaso *esto?* Mira, Señor, aquí está todo: el rosado fuerte de a rublo treinta y siete...

Y envuelto por entero en relámpagos azules, el Señor me contestó:

—¿Acaso necesitaba Santa Teresa los estigmas? No los necesitaba para nada. Y sin embargo, eran de su agrado.

—¡Eso es, eso es! —contesté entusiasmado—. Y a mí también, a mí también me agrada todo esto, ¡pero no lo necesito para nada!

—Bueno, Viénichka. Si te agrada, bebe —pensé—. Pero aún tardé en beber. ¿Me iba a decir el Señor algo más o ya no me iba a decir nada?

El Señor callaba.

Está bien, de acuerdo. Cogí una botella de cuarto y salí a la plataforma del vagón. Bien. Mi oprimido espíritu había estado consumiéndose durante cuatro horas y media. Lo dejaría ahora en libertad para que paseara un poco. Tengo un vaso y tengo un bocadillo *para evitar la vomitona*. Y tengo un alma que, por el momento, está poco abierta a las impresiones de la existencia. ¡Comparte, Señor, mis alimentos!

Hoz y martillo - Karachárovo

E inmediatamente me puse a darle al trago.

Karachárovo - Chujlinka

Y después de beber, ya habéis visto la de tiempo que he pasado haciendo muecas de sufrimiento y conteniendo las náuseas; la de tiempo que he pasado

mentando al diablo y diciendo palabras soeces. No sé si he estado cinco minutos, siete o toda una eternidad, agitándome entre esas cuatro paredes, agarrándome la garganta e implorando a Dios que no me maltratase.

Y el Señor no ha escuchado mi súplica hasta Karachárovo mismo. El suplicio ha durado desde Hoz y Martillo hasta Karachárovo: el vaso que había bebido se arremolinaba en alguna parte de mi cuerpo situada entre el vientre y el esófago, crecía o volvía a disminuir de volumen. Era como el Vesubio, Herculano y Pompeya juntos. Era como los fuegos artificiales del 1° de mayo en la capital de mi país. Y yo no hacía más que sufrir y rezar.

Cerca ya de Karachárovo el Señor ha escuchado mi ruego y me ha atendido. Todo se ha asentado, se ha serenado. Y si algo se calma y se asienta en mí, es irreversible. Podéis estar seguros de ello. Yo respeto a la naturaleza: sería feo que devolviera sus dones a la naturaleza...

Me he alisado el pelo con negligencia y he vuelto al vagón. La gente me ha mirado casi sin interés, con ojos redondos y como si no le preocupara nada...

Eso me gusta. Me gusta que la gente de mi país tenga unos ojos tan vacíos y saltones. Me produce un sentimiento de legítimo orgullo. Pienso en los ojos de las gentes de esos países en que todo se vende y todo se compra: ...unos ojos profundamente hundidos, escondidos, rapaces y asustados... Corrupción, inflación, paro, pobreza... Miran de reojo, siempre preocupados y dolidos: así son los ojos en el mundo del Dinero contante y sonante...

En cambio, ¡qué ojos tiene mi pueblo! Fuera de las órbitas constantemente, pero sin que haya en ellos ninguna tensión. Tal vez no expresen discernimiento, pero en cambio ¡qué poder! (¡Qué poder espiritual!) Esos ojos nunca venderán nada. Nunca venderán ni comprarán nada. Pase lo que pase en mi país. En los momentos de duda, de graves reflexiones, ante la prueba o la desgracia, esos ojos no parpadearán. Para ellos, todo es rocío de Dios...

Me gusta mi pueblo. Me siento feliz de haber nacido y haberme hecho un hombre bajo la mirada de esos ojos. Pero lo malo es lo siguiente: ¿y si se han dado cuenta de lo que he estado haciendo en la plataforma del vagón... que he estado dando volteretas de un rincón a otro como el gran actor trágico Fiódor Shaliapin, con la mano en la garganta como si me estuviera ahogando?

Aunque, por otra parte, me da igual. Me da igual que alguien me haya visto. ¿No podía estar ensayando una obra? Sí... sin duda. Podía estar representando la inmortal obra *Otelo, el moro de Venecia.* Podía estar actuando en solitario y representando todos los papeles a la vez. Por ejemplo, que me había engañado a mí mismo y había traicionado mis convicciones: más exactamente, que había empezado a sospechar que me había engañado a mí mismo y había traicionado mis convicciones. Había dicho en voz baja algo sobre mí mismo —¡qué cosas me había dicho!—, y como debido a los sufrimientos me quería como a mí mismo, había comenzado a estrangularme. Me había agarrado por la garganta y había intentado estrangularme. Aunque, ¿qué les importaba a ellos lo que había estado haciendo?

A la derecha, junto a la ventana, están sentados dos hombres. Uno tiene el rostro muy muy obtuso y lleva un chaquetón guateado. El otro tiene un rostro muy muy inteligente y lleva un abrigo de paño de lana. Y fijaos, por favor: no tienen vergüenza de nadie; se sirven y beben. No salen corriendo a la plataforma del vagón ni adoptan poses trágicas. El de cara muy muy obtusa bebe, lanza cortos graznidos de satisfacción y dice: «¡Ah, qué bien entra la puta!» Y el de cara muy muy inteligente bebe y dice: «¡Tras-cen-den-tal!» ¡Y su voz es la mar de festiva! El de cara muy muy obtusa acompaña el trago con un bocado y comenta: «¡Menudo acompañamiento tenemos hoy! ¡Está diciendo "cómeme"!» Y el de cara muy muy inteligente mastica y añade: «Síií... ¡Tras-cen-den-tal...!»

¡Asombroso! Entro al vagón, me siento y me pongo a sufrir preguntándome por quién me habrán tomado. Si por el moro o por el otro. Si pensarán bien o mal de mí. Y mientras tanto, esos dos trasiegan ostentosamente como si fueran los reyes de la creación, conscientes de su superioridad sobre los demás... «¡Acompañamiento que dice "cómeme"...!» Cuando bebo por las mañanas para quitarme la resaca me oculto de todo el mundo. ¡Ese es el acto más íntimo de todos...! Bebo antes del trabajo y lo hago a escondidas. Bebo durante el trabajo y lo hago a escondidas... ¡¡Y mira ésos!! «¡Tras-cen-den-tal!»

Me perjudica mucho lo delicado que soy. Eso destrozó mi juventud. Y mi niñez y mi adolescencia... Aunque no: no se debió a mi delicadeza, sino más bien al hecho de haber ampliado la esfera de lo íntimo hasta el infinito. Cosa que ha sido mi perdición en muchas ocasiones...

Os lo cuento ahora mismo. Recuerdo que hace unos diez años me trasladé a Oriéjovo-Zúevo. En la habitación en que me instalé vivían ya cuatro personas y yo me convertí en la quinta. Estábamos todos muy compenetrados y no había entre nosotros la menor disputa. Si alguien deseaba beber vino de Oporto, se levantaba y decía: «Chicos, quiero beber vino de Oporto». Y todos le respondíamos: «De acuerdo. Bebe vino de Oporto. También nosotros vamos a beber contigo vino de Oporto». Y si a alguien se le antojaba cerveza, a todos se nos antojaba también cerveza.

Estupendo. Pero de repente empecé a darme cuenta de que los otros cuatro parecían *rehuirme. Cuchicheaban* entre sí sin mirarme. Daba la impresión de que *vigilaban* a dónde iba. Eso me extrañaba y hasta me preocupaba un poco... Y veía en sus rostros la misma preocupación, además de algo parecido al miedo... ¿Qué es lo que ocurre?, me torturaba. ¿A qué se deberá eso?

Pero un día logré entender lo que pasaba y por qué. Recuerdo que ese día ni siquiera me había levantado de la cama. Había bebido cerveza y, por la noche, empecé a necesitar un trago. Estaba acostado, sin más, y necesitaba un trago.

Veo entonces que los otros cuatro rodean poco a poco mi cama, cogen sillas y se sientan: dos a la cabecera y dos a los pies. Y me miran a los ojos. Me miran con expresión de reproche. Me miran con irritación: como si yo guardara algún secreto y no pudieran descifrarlo... Seguro que había sucedido algo.

—Oye — me dijeron—, *deja ya eso.*

—¿Que «deje» qué...? —respondí asombrado y me incorporé un poco.

—¡Deja de considerarte superior a los demás...! ¡Deja de pensar que somos gente insignificante y tú Caín y Manfredo...!

—¿Pero de dónde habéis sacado eso?

—¡De dónde va a ser! ¿No has bebido hoy cerveza?

CHUJLINKA - KUSKOVO

—Sí que he bebido.

—¿Y no has bebido, además, mucha?

—Mucha.

—Pues entonces levántate y «ve».

—¿«Ir» adónde?

—¡Como si no lo supieras! Va a resultar que nosotros somos unos ridículos bichejos y unos canallas y tú Caín y Manfredo...

—Perdonad —les digo—, pero nunca he dicho tal cosa...

—Sí que lo has dicho. Desde que estás con nosotros lo vienes afirmando cada día. No con palabras sino con hechos. Y ni siquiera con hechos sino con la ausencia de hechos. Lo vienes afirmando *negativamente*...

—¿Pero de qué «hechos» habláis? ¿De qué «*falta*» de hechos? —pregunté. El asombro me había obligado ya a abrir del todo los ojos...

—Está claro de qué hechos se trata. No te vemos ir a hacer tus necesidades: eso es. Cuando te instalaste aquí notamos enseguida que algo no iba bien. Nin-

guno de nosotros te ha visto ir al retrete ni una sola vez. ¡Bueno, pase que no hagas aguas mayores! ¡Vale! ¡Pero es que ni siquiera has hecho nunca aguas menores...! ¡Ni siquiera aguas menores!

Y dijeron todo eso sin la más leve sonrisa, como si hubieran recibido la mayor ofensa del mundo.

—No, chicos, no me habéis interpretado bien...

—Claro que te hemos interpretado bien...

—¡Qué va! No me habéis interpretado bien. Lo que pasa es que yo no puedo levantarme de la cama y decir como vosotros en voz alta: «¡Eh, chicos, voy a cagar!» O: «¡Eh, chicos, voy a mear!» No puedo hacerlo...

—¿Y por qué no puedes? Si nosotros podemos, ¿por qué no puedes tú? ¿Es que eres mejor que nosotros? ¿Somos nosotros sucios animales y tú un lirio del valle...?

—Qué va... Cómo os lo explicaría...

—No necesitamos ninguna explicación... lo tenemos todo muy claro.

—Pero escuchadme... comprended que... en este mundo hay cosas...

—Sabemos igual que tú qué cosas hay y qué cosas no hay...

Y no lograba convencerles de nada. Sus taciturnas miradas me atravesaban el alma... Empecé a ceder...

—Bueno, claro, yo también puedo... también podría...

—Eso es, eso es. Entonces, tú puedes hacer como nosotros y nosotros no podemos hacer como tú. Claro, tú puedes hacer todo y nosotros no podemos hacer nada. Tú eres Manfredo, eres Caín, y nosotros somos para ti igual que escupitajos...

—Qué va, qué va —y me aturrullé del todo—. En este mundo hay cosas... existen esferas tales... y no puede uno levantarse por las buenas e ir. Porque existe la reserva que uno se impone a sí mismo, o qué sé yo... Desde los tiempos de Iván Turguéniev existe una especie de ocultación de la vergüenza... y, además, el juramento de las colinas Vorobiovi... Después de todo eso resulta un poco ofensivo levantarse y decir: «Bueno, chicos...» Porque si alguien tiene el alma delicada...

Los cuatro a la vez me fulminaron con la mirada. Me encogí de hombros y callé desesperanzado.

—Déjate de Iván Turguéniev. Habla, pero no más de la cuenta: nosotros también lo hemos leído. Dinos mejor si no has bebido hoy cerveza.

—He bebido cerveza.

—¿Cuántas jarras?

—Dos grandes y una pequeña.

—Entonces, levántate y ve. Para que todos veamos que has ido. No nos humilles ni nos hagas sufrir. Levántate y ve.

No me quedó otro remedio: me levanté y fui. No para aligerarme yo, sino para aligerarles a ellos. Cuando volví, uno de los cuatro me dijo: «Con puntos de vista tan ignominiosos siempre vas a verte solo y serás un desgraciado».

Sí. Tenía toda la razón del mundo. Conozco muchos designios de Dios, pero no he alcanzado a saber hasta ahora para qué ha hecho que tenga tanto pudor. ¡Y lo más ridículo del caso es que ese pudor se interpreta tan al revés que se me llega a negar hasta la más elemental educación!

Por ejemplo, en Pávlovo-Posad van y me presentan a unas señoras de la siguiente manera:

—Y éste es el famoso Viénichka Eroféiev. Es famoso por muchísimas razones. Pero sin duda es sobre todo famoso por no haberse echado un pedo ni una sola vez en toda su vida...

—¡¡Cómo!! ¡¡Ni una sola vez!! —se asombran las señoras y me miran con ojos como platos—. ¡¡Ni u-na so-la vez!!

Yo, como es lógico, comienzo a turbarme. No puedo evitarlo en presencia de las mujeres. Y digo:

—¡Bueno, ni una sola vez! A veces... no obstante...

—¡¡Cómo!! —se asombran aún más las señoras—. Usted, Eroféiev... ¡Cuesta imaginarlo...! «¡A veces, no obstante!»

Con eso me pierdo definitivamente y digo algo así como:

—Bueno... y qué hay en ello *de*... si yo... si eso (lo de echarse pedos) tiene mucho de noúmeno... No hay nada fenoménico en lo de echarse pedos...

—¡No diga! —se quedan sorprendidísimas las señoras.

Y luego se dedican a lanzar a los cuatro vientos por todo el recorrido de Moscú a Petushkí: «¡Lo hace de forma ruidosa y dice que no está *mal*! ¡Que lo hace incluso *bien!*»

Bueno, ya lo véis. Y así toda la vida. Toda la vida perseguido por la misma pesadilla. Una pesadilla que no reside en el hecho de que me entiendan *incorrectamente* —no, ¡«*incorrectamente*» no sería nada!—, sino que me entiendan *precisamente al revés;* o sea, de manera completamente cerdil (es decir, *antinómicamente*).

Podría hablar mucho de este tema. Pero si lo cuento todo tendría para hablar hasta el mismo Petushkí. Será mejor que no lo cuente todo, sino tan sólo el caso más reciente: de cómo me despidieron hace una semana del puesto de capataz por «introducción de un sistema viciado de horarios individuales». Toda la administración moscovita se pone a temblar de *horror* con sólo recordar ese sistema de horarios. ¡Pero qué podía haber de *horroroso* en ello!

¡Sí! ¿Por dónde vamos ahora...?

¡Kuskovo! ¡Pasamos de largo Kuskovo a toda marcha! Esa circunstancia debería ser motivo de que echara otra vez un trago, pero será mejor que os cuente antes lo que os he dicho

Kuskovo - Novoguiréievo

y ya saldré luego a beber.

Pues bien. Hace una semana me despidieron de capataz, cuando llevaba cuatro semanas en el puesto. Como podéis suponer, en cuatro semanas no hay tiempo para introducir cambios radicales, ni tampoco tuve intención de hacerlo. Y aunque hubo quien consideró que sí los había introducido, de todas formas no me largaron por los cambios.

La cosa empezó de manera mucho más simple. Antes de que me hicieran capataz, el proceso productivo tenía la pinta siguiente: ya desde por la mañana, nos sentábamos y nos poníamos a jugar al *sika** por

* Juego de cartas parecido a "La treinta y una". *(N. de los T.)*

dinero (¿sabéis jugar al *sika*?). Bien. Después nos levantábamos, desenrollábamos el cable del tambor y metíamos el cable bajo tierra. Y luego, ya se sabía: nos sentábamos y matábamos como podíamos el tiempo de descanso; cada uno lo hacía a su manera, porque, en definitiva, cada uno tiene sus propias ilusiones y su propio temperamento. Unos bebían vermú; otros —más modestos— bebían agua de colonia «Frescor»; y los que tenían pretensiones bebían coñac en el aeropuerto internacional de Sheremiétievo. Y a continuación nos echábamos a dormir.

Y a la mañana siguiente, el asunto seguía así: primero nos sentábamos y bebíamos vermú. Luego nos levantábamos, desenterrábamos el cable y lo tirábamos, porque, como es lógico, estaba ya completamente mojado. ¿Y qué hacíamos luego? Luego, nos sentábamos a jugar al *sika* por dinero. Y así seguíamos hasta que, sin acabar la partida, nos íbamos a dormir.

Por la mañana temprano nos despertábamos uno a otro diciéndonos: «¡Lioja! ¡Levántate a jugar al *sika*!» «¡Levántate Stásik, que vamos a terminar la partida de *sika* de ayer!» Nos levantábamos y acabábamos de jugar la partida de *sika*. Y luego, tempranísimo, sin haber bebido «Frescor», ni vermú, agarrábamos el tambor con el cable y empezábamos a desenrollarlo para que le diera tiempo a mojarse hasta el día siguiente y se hiciera inservible. Y sólo al acabar hacía cada cual el uso que quería de su tiempo libre, porque cada cual tiene sus propios ideales. Y después, todo recomenzaba de nuevo.

Al convertirme en capataz simplifiqué ese proceso hasta el límite de lo posible. A partir de entonces ha-

cíamos así: un día jugábamos al *sika,* el siguiente bebíamos vermú, el tercero jugábamos de nuevo al *sika* y el cuarto otra vez a darle al vermú. Los que tenían instrucción habían desaparecido por completo: se pasaban el día sentados en el aeropuerto de Sheremiétievo bebiendo coñac. Desde luego, no tocábamos para nada el tambor porque si hubiera propuesto que lo tocáramos se habrían reído todos a carcajada limpia, me habrían sacudido en los morros y, luego, se habría ido cada uno por su lado: unos a jugarse el dinero al *sika,* otros a tomar vermú y los demás a beber «Frescor».

Durante un tiempo todo transcurrió maravillosamente: una vez al mes enviábamos a la administración los compromisos de emulación socialista, y ellos nos enviaban el sueldo dos veces al mes. Nosotros, por ejemplo, escribíamos lo siguiente: con ocasión del próximo centenario nos comprometemos a acabar con los accidentes laborales. O esto otro: con ocasión del glorioso centenario nos proponemos conseguir que uno de cada seis trabajadores estudie por correspondencia en una institución de enseñanza superior. ¡Pero qué accidentes ni enseñanza superior si jugando al *sika* ni siquiera veíamos la luz del día y, por otra parte, no éramos más que cinco!

¡Oh, libertad e igualdad! ¡Oh, fraternidad y vivir a costa de los demás! ¡Oh, dulzura de no tener que rendir cuentas! ¡Oh, las horas más plácidas de la vida de mi pueblo! ¡Esas horas que van desde que abren las licorerías hasta que las cierran!

Prescindiendo de la vergüenza y de preocupaciones que nos eran lejanas, vivíamos exclusivamente una vida espiritual. Yo ampliaba el horizonte de mis com-

pañeros en la medida de mis fuerzas y a ellos les gustaba mucho que lo hiciera —especialmente, en todo lo concerniente a Israel y a los árabes—. Estaban enormemente entusiasmados: entusiasmados con Israel, entusiasmados con los árabes y, especialmente, con los Altos del Golán. Y no paraban de hablar de Abba Eban y de Moshé Dayán. Por ejemplo: llegan un día por la mañana después de haber ido de putas y uno le pregunta al otro: «¿Qué tal Ninka, la del 13? ¿Dayán Ebán?» A lo que este último, mostrando una sonrisa burlona llena de suficiencia, contesta: «¿Qué quieres que hiciera esa guarra? ¡Pues claro que dayán dayán!»

Y luego —fijaos—, una vez se hubieron enterado de cómo había muerto Pushkin, les dí a leer el poema de Alexandr Blok, *El jardín del ruiseñor.* Dejando a un lado, como es natural, todos los hombros fragantes, las oscuras nieblas y las torres rosadas entre volutas de humo, el centro del poema lo ocupa el personaje lírico despedido del trabajo por culpa de las borracheras, las putas y el absentismo. Al dárselo les dije: «Es un libro muy adecuado; su lectura os será de mucha utilidad». Pues bien: lo leyeron. Pero, contrariamente a lo esperado, el libro les produjo un abatimiento total; de pronto desapareció el «Frescor» de todas las tiendas. Sin que se supiera por qué, se olvidaron del *sika,* del vermú y del aeropuerto internacional de Sheremiétievo, y triunfó el «Frescor»; ninguno bebía otra cosa que no fuese «Frescor».

¡Oh, despreocupación! ¡Oh, pájaros celestes que no lleváis nada al granero! ¡Oh, blancos lirios del campo mejor vestidos que Salomón! ¡Se bebieron todo el

«Frescor» que había entre la estación Dolgoprúdnaia y el aeropuerto internacional de Sheremiétievo!

Y entonces lo comprendí todo: eres un verdadero palurdo, Viénichka; eres un tonto integral. ¿Ya no te acuerdas de lo que leíste en un libro de no sé qué sabio sobre que Dios sólo se ocupaba de la suerte de los príncipes, y dejaba que fueran los príncipes los que se ocuparan de la suerte de los pueblos? Tú eres capataz y, por lo tanto, un «pequeño príncipe». ¿Dónde está entonces tu preocupación por la suerte de tu pueblo? ¿Has pensado acaso en las almas de estos parásitos, en la oscuridad que reina en sus almas? ¿Conoces acaso la dialéctica de los corazones de estos cuatro gilipollas? ¡Si la conocieses tendrías claro lo que hay de común entre *El jardín del ruiseñor* y el «Frescor», y por qué *El jardín del ruiseñor* no podía ser compatible ni con el *sika* ni con el vermú, mientras que Moshé Dayán y Abba Eban les iban como anillo al dedo...!

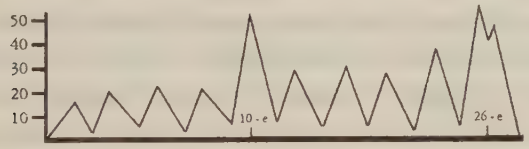
Y eso fue precisamente lo que me llevó a introducir los famosos «horarios individuales», que fueron la causa de que al final me largaran...

Novoguiréievo - Reútovo

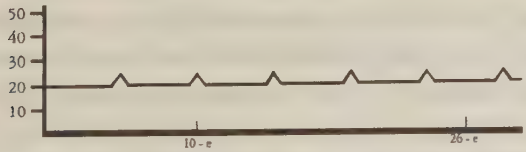
¿Os cuento de qué gráficos horarios se trataba? Bueno, es algo muy fácil: se dibujan con tinta china sobre un pergamino dos ejes, uno vertical y otro horizontal. En el eje horizontal se señalan sucesivamente todos los días laborables del mes anterior y sobre el vertical la cantidad de centilitros de alcohol puro que se han bebido. Desde luego, tomando sólo en conside-

ración lo bebido durante el trabajo y antes de él, ya que lo bebido por la noche es una cantidad más o menos constante en todos, y no ofrece interés alguno para el investigador serio.

Así pues, cada obrero, al acabar el mes, me presentaba un informe diciendo: tal día he bebido tal cosa y tanta cantidad, otro día tanta cantidad y tal cosa. Y yo, con tinta china y en pergamino, representaba todo eso en forma de un bonito diagrama. Aquí los tengo. Admirad, por ejemplo, el gráfico correspondiente al miembro del komsomol Víktor Totoshkin:



Y éste es el de Alexei Blindiáev, miembro del PCUS desde 1936, un viejo soplapollas:



Y éste es, finalmente, el de vuestro humilde servidor, ex capataz de montadores del PTUS y autor del poema *Moscú-Petushkí*:

¿Verdad que son unos gráficos muy interesantes? Resultan interesantes hasta para la mirada más superficial. En uno hay Himalayas, Tiroles, campos de petróleo de Bakú y hasta la parte superior de las murallas del Kremlin (que, dicho sea de paso, no he visto nunca).

En otro de ellos está la brisa del río Kama antes de amanecer, el suave golpeteo de las olas y los abalorios de los rizos de las farolas reflejadas en el agua. En un tercero, el latir de un corazón orgulloso, la canción del petrel y la novena gran ola. Y todo ello, si uno se fija solamente en la forma externa de los gráficos.

Porque, para el que quiera escudriñar en ellos (yo, por ejemplo), estos gráficos revelan todo lo revelable acerca del hombre y del corazón humano: todas las capacidades, tanto sexuales como profesionales, y todas las debilidades, tanto profesionales como sexuales. Y, además, el grado de equilibrio mental, la disposición a la traición, así como —a condición de que los haya— todos los secretos del subconsciente.

Yo estuve analizando de cerca, con detenimiento y ahínco, el alma de cada uno de esos gilipollas. Pero no por mucho tiempo: un desventurado día desaparecieron de mi mesa todos los diagramas. Resultó que esa ruina de Alexei Blindiáev, miembro del PCUS desde 1936, había enviado aquel mismo día a la administración nuestros nuevos compromisos de emulación socialista, que consistían en que, con ocasión del inminente centenario, jurábamos actuar fuera del trabajo igual que en la producción. Pero, por idiotez o por estar borracho, metió en el mismo sobre los gráficos que yo había confeccionado.

En cuanto me di cuenta de la desaparición de los gráficos eché un trago y me agarré la cabeza con las manos. Y lo mismo hicieron en la administración cuando recibieron el sobre: se agarraron la cabeza con las manos, echaron un trago y, ese mismo día, se dirigieron con su «Moskvich» al lugar en que teníamos establecida nuestra posición. ¿Y qué fue lo que descubrieron al irrumpir en nuestra oficina? No encontraron nada. Sólo estaban allí Lioja y Stásik: Lioja dormitaba hecho un ovillo en el suelo y Stásik estaba echando la papilla. En un cuarto de hora todo quedó decidido: mi estrella, que había brillado durante cuatro semanas, se eclipsó. La crucifixión tuvo lugar exactamente treinta días después de la ascensión. No hubo más que un mes desde mi Tolón hasta mi Helena. En resumen, me degradaron y pusieron en mi lugar a Alexei Blindiáev, ese decrépito y necio miembro del PCUS desde 1936, que se despertó nada más nombrarle y les pidió un rublo —que no le dieron—. Stásik dejó de echar la papilla y pidió también un

rublo —que tampoco le dieron—. Bebieron vino tinto, se sentaron en su «Moskvich» y se largaron por donde habían venido.

Pues bien: anuncio solemnemente que no emprenderé nada en toda mi vida que suponga repetir mi triste experiencia de ascensión. Me quedo abajo y desde aquí abajo me cago en vuestra escala social. Sí. Una cagada en cada peldaño de la escala. Para ascender por ella hay que ser un jeta judío sin miedo ni tacha, una maricona forjada en puro acero de la cabeza a los pies. Pero yo no soy así.

En definitiva, me largaron. Y a este menda, reflexivo y analítico príncipe, que tañía con amor las almas de los hombres, los de abajo le consideraron esquirol y colaboracionista, y los de arriba un gandul de mente desequilibrada. Las capas bajas no querían saber nada de mí y las capas altas no podían hablar de mí sin reírse. «Las capas altas no podían y las bajas no querían». ¿Qué es lo que presagia eso, oh gentes que conocéis la auténtica filosofía de la historia? Correcto: que el próximo día de cobro voy a recibir una buena tunda, de acuerdo con las leyes de la bondad y de la belleza; y ese próximo día de cobro es pasado mañana, lo que significa que pasado mañana me van a dar de hostias.

—*¡Fffu!*

—¿Quién ha dicho «*¡Fffu!*»? ¿Sois vosotros, ángeles, los que habéis dicho «*¡Fffu!*»?

—*Sí, hemos sido nosotros. ¡¡Fffu, qué manera de decir tacos, Venia!!*

—¡Pero juzgad vosotros mismos! ¡¿Cómo no voy a decir tacos?! Toda esa estupidez cotidiana me destrozó tanto que no he estado sobrio desde entonces. No

es que antes fuera abstemio, pero recordaba al menos lo que bebía y en qué orden lo hacía; ahora, ni siquiera puedo retener eso en la memoria... Todo va a rachas, todas las cosas de la vida las hago a rachas: igual no bebo durante una semana entera, que bebo luego cuarenta días seguidos; estoy después cuatro días sin beber, y bebo a continuación durante seis meses sin ningún respiro... Y ahora también...

—*Lo comprendemos, lo comprendemos todo. Te ofendieron, y tu maravilloso corazón...*

Sí, sí, mi corazón estuvo aquel día luchando media hora al menos con la razón. Igual que en las tragedias de Pierre Corneille, el laureado poeta, donde el deber se enfrenta al deseo del corazón. Sólo que a mí me sucedió al contrario: el deseo del corazón se enfrentó a la razón y al deber. El corazón me decía: «Te han ofendido, te han tratado como a una mierda. Ve a emborracharte, Viénichka. Levántate y emborráchate como un animal». Eso me decía mi maravilloso corazón. ¿Y mi razón? La razón refunfuñaba y persistía: «No vas a levantarte, Eroféiev; no vas a ir a ningún sitio y no vas a beber ni una gota». Y el corazón contestaba: «Vale, Viénichka, vale. No debes beber mucho, no debes emborracharte como un animal: bebe 40 cl y echa el cierre». «¡Nada de centilitros! —remachaba la razón—. Si ya no puedes pasar sin eso vas y te bebes tres jarras de cerveza; pero olvídate para siempre de tus centilitros, Eroféiev». Y el corazón se quejaba: «Al menos, 20 cl. Al menos...

al menos, quince...» Y entonces decía la razón: «Bueno, de acuerdo, Vienia. De acuerdo. Bébete quince —decía—, pero no vayas a ninguna parte. Quédate en casa...»

¿Y qué creéis vosotros? ¿Que me bebí 15 cl y me quedé en casa? Ja, ja. Desde entonces me puse a beber ciento cincuenta diarios para lograr quedarme en casa. Y al final no lo logré porque cogí tal cogorza que desapareció la frontera entre la razón y el corazón y ambos empezaron a repetirme al unísono: «¡Vete, vete a Petushkí! Tu salvación y tu alegría están en Petushkí. Vete.»

Petushkí es el lugar donde los pájaros no dejan de cantar ni de día ni de noche, donde ni en invierno ni en verano deja de florecer el jazmín. Allí, el pecado original —si es que ha existido— no le pesa a nadie. Allí tienen la mirada clara hasta los que se cuecen durante la semana...

Allí, a las once en punto, me espera cada viernes en el andén de la estación *esa joven* de ojos color claro, claro, que llegan a hacerse casi blancos; la más amada de las rameras; esa alba diablesa. Y hoy es viernes y antes de dos horas serán las once en punto y en el andén de la estación estará esa mirada blanquecina en la que no hay conciencia ni vergüenza. Venid conmigo: ¡Ah, qué cosas vais a ver...!

Además, ¿qué es lo que dejé en el lugar del que me fui y qué me espera en el lugar al que voy? Dejé un par de peales canijos y unos pantalones de los que da el Estado, unos alicates y una escofina, el anticipo y los

gastos indirectos fijos: ¡eso es todo lo que dejé! ¿Y qué es lo que me espera? ¿Qué tengo en el andén de Petushkí? Hay unas pestañas pelirrojas entornadas, el balanceo de unas formas y una trenza que va de la nuca hasta el culo. Y después del andén, el aguardiente de corazoncillo, el vino de Oporto, la beatitud y el meneo, el éxtasis y el espasmo. ¡Reina de los cielos, qué lejos está aún Petushkí!

Y detrás de Petushkí, ahí donde se funde el cielo con la tierra y una loba aúlla a las estrellas, hay otra cosa completamente distinta pero que a la vez es la misma: en unos aposentos llenos de humo y piojos florece el más rollizo y apacible de todos los niños, mi niño —desconocido de la albina—. Conoce ya la letra "iu" y por eso espera que le lleve avellanas. ¿Quién de vosotros conocía la letra "iu" a los tres años? Ninguno. Ni siquiera la conocéis bien ahora. Él sí que la conoce y no espera por ello otro premio que una bolsa de avellanas.

Rezad por mí, ángeles. Que el señor ilumine mi camino, que no tropiece en ninguna piedra, que alcance a ver la ciudad que tanto añoro. Y mientras tanto —perdonad—, mientras tanto vigilad mi maletín, que voy a ausentarme durante diez minutos. Necesito beber algo de Kubánskaia para no perder el ímpetu.

Y volví a levantarme de nuevo, recorrí la mitad del vagón y salí a la plataforma.

Y volví a beber. Pero esta vez no como lo había hecho en las cercanías de Karachárovo, no. Esta vez bebí sin náuseas y sin necesidad de bocadillo, directamente de la botella, echando hacia atrás la cabeza

igual que un pianista y con el sentimiento de grandeza de algo que sólo acababa de empezar y que todavía tenía que llegar a ser.

Nikólskoe - Saltikóvskaia

«Estos trece tragos no han de traerte alegría —pensé, mientras tomaba el decimotercero.

»Pero si ya sabes que la segunda dosis matutina, cuando se bebe a morro, ensombrece el alma. Aunque no por mucho tiempo: sólo hasta que se bebe en vaso la tercera dosis. Pero el hecho es que ensombrece el alma. ¿Es que no lo sabes?»

«Vale, de acuerdo. Que el futuro sea luminoso para ti. Que mañana sea aún más luminoso. Pero ¿por qué se turbarán los ángeles apenas empiezas a hablar de las alegrías que te esperan en el andén de Petushkí y después del andén?»

«¿Qué es lo que pensarán? ¿Que no me estará esperando nadie? ¿Que va a descarrilar el tren? ¿Que el revisor me va a hacer bajar del tren en Kupavna? ¿Que el vino va a hacer que me quede dormido en algún punto del kilómetro 105 y que me van a estrangular entonces como a un muchacho? ¿O que me van a degollar como a una chica? ¿Por qué se turban los ángeles y callan? Mañana será para mí un día luminoso. Sí. Nuestro mañana será más luminoso que nuestro ayer y nuestro hoy. Pero ¿quién pondría la mano en el fuego en cuanto a que nuestro pasado mañana no vaya a ser peor que nuestro anteayer?»

«¡Eso, eso! Lo has dicho correctamente, Viénichka. Lo de nuestro mañana y demás. Lo has dicho muy bien y de manera inteligente. Pocas veces hablas tan bien y de manera tan inteligente.

»Aunque, en general, no te sobra seso. ¿O he de preguntarte otra vez si es que no lo sabes? Cuando menos, Viénichka, resígnate ante el hecho de que tu alma sea más grande que tu cerebro. Además, ¿para qué necesitas cerebro si tienes conciencia y también gusto? Tener conciencia y gusto más que suficiente, con eso los sesos llegan incluso a sobrar.

»¿Y cuándo te diste cuenta por primera vez de que eras tonto, Viénichka?»

«Pues me di cuenta de ello cuando oí que se me reprochaba ser a la vez y a un tiempo dos cosas contradictorias: aburrido y frívolo. Porque si un hombre es inteligente y aburrido, no desciende hasta la frivolidad. Y si es frívolo e inteligente, no se permitirá ser aburrido. Pero yo, papanatas de mí, sé por lo visto combinar ambas cosas.

»¿Y os digo por qué? Porque, aunque no lo manifiesto, tengo el alma enferma. Porque no hago otra cosa desde que tengo uso de razón que simular salud espiritual. Y en ello gasto (sin guardar ni una) todas mis energías intelectuales, físicas y de cualquier otro tipo. Por eso precisamente soy tan aburrido... Todo lo que comentáis, todo lo que a diario os preocupa, me es ajeno por completo. Sí. Y de lo que a mí me interesa no digo nunca una palabra a nadie. Tal vez por miedo a adquirir fama de demente, tal vez por alguna otra razón; pero de eso, en cualquier caso, no digo ni una palabra.

»Hace mucho tiempo, cuando la gente se ponía a hablar o a discutir de alguna tontería en mi presencia, recuerdo que solía decir: "¡Eh! ¿Cómo tenéis ganas de hablar de semejante tontería?" Y la gente se quedaba asombrada y me decía: "Pero ¿por qué tontería? Si hasta eso es una tontería, ¿qué no lo es entonces?" Y yo contestaba: "¡Ah, no sé, no sé! Pero hay cosas que no son tonterías."

»Yo no digo que ahora conozca la verdad o que me haya aproximado mucho a ella. En modo alguno. Pero la distancia de la verdad a la que he logrado llegar resulta la más cómoda para poder ponderarla.

»Miro y veo, y por eso estoy triste. Y no creo que ninguno de vosotros lleve en su interior tan amarguísima mezcla. Resulta difícil decir de qué está compuesta esa mezcla; y, de todas formas, no lo ibais a entender. Pero hay en ella, sobre todo, "dolor" y "miedo". Démosles esos nombres. Eso es lo que hay en la mezcla: "dolor" y "miedo", y además silencio. Y cada día, desde por la mañana, "mi maravilloso corazón" aspira esa infusión y se baña en ella hasta la noche. Ya sé que a los demás les sucede lo mismo cuando muere alguien de pronto o cuando muere de repente la persona que más necesitan en el mundo. ¡Pero es que a mí me pasa siempre! ¡Comprended al menos eso!

»Cómo no voy a ser aburrido y cómo no voy a beber Kubánskaia. Me he ganado ese derecho. Sé mejor que vosotros que el "dolor universal" no es una ficción puesta en circulación por los viejos literatos, porque yo mismo lo llevo dentro de mí; sé lo que es y no quiero esconderlo. Hay que acostumbrarse a hablar con coraje ante la gente de las propias cualida-

des. ¿Quién puede saber mejor que uno mismo hasta qué punto se es maravilloso?

»Por ejemplo: ¿habéis visto el cuadro de Kramskoi, *Pena sin consuelo*? Claro que lo habéis visto. Pues bien, ¿qué haría esa princesa o boyarda pasmada si en ese momento un gato le tirase al suelo alguna cosa, como por ejemplo un jarrón de porcelana de Sévres, o le hiciera jirones algún *peignoir* de incalculable valor? ¿Se pondría a alborotar y a agitar los brazos? ¡Jamás lo haría, porque todo eso sería para ella una tontería! ¡Porque desde ese momento, y durante uno o dos días más, estaría "por encima de toda clase de *peignoirs*, gatos y porcelanas de Sévres"!

»¿Y entonces qué? ¿Es aburrida esa princesa? ¡Cómo no iba a serlo! ¡Es insoportablemente aburrida! ¿Es frívola? ¡Es frívola en grado sumo!

»Pues igual yo. ¿Habéis comprendido ahora por qué soy el más triste de todos los calaveras? ¿Por qué soy el más superficial de todos los idiotas y al mismo tiempo el más lúgubre de todos los mierdas? ¿Por qué soy, a la vez, tonto, diablo y charlatán?

»Es maravilloso que lo hayáis comprendido todo. Bebamos por la comprensión. Bebamos ahora mismo a morro todo lo que queda de Kubánskaia.

»¡Mirad cómo se hace...!»

Saltikóvskaia - Kúchino

Todavía tenía el resto de Kubánskaia casi en la garganta, por lo que cuando me dijeron desde los cielos:

—*¿Por qué te lo has bebido todo, Vienia? Es demasiado...*

Yo, del sofoco, apenas pude contestarles:

—En el mundo entero... en el mundo entero, desde Moscú a Petushkí, no hay nada que sea demasiado para mí... ¿Por qué, pues, teméis por mí, ángeles celestes...?

—*Nos tememos que tú, otra vez...*

—¿Que empiece otra vez a jurar? Ah, no, no. Es que no sabía que estabais siempre conmigo; si no, tampoco antes lo habría hecho... Cada minuto que pasa me siento más feliz... y si empezara ahora a decir palabras gruesas lo haría de una manera feliz... como en los versos de los poetas alemanes: «¡Ya os enseñaré yo el arco iris!» o «¡Váyanse a la perla!» Y nada más que eso... ¡Qué requetetontos sois...!

—*No, no somos tontos. Sólo nos tememos que, de nuevo, no logres llegar...*

—¡¿Adónde no he de lograr llegar?! ¿A Petushkí? ¿Que no voy a lograr llegar hasta donde está ella, mi desvergonzada zarina de ojos de nube...? Qué ridículos sois...

—*No, no somos ridículos. Nos tememos que no vas a llegar hasta donde está él, y que se va a quedar sin avellanas...*

—¡Qué decís, qué decís! ¡Mientras tenga vida...! ¡Qué decís! El viernes pasado, sí, el viernes pasado exactamente, *ella* no me dejó ir a verlo... El viernes pasado me derretí, ángeles; me quedé contemplando su blanco vientre igual de redondo que el cielo y que la tierra... Pero si no muero a manos del destino, hoy iré... Mejor dicho, hoy no iré; hoy me quedaré en casa

de ella, pastaré entre las azucenas hasta mañana, y mañana...

—*Pobre niño...* —suspiraron los ángeles.

—«Pobre niño»? ¿Y por qué «pobre»? Pero decidme, ángeles: ¿vais a estar conmigo hasta el mismo Petushkí? ¿Sí? ¿No saldréis volando?

—*Oh, no. No podemos hasta el mismo Petushkí... Saldremos volando en cuanto tú sonrías... Hoy no has sonreído todavía ni una sola vez. Saldremos volando cuando sonrías por primera vez y nos sintamos tranquilos con respecto a ti...*

—Y allí nos encontraremos en el andén, ¿verdad?

—*Sí, allí nos encontraremos...*

¡Qué seres tan adorables son estos ángeles! Aunque, ¿a qué vendrá lo de «pobre niño»? ¡Si no es nada pobre! ¿Necesita acaso que se le compadezca un niño que conoce la letra «iu» como la palma de su mano? ¿Un niño que quiere a su padre como a sí mismo?

Bueno, admitamos que el niño estaba enfermo el viernes antepasado y que todos estaban preocupados por él... ¡Pero en cuanto me vio empezó a mejorar...! Sí, sí... ¡Dios misericordioso, haz que no le pase nada, que nunca le pase nada...!

Hazlo así, Señor. Que aunque llegue a caerse del soportal o de la estufa, no se rompa ni brazo ni pierna. Que si sus ojos alcanzan a ver un cuchillo o una hoja de afeitar, no juegue con ellos; encuéntrale otros juguetes, Señor. Y si su madre enciende la estufa —a él le gusta mucho que su madre encienda la estufa— aléjalo de ella si te es posible. Me duele pensar que se pueda quemar... Y aunque enferme, que mejore inmediatamente con sólo verme...

Sí, sí, cuando llegué la vez pasada me dijeron que estaba durmiendo. Me dijeron que estaba enfermo y que tenía fiebre. Yo me puse a beber Limónnaia* junto a su camita y me dejaron solo con él. Realmente tenía fiebre; tenía fiebre hasta en el hoyuelo de la mejilla, y resultaba extraño que una cosa tan minúscula pudiera tener fiebre...

Bebí tres vasos de Limónnaia antes de que se despertara y me mirara. Y cuando iba por el cuarto vaso... estuve charlando mucho rato con él:

—¿Sabes... chiquitín? No te mueras. Piensa (si sabes dibujar letras es que ya puedes pensar por tu cuenta) que es muy tonto morirse conociendo sólo la letra «iu» y no sabiendo nada más... ¿No te das cuenta de que es una tontería?

—*Lo comprendo, papá...*

¡Cómo lo dijo! Todo lo que dicen ellos —los ángeles que viven eternamente y los niños que son mortales— está tan lleno de significado que escribo sus palabras destacándolas; y todo lo que decimos nosotros lo pongo en letra corriente porque, poco más o menos, no son sino tonterías. «*¡Lo comprendo, papá!*»

—Seguro que aún te vas a levantar, pequeño. Y bailarás otra vez al son de mi «Farándula del cerdito». ¿Te acuerdas? Bailabas a su son cuando tenías dos años. La música era de tu padre y las palabras también. «Había unos dia-bli-llos tan simpáticos y tan graciosos que agarraban, arañaban y mordían mi vientre-cito...» Y tú, sujetándote la cabeza con una

---

* Vodka a la que se añade cáscara de limón. *(N. de los T.)*

mano y agitando en la otra un pañuelito, saltabas como un tontuelo... «Desde fe-bre-ro a agosto gimoteé y gruñí; al aca-bar-se agosto sucumbí...» ¿Quieres a tu papá, pequeño?

—*Mucho*...

—Pues entonces no te mueras... Si no te mueres y te pones bien, me tienes que bailar algo otra vez... Pero no vamos a bailar la farándula, no. Su letra no tiene nada que ver con el asunto... «Al aca-bar-se a-gosto sucumbí...» Eso no vale. Es mucho mejor ésta: «Un-dos-ponte-los-zapatos-¿no-te-da-vergüenza-dormir?...» Hay razones especiales que hacen que me guste esa porquería...

Acabé el cuarto vaso y me emocioné:

—Cuando no estás conmigo, hijo, me siento completamente solo... ¿Comprendes...? Este verano estuviste en el bosque, ¿verdad...? Y seguro que te acuerdas de los pinos que viste... Pues yo soy igual que un pino... Son largos-largos y solitarios-solitarios; y yo también soy así... Sólo miran al cielo y no ven ni quieren ver lo que tienen a sus pies: igual que yo... Son verdes y lo serán eternamente hasta que caigan. Igual me pasará a mí: seré eternamente verde hasta que caiga...

—*Verde* —respondió el niño.

—Mira, por ejemplo, el diente de león. Se agita y se disemina con el viento; da tristeza mirarlo... Igual me pasa a mí. ¿No me derramo acaso? ¿No da acaso asco ver cómo me desparramo y desparramo durante días enteros...?

—*Da asco* —repitió seguidamente el niño y comenzó a sonreír con beatitud...

Igual que yo ahora: recuerdo su *«Da asco»* y sonrío también beatíficamente. Y veo cómo los ángeles hacen desde arriba signos afirmativos con la cabeza y se alejan de mí volando tal y como habían prometido.

Kúchino - Zheleznodorózhnaia

Pero, no obstante, primero la veré a ella. Primero, ¡a ella! ¡La veré en el andén con esa trenza que le llega hasta el culo, ruborizándome de emoción! ¡Y después, a inflamarse, a emborracharse hasta no poder tenerse en pie y a pastar, a pastar entre las azucenas hasta quedar mortalmente agotado!

¡Traed collares, brazaletes,
seda y terciopelo,
perlas y diamantes.
Quiero vestirme de reina,
que mi rey ha vuelto!

¡Esa joven no es realmente una joven! ¡Esa tentadora joven no es una joven sino una balada en *la bemol mayor*! ¡Esa mujer, esa maldita pelirroja, no es una mujer sino la magia misma! Y vosotros os preguntaréis que de dónde ha sacado Viénichka a esa perra pelirroja. ¿De dónde ha podido salir? ¿Cómo puede haber algo en Petushkí que merezca la pena?

—¡Puede haberlo! —contesto yo; y lo digo con voz tan tonante que hago estremecerse a Moscú y a Petushkí a la vez—. En Moscú no puede haberlo. ¡En Moscú no, pero en Petushkí sí! ¿Y qué pasa si es una

«perra»? Será perra, ¡pero con qué formas tan armoniosas! Y si os interesa saber dónde y cómo la conocí, si es que os interesa saberlo, escuchad, desvergonzados: os lo contaré todo.

En Petushkí —como ya os he dicho— florecen permanentemente los jazmines y no cesan los trinos de los pájaros. También aquel día, hace exactamente doce semanas, cantaban los pajaritos y había jazmines. Y era, además, el cumpleaños de alguien. Y, para colmo, había todo tipo de bebidas alcohólicas, en abundancia: diez, doce o veinticinco botellas. Todo lo que podía desear un hombre que ha bebido tanto alcohol como yo. Es decir, absolutamente de todo: desde cerveza de barril hasta cerveza en botella. ¿Y qué más —preguntaréis vosotros—, qué más había?

—Había, además, dos hombrecillos. Y tres zorronas que se estaban poniendo bizcas de tanto beber, a cual más. Y mucho alboroto, mucha algarabía. Y creo que nada más.

Yo mezclaba Rossíiskaia con cerveza de Zhigulí. A medida que mezclaba, bebía y miraba a aquellas «tres», iba descubriendo en ellas algo que me atraía. No podía decir exactamente qué era lo que estaba descubriendo en ellas, por lo que seguía mezclando y bebiendo. Y cuanto más descubría en ellas aquel «algo», tanto más frecuentemente mezclaba y bebía, con lo que cada vez se me hacía más claro...

¡Pero sólo noté una percepción de respuesta en una de ellas! ¡Sólo en una! ¡Oh, pelirrojas pestañas más largas que el pelo de vuestras cabezas! ¡Oh, inocentes ojos! ¡Oh, blancura casi de leche! ¡Oh, sortilegio! ¡Oh, alas de paloma!

—Entonces, ¿es usted Eroféiev? —dijo, inclinándose un poco hacia mí a la vez que abría y cerraba sus pestañas...

—¡Claro! ¿Quién voy a ser?

(¡Oh, ser de armoniosas formas! ¿Cómo lo había adivinado?)

—He leído una cosita suya. ¿Sabe?, nunca hubiera pensado que se podían acumular tantas estupideces en cincuenta páginas. ¡Eso sobrepasa la capacidad humana!

—¡No me diga que sobrepasa la capacidad humana! —dije yo adulado, mezclando y bebiendo—. ¡Si quiere puedo acumular aún más! ¡Haré un montón todavía más grande...!

Así es como empezó todo. Es decir, así empezó el desfallecimiento: tres horas sumido en el abismo. ¿Qué es lo que bebí? ¿De qué hablé? ¿En qué proporción mezclé? Tal vez el abismo no se habría abierto si no hubiera mezclado. Pero —sea como fuere— recobré el conocimiento pasadas unas tres horas. Y la situación en que me hallaba cuando recobré el sentido era la siguiente: estaba sentado ante una mesa y mezclaba y bebía.

Y no había nadie, salvo nosotros dos. Ella estaba a mi lado y se reía de mí igual que un bendito niño. Y pensé: ¡Inimaginable! Es una mujer a la que sólo los presentimientos han apretado hasta ahora los pechos. Es una mujer a la que, antes que yo, nadie ha tocado ni siquiera el pulso. ¡Oh, plácida comezón en el alma y en todas partes!

Y ella fue y se bebió 10 cl más. Se los bebió de pie, echando hacia atrás la cabeza igual que una pianista. Y después de beber, expulsó con el aliento todo lo que

había en ella de santo: lo expulsó por completo. Se dobló luego la muy guarra y empezó a hacer movimientos ondulatorios con las caderas. Lo hacía con tal plasticidad que no podía mirarla sin estremecerme...

Como es natural, vosotros, que sois unos desvergonzados, me preguntaréis: «Entonces qué, Viénichka? ¿Ella .....?» Bueno, ¿qué voy a deciros? ¡Bueno, claro que ella .....! ¡Cómo no iba ella a.....! Me dijo sin rodeos: «¡Quiero que me abraces dominadoramente con el brazo derecho!» Ja, ja. ¡¿«Dominadoramente» y «con el brazo derecho»?! Pero yo estaba ya tan cargado que no sólo no podía abrazarla dominadoramente sino que, aunque lo intenté, ni siquiera pude tocar sus pechos. Me falló la puntería y toqué al lado...

—¡Bueno! ¡Juega con tus escarpadas caderas! —pensé yo volviendo a mezclar y a beber—. ¡Juega seductora! ¡Juega, Cleopatra! ¡Juega, puta de exuberante cuerpo que has hecho desfallecer el corazón del poeta! ¡Todo lo que tengo, todo lo que *tal vez* tenga, lo inmolo hoy en el blanco altar de Afrodita!

Así pensaba yo. Y ella se reía. Luego, se acercó a la mesa y, como era perfecta y la perfección no tiene límites, se bebió de un trago 15 cl más...

Zheleznodorózhnaia - Chórnoe

Bebió, y se desprendió de algo que le sobraba. Si después de quitarse eso —pensaba yo— se desprende también de las bragas, ¡se estremecerá la tierra y gritarán las piedras!

Y me dijo ella: «¿Qué, Viénichka, tengo o no un buen .....?» Abrumado por el deseo, me sofocaba esperando el pecado. Y le contesté: «Llevo exactamente treinta años viviendo en este mundo... ¡y jamás he visto a nadie con tan buen.....!»

¿Y ahora qué? ¿Tenía que ser cariñoso y embaucador? ¿Tenía que ser encantador y tosco? Yo qué coño sabía. Nunca he sabido cómo tratar a las borrachas en cada fase... Hasta ese momento —¡qué podría deciros!—, hasta ese momento no sólo conocía mal a las borrachas sino también a las sobrias. Iba tras ellas con el pensamiento. Pero en el momento en que las seguía con el corazón, mi pensamiento se paralizaba asustado.

Yo era muy contradictorio. Por un lado, me gustaba que tuvieran marcada la cintura, ya que nosotros apenas tenemos cintura. Eso despertaba en mí... ¿Cómo lo llamaría? ¿Tal vez «voluptuosidad»? Claro que sí. Eso despertaba en mí voluptuosidad. Pero, por otro lado, fueron ellas las que acuchillaron a Marat con un cortaplumas, y Marat era incorruptible y no había que acuchillarle. Eso mataba por sí solo toda voluptuosidad. De una parte, me gustaba —igual que a Carlos Marx— el hecho de que fueran débiles; esto es, que tuvieran que mear en cuclillas. Eso me gustaba, eso me llenaba de... Bueno, ¿de qué me llenaba eso? ¿Tal vez de voluptuosidad? Sí, claro. Eso me llenaba de voluptuosidad. ¡Pero, por otra parte, fueron ellas las que dispararon contra Ilich con un revólver! Y eso también mataba la voluptuosidad: si necesitáis poneros en cuclillas, poneos; pero ¿por qué disparar

con un revólver contra Ilich? Después de eso sería ridículo hablar de voluptuosidad... Pero me he desviado del tema.

En definitiva, ¿cómo tenía que ser en ese momento? ¿Terrible o encantador?

Pero fue ella misma, fue ella misma la que hizo por mí la elección doblándose hacia atrás y acariciándome la mejilla con su tobillo. Había en esto algo de incitación y de juego; era como una suave bofetada. Era también como un beso enviado por el aire. ¡Y estaba, además, esa turbia blancura de perra en las pupilas, más blancas que el delirio y más blancas que el séptimo cielo! Y aquel vientre que era como el cielo y la tierra. Apenas lo vi, faltó poco para que me pusiera a llorar de emoción y empecé a echar humo por todas partes. Y todo se mezcló: las rosas y las azucenas; la estremecida y húmeda entrada al Edén, cubierta de pequeños rizos; el desvanecimiento y las pestañas pelirrojas. ¡Oh, sollozos de aquellas profundidades! ¡Oh, desvergonzados ojos! ¡Oh, pecadora de ojos como nubes! ¡Oh, dulce ombligo!

Todo se confundió. Pero ése era sólo el comienzo de algo que iba a repetirse cada viernes y que iba a afincarse en mi corazón y en mi cabeza. Y estoy seguro de que hoy va a ser lo mismo: la misma embriaguez y la misma muerte...

Ya sé que me vais a decir: ¿Qué te crees, Viénichka, que eres tú el único tipo con el que va?

¡Y a mí qué me importa! ¡Y a vosotros menos aún! ¡Qué me importa que no me sea fiel! La vejez y la fidelidad ponen arrugas en la jeta y yo no quiero que ella, por ejemplo, tenga arrugas en la jeta. Que no me sea

fiel; naturalmente, «que no me sea» del todo infiel; pero que no me sea fiel. En compensación, toda ella está tejida de voluptuosidad y de aromas. Hay que olerla y no manosearla ni sacudirle en los morros. Una vez intenté contar todas sus curvas más recónditas y no pude: cuando llegué a la veintisiete me había entrado tal languidez que me puse a beber Zubrovka y dejé el cálculo sin acabar.

Pero, desde luego, lo que tiene más bonito son los antebrazos. Especialmente cuando los mueve, se ríe extasiadamente y dice: «¡Ay, Eroféiev, eres un sucio pecador!» ¡Oh, diablesa! ¿Es acaso posible pasarse sin oler una cosa así?

También ella, como es natural, se ponía a veces venenosa. Pero eran tonterías; lo hacía como autodefensa y por alguna otra cosa de mujeres —de ello entiendo muy poco—. De todas formas, cuando llegué a comprenderla del todo resultó que no había en ella veneno, sino frambuesas con nata. Por ejemplo, uno de los viernes en que estaba completamente entonado por la Zubrovka, le dije:

—¡Vámonos, vámonos a vivir juntos para toda la vida! Te llevaré conmigo a Lobnia, te cubriré de púrpura y de visón trenzado, rebañaré algún dinerillo de las cabinas telefónicas y podrás oler algo bueno: por ejemplo, lirios del valle. ¡Vámonos!

Pero ella, en silencio, me hizo la higa con el dedo. Y yo, derretido, acerqué su mano a mi nariz, suspiré y me puse a llorar:

—Pero, ¿por qué...? ¿Por qué...?

Ella volvió a hacerme la higa. Y yo volví a llevarme su mano a la nariz y a llorar de nuevo:

—Pero, ¿por qué? —le suplicaba—. Contéstame: ¿¿¿por qué???

Y entonces ella estalló en sollozos y se colgó de mi cuello:

—¡Loco! ¡Ya sabes por qué! ¡Ya sabes por qué, chiflado!

Después de eso, casi todos los viernes se repetía la misma escena: las lágrimas y las higas. Pero hoy, seguro que decidimos algo, porque éste es el decimotercer viernes. Ya me voy acercando a Petushkí. ¡Reina de los cielos...!

Chórnoe - Kupavna

Me puse a andar por la plataforma tremendamente agitado y sin parar de fumar...

—¡¿Y luego te quejas de soledad e incomprensión?! ¡Tú, que tienes *tantas cosas* en el alma y *tantas* tras el alma! ¡Tú, que tienes *una mujer así* en Petushkí! ¡Y un *hijo tan maravilloso* más allá de Petushkí...! ¿Y te sientes solo...?

—No, no, ya no estoy solo, ya no soy un incomprendido; hace doce semanas que no lo soy. Todo lo pasado, pasado está. Pero recuerdo cuando cumplí los veinte años: entonces sí que estaba desesperadamente solo. Y fue triste el día de mi cumpleaños. Vinieron a verme Iuri Petróvich y Nina Vasílievna. Me trajeron una botella de Stolíchnaia* y un bote de *golubtsí*** rellenos de hortalizas. Y la Stolíchnaia y

* Marca de vodka. *(N. de los T.)*

** Hojas de col rellenas, en general, con carne. *(N. de los T.)*

los *golubtsí* hicieron que me sintiera tan solo, tan insoportablemente solo que, sin quererlo, me puse a llorar...

¿Y el otoño pasado, cuando cumplí los treinta? El día en que cumplí los treinta fue tan triste como cuando cumplí los veinte. Vinieron a verme Boria y una poetisa loca, Vadia, y también Lida, Liédik y Volodia. Y me trajeron... ¿Qué fue lo que me trajeron? Dos botellas de Stolíchnaia y dos botes de tomates rellenos. Los tomates me produjeron tal desesperación, tal sufrimiento, que quise llorar y no pude...

¿Significaba eso que, al cabo de diez años, estaba menos solo? No, no significaba eso. Entonces, ¿significaba eso que, transcurridos diez años, se había endurecido mi alma? Tampoco. Más bien incluso al revés. Pero, a pesar de todo, no me eché a llorar...

¿Por qué? Tal vez puedo explicaros eso si encuentro un símil en el mundo de lo *bello*. Por ejemplo, éste: si un hombre apacible se bebe 75 cl, se convertirá en violento y alegre. ¿Y si se bebe setenta más? ¿Se hará más violento y alegre? No, se volverá otra vez apacible. Desde fuera puede parecer que se ha serenado. Pero, ¿significaría eso que estaba sereno? En absoluto: estaría borracho como una cuba y, por ello, apacible.

Igual me pasaba a mí: al cumplir los treinta no estaba menos solo ni se había endurecido mi corazón. Todo lo contrario. Pero si se miraba desde fuera, entonces, claro...

¡Sí, *ahora* es cuando hay que vivir y vivir! ¡Vivir no es nada aburrido! Sólo a Nikolai Gógol y al rey Salomón les resultaba aburrido vivir. Ya que he vivido treinta años, he de intentar vivir otros treinta más. Sí, sí. «El

hombre es mortal», eso es lo que pienso. Pero, qué se le va a hacer; ya que hemos nacido hay que vivir un poco... «La vida es maravillosa», eso es lo que pienso.

¡¿Sabéis la de secretos que hay todavía en el mundo, la enorme cantidad de cosas por investigar y el campo que hay para la gente a la que atraen esos secretos?! Veamos un ejemplo de los más sencillos. Supongamos que alguien se bebiera ayer 75 cl y que hoy por la mañana no haya podido beber para quitarse la resaca —trabajo y cosas parecidas—, y sólo mucho después del mediodía, tras pasar sufriendo seis o siete horas, haya conseguido beber por fin para aliviar su alma (bueno, ¿cuánto ha bebido? Pues, pongamos que 15 cl): ¿a qué se deberá que su alma no se sienta mejor? El vértigo que le acompañaba desde por la mañana se ha visto sustituido, gracias a esos 15 cl, por un vértigo de otra clase: un vértigo pudoroso. Las mejillas se le han puesto de color amapola, como las de una puta, y tiene tan azules las ojeras que parece como si, en lugar de haber bebido ayer sus 75 cl, le hubieran estado sacudiendo en la jeta toda la noche. ¿Por qué?

Os voy a decir por qué. Porque ese hombre se ha convertido en víctima de sus seis o siete horas de trabajo. Hay que saber elegir los trabajos. Y no es que haya malos trabajos. No es que haya malas profesiones. Todas las vocaciones son respetables. Apenas uno se despierta, hay que beber algo; bueno, «algo» no; hay que beber exactamente de lo mismo que se ha bebido el día anterior y beberlo con pausas de entre cuarenta y cuarenta y cinco minutos, de tal manera que hacia la noche se hayan bebido 25 cl más que el

día anterior. No habrá entonces ni vértigo ni rubor, y se tendrá una cara tan buena como si en medio año no le hubieran sacudido a uno en la jeta.

¡Veis la de misterios fatales y gozosos que hay en la naturaleza, la de espacios en blanco que hay por todas partes!

Pero esa juventud tan ligera de cascos que viene tras de nosotros parece no darse cuenta de tales secretos de la existencia. Le falta envergadura e iniciativa; en general, no creo que tenga nada en la mollera. ¿Qué puede haber más noble, por ejemplo, que experimentar en uno mismo? Yo, a esa edad, lo hacía de la siguiente manera: el jueves por la noche me bebía de un trago tres litros y medio de *iorsh;** me tumbaba después a dormir sin siquiera quitarme los zapatos y con un único pensamiento: ¿me despertaría al día siguiente por la mañana o no me despertaría?

Pero el viernes por la mañana no me despertaba. Me despertaba el sábado por la mañana, sin zapatos, y no en Moscú sino bajo el terraplén del ferrocarril de la región de Naro-Fominsk. Y después, haciendo un esfuerzo, recordaba y almacenaba los datos; y tras almacenarlos, los comparaba. Y una vez los había comparado, comenzaba a reconstruirlos de nuevo mediante un esfuerzo de memoria y un análisis lo más penetrante posible. Y luego, pasaba de la contemplación a la abstracción; en otras palabras, bebía de manera penetrante para quitarme la resaca y averiguaba por fin adónde había ido a parar el viernes.

---

* Mezcla de aguardiente y cerveza. *(N. de los T.)*

Ya desde pequeño, desde la más tierna infancia, mi palabra preferida era «osadía». ¡Y —Dios es testigo de ello— cómo osaba! Si vosotros osarais así la diñaríais u os quedaríais paralíticos. Mejor dicho: si vosotros osarais tal y como osaba yo cuando tenía vuestra edad, seguro que alguna maravillosa mañana no os habríais despertado. Sin embargo, yo me despertaba; me despertaba casi cada mañana y empezaba a osar de nuevo...

Por ejemplo: hacia los dieciocho años, más o menos, me di cuenta de que desde la primera hasta la quinta dosis inclusive me hacía más hombre; es decir, me hacía más hombre de una manera irresistible. Pero que a partir de la sexta,

KUPAVNA - KILÓMETRO 33

y hasta la novena inclusive, me ablandaba. Me ablandaba hasta tal punto que, a partir de la décima, se me cerraban los ojos igual de irresistiblemente. Y como era tan ingenuo, ¿qué creéis que pensaba? Pensaba que debía obligarme a mí mismo a vencer la somnolencia mediante un esfuerzo de voluntad, y beber la undécima dosis, porque así recomenzaría tal vez el proceso de hacerme más hombre. Pero qué va; no era así. Comprobé que no recomenzaba nada.

Ese enigma hizo que me estuviera devanando los sesos tres años seguidos. Me devanaba los sesos todos los días y, a pesar de ello, me dormía cada día después de la décima dosis.

Y, sin embargo, la explicación es fácil: si os habéis bebido ya la quinta dosis, es preciso que toméis inmediatamente, de un trago, la sexta, la séptima, la octava y la novena. Pero habéis de hacerlo *en teoría,* es decir, sólo con la imaginación. En otras palabras: tenéis que conseguir, mediante un esfuerzo de voluntad, no beber de un trago ni la sexta, ni la séptima, ni la octava, ni la novena.

Y, tras una pausa, abordad directamente la décima. Y de la misma manera que a la novena sinfonía de Antón Dvorák —realmente la novena— se la llama convencionalmente la quinta, haced igual vosotros con las dosis: llamad convencionalmente décima a la sexta y podéis estar seguros de que así, sin más dificultades, podéis seguir haciéndoos más hombres desde la sexta (la décima) hasta la misma vigésima octava (la trigésima segunda). Es decir, uno puede hacerse más hombre hasta el límite tras el cual no queda otra cosa que la locura y la marranada.

Sí, palabra de honor. Desprecio a la generación que viene tras de nosotros. Me provoca repugnancia y horror. Desde luego que Máximo Gorki no les dedicaría canciones; ni pensarlo. No estoy diciendo que nosotros a su edad lleváramos toda una carga de cosas sagradas. ¡Dios me libre! Muy pocas cosas eran sagradas para nosotros. Pero, en cambio, había muchas cosas de las que *no pasábamos.* Y los de ahora pasan de todo.

Podrían hacer lo que hacía yo a su edad: beber a grandes intervalos. Bebo-bebo-lo dejo, bebo-bebo-de nuevo lo dejo. No tengo por ello derecho a pensar que la depresión matutina sea más espiritual si se convier-

te en hábito diario; es decir, si se beben 45 cl todos los días a las siete de la tarde desde los dieciséis años. Si volviera a la juventud y empezara a vivir de nuevo, desde luego que lo probaría. ¡No como *ellos*! *¡Ellos...!*

¡Y no sólo eso! ¡La de cosas desconocidas que hay en otras esferas de la actividad humana! Imagine, por ejemplo, que se pasa usted un día entero, de la mañana a la noche, bebiendo exclusivamente vodka blanca y nada más; y al día siguiente, vino tinto exclusivamente. Hacia la medianoche del primer día se pondrá usted como endemoniado. Estará tan fogoso que las chicas jóvenes podrán saltar por encima de usted en la noche de Iván Kupala.* Y está claro que, si usted ha estado bebiendo exclusivamente vodka blanca de la mañana a la noche, ellas se encontrarán con lo que buscaban.

¿Y si ha estado desde por la mañana hasta la noche bebiendo sólo vino tinto fuerte? Las chicas ni siquiera saltarán por encima de usted la noche de Iván Kupala. Es más: cuando en la noche de Iván Kupala una chica se siente, ni siquiera podrá usted saltar por encima de ella; y eso sin mencionar todo lo demás. ¡Desde luego, a condición de que sólo haya estado bebiendo vino tinto de la mañana a la noche...!

¡Sí, sí! ¡Y cuántos descubrimientos apasionantes se ofrecen a la experimentación en ramas especiales! Así, por ejemplo, en el caso del hipo. Si mi tonto paisano

---

* Nombre popular de San Juan. Principal personaje, en la mitología eslava, de la fiesta que se celebraba en el solsticio de verano destinada a propiciar una buena cosecha. *(N. de los T.)*

Soloújin* le invita a coger en el bosque setas en salmuera, ¡cáguese en sus níscalos en salmuera! Ocúpese mejor del hipo; es decir, de la investigación del hipo producido por la borrachera en su aspecto matemático...

—¡Vamos! —me gritan desde todas partes—. ¡¿Es que no hay cosas en el mundo más importantes que ésa...?!

—¡Así es! ¡No las hay! —grito en todas las direcciones—. ¡No hay nada más importante que eso! ¡No soy ningún tonto y sé que en el mundo está la psiquiatría y la astronomía extragaláctica! ¡Todo eso es cierto!

¡Pero da la casualidad de que todo eso nos es ajeno! ¡Nos lo impusieron Pedro el Grande y Alexandr Kibálchich**! ¡Nuestra vocación no va por ahí, nuestra vocación se orienta a algo muy distinto! ¡Tenemos vocación precisamente por algo que, si me deja, le voy a mostrar! Y aunque usted dirá que «La vocación es una cosa odiosa y falsa», yo tengo que decirle, he de repetirle otra vez, que «No existen las vocaciones falsas. Que es preciso respetar todas las vocaciones.»

Y en definitiva, ¡al diablo con usted! Deje mejor para los yanquis la astronomía extragaláctica, y para los alemanes la psiquiatría. ¡Deje que gentuza como los españoles vayan a ver sus corridas! ¡Que ese canalla africano construya su presa de Assuan! ¡Que la

---

* Escritor ruso nacido en 1924. *(N. de los T.)*

** Alexandr Kibálchich (1854-1881): Inventor. Revolucionario, miembro de "Naródnaia volia". *(N. de los T.)*

construya: de todas formas se la va a llevar el viento! ¡Y que se le atragante a Italia su *bel canto* de las narices, que se le atragante...!

Lo nuestro, repito, es el hipo.

Kilómetro 33 - Elektrougli

Como es lógico, para empezar a estudiar el hipo hay que provocarlo: hay que provocarlo *an sich* (término de Emmanuel Kant) —o sea, provocarlo en uno mismo—, o provocarlo en otro, pero en interés de uno —es decir, *für sich*—. Término también de Emmanuel Kant. Desde luego que lo mejor es *an sich* y *für sich* a un tiempo, y exactamente de la siguiente manera: beba algo fuerte durante dos horas seguidas (Starka,* Zveroboi** u Ojótnichia). Beba un vaso grande cada media hora, huyendo en lo posible de todo tipo de aperitivos. Si a alguien le resulta difícil puede permitirse un pequeño aperitivo, pero de los más modestos: pan que no sea del día, anchoa noruega en salazón picante, anchoa noruega en salazón simple o anchoa noruega en tomate.

Y luego, haga una pausa de una hora. No coma nada, no beba nada, relaje sus músculos y no haga esfuerzos.

Y verá usted mismo cómo, al final de esa hora, se presenta el hipo. Cuando hipe por primera vez le asombrará lo inesperado de su comienzo: luego le asom-

---

* *Vodka añeja. (N. de los T.)*

** *Aguardiente de corazoncillo. (N. de los T.)*

brará lo irrepetible de la segunda vez, de la tercera, etcétera. Pero si usted no es tonto, deje de asombrarse lo antes posible y ponga manos a la obra: apunte en un papel los intervalos entre las apariciones con las que le honra su hipo —en segundos, naturalmente—:

ocho-trece-siete-tres-dieciocho.

Desde luego, intente encontrar al menos una cierta periodicidad, aun cuando sea muy aproximada. Inténtelo. Y si, de todas formas, es usted un poco tonto, intente obtener alguna absurda fórmula que le permita predecir, cuando menos, la duración del intervalo siguiente. Allá usted. En cualquier caso, la vida echará por tierra todas sus ingenuas fórmulas.

diecisiete-tres-cuatro-diecisiete-uno-veintitres-cuatro-siete-dieciocho.

Dicen que los líderes del proletariado mundial, Karl Marx y Friedrich Engels, estudiaron minuciosamente los cambios en las formaciones sociales y que, sobre esa base, pudieron prever *muchas* cosas. Pero en este caso serían absolutamente incapaces de prever ni aun lo más elemental. Ha penetrado usted por propio deseo en la esfera de lo fatal: resígnese y sea paciente. La vida pondrá en ridículo tanto sus cálculos matemáticos más elementales como los más complicados:

trece-quince-cuatro-doce-cuatro-cinco-veintiocho.

¿Y no sucede igual con la sucesión de altos y bajos, de venturas y desventuras de cada persona en particular, en la que no hay ni rastro de regularidad? ¿No se intercalan las catástrofes igual de confusamente en la vida de la humanidad? La ley está por encima de todos nosotros. El hipo está por encima de toda ley. Y

de la misma manera que hace poco le ha asombrado lo inesperado del comienzo del mismo, también le asombrará su final. Un final que, al igual que la muerte, no podrá usted predecir ni evitar:

veintidós-catorce-y se acabó. Luego, el silencio.

Y en medio de ese silencio, su corazón le dice: *el hipo* no se puede estudiar. Somos impotentes. Carecemos por entero de libre albedrío. Estamos por entero a merced de una arbitrariedad que no tiene nombre y de la que es imposible librarse.

Nosotros somos temblorosas criaturas y *Él* es todopoderoso. *Él,* es decir, el Dedo de Dios que está sobre todos nosotros, y ante el que sólo los cretinos y los granujas se niegan a inclinar la cabeza. *Él* es incomprensible para la mente y, por consiguiente, existe.

Así pues, sea usted tan perfecto como nuestro Padre que está en los Cielos.

Elektrougli - kilómetro 43

Sí, beba más y tome menos aperitivos. Es el mejor remedio contra la soberbia y el ateísmo pueril. Fíjese en el ateo cuando hipa: está disperso, su rostro es oscuro, sufre, y resulta repugnante. Vuélvale la espalda, escupa y fíjese en mí cuando empiece a hipar: yo, que creo en la predestinación y no pienso en oponerme a nada, estoy seguro de que Él es bueno y que, por ello, también yo soy bueno y resplandeciente.

Él es bueno. Me transporta de los sufrimientos a la luz. De Moscú a Petushkí. Me conduce hacia la luz y a Petushkí a través de los sufrimientos de la estación

de Kursk, a través de la purificación de Kúchino, a través de los sueños de Kupavna. *¡Durch lieden-licht!*

Me puse a dar vueltas por la plataforma con mayor agitación todavía. Y sin parar de fumar. De repente, un pensamiento agudo como el rayo taladró mi cerebro:

«¿Qué más podría beber para que no bajase *mi* ímpetu? ¿Qué podría beber en Tu Nombre...?»

¡Qué desgracia! No tengo nada que sea digno de Él. ¡La Kubánskaia es una mierda y la Rossíiskaia... hasta da risa hablar de la Rossíiskaia en Tu presencia. ¡Y el rosado fuerte de a rublo treinta y siete! ¡Dios...!

Sí, si hoy llego sano a Petushkí, voy a elaborar un *cóctel* que se pueda beber sin vergüenza en presencia de Dios y de la gente, en presencia de la gente y en nombre de Dios. Lo llamaré «Chorros de Jordania» o «Estrella de Belén». Si en Petushkí se me olvida el nombre, recuérdemelo, por favor.

No se ría. Tengo una gran experiencia en la elaboración de cócteles. Estos *cócteles* se beben hoy en día en toda la tierra, desde Moscú a Petushkí, aun cuando no se sepa el nombre del autor. Se bebe «Bálsamo de Canaán» y «Lágrima de chica Komsomol», y está bien que se beban. No podemos esperar benevolencia por parte de la naturaleza. Para conseguirlos, hay que saber, desde luego, sus recetas exactas: si quiere, puedo proporcionarle esas recetas. Escuche.

Beber simplemente vodka, aunque sea directamente de la botella, no implica nada salvo tormento del espíritu y ajetreo. Mezclar vodka con agua de colonia implica un cierto capricho, pero ninguna exaltación.

En cambio, beber un vaso de «Bálsamo de Canaán» supone capricho e imaginación, exaltación y una cierta insinuación metafísica.

¿Cuál es el ingrediente del «Bálsamo de Canaán» que más apreciamos? Por supuesto que el alcohol desnaturalizado. Pero aunque el alcohol desnaturalizado es *objeto de inspiración,* por sí mismo no inspira nada. En ese caso, ¿qué es lo que apreciamos más en el alcohol desnaturalizado? Desde luego, la pura sensación gustativa. Y, sobre todo, la pestilencia que emana. Para resaltar esa pestilencia es preciso cuando menos una gota de perfume. Por eso hay que añadir al alcohol desnaturalizado, en proporción 1:2:1, cerveza Bárjatnoe —mejor aún Ostánkinskoe o Senador— y barniz depurado.

No le voy a recordar cómo se depura el barniz porque eso lo sabe hasta un niño. Por alguna razón que desconozco nadie sabe en Rusia de qué murió Pushkin, y sin embargo todo el mundo sabe cómo se depura el barniz.

Apunte pues la receta de «Bálsamo de Canaán». Sólo se vive una vez y hay que vivir la vida de tal manera que uno no se equivoque en las recetas:

Alcohol desnaturalizado	— 10 cl
Cerveza Bárjatnoe	— 20 cl
Barniz depurado	— 10 cl

Ahí tiene el «Bálsamo de Canaán» (que en lenguaje popular suele llamarse «Zorro plateado»), un líquido que es en realidad de color negro parduzco, de no muchos grados y con un persistente aroma que

más que aroma, es un himno. El himno de la juventud democrática. Y así es exactamente, porque en bebiendo este cóctel empiezan a desarrollarse la vulgaridad y las fuerzas oscuras. ¡Lo he presenciado tantas veces!...

Existen dos medios para prevenir el desarrollo de esas fuerzas oscuras. En primer lugar, no beber «Bálsamo de Canaán»; y en segundo, tomar en su lugar «Espíritu de Ginebra».

Este último cóctel no tiene ni una gota de nobleza pero sí tiene bouquet. Pregunta usted que dónde está el secreto de ese bouquet. Y yo le respondo que no sé dónde está el secreto de ese bouquet. Entonces, piensa usted un poco y pregunta: ¿y dónde está el misterio? El misterio reside en no sustituir por nada el «Lila blanca», que es parte integrante del «Espíritu de Ginebra»; no hay que sustituirlo ni por jazmín, ni por Chipre, ni por muguete. «En el mundo de los componentes no hay equivalentes», solían decir los viejos alquimistas; y ellos sí que sabían lo que decían. O sea que «Muguete plateado» no es lo mismo que «Lila blanca», ni siquiera en el aspecto moral; y eso sin hablar ya de bouquets.

El «Muguete», por ejemplo, agita la mente, inquieta la conciencia, refuerza el sentimiento de justicia. El «Lila blanca», por el contrario, tranquiliza la conciencia y cauteriza en el hombre las heridas de la vida...

A mí me sucedió lo siguiente: me bebí un frasco entero de «Muguete plateado» y me dio por llorar. ¿Por qué lloraba? Porque me acordaba de mi madre; es decir, me acordaba de mi madre y no podía olvidarla. «Madre», decía. Y lloraba. Y luego otra vez:

«Madre», decía, y lloraba de nuevo. Otra persona un poco más tonta que yo se habría quedado llorando. Pero ¿qué hice yo? Cogí el frasco de «Lila» y me lo bebí también. ¿Y qué cree usted que sucedió? Se me secaron las lágrimas, me invadió una risa tonta y hasta me olvidé de cómo se llamaba mi madre.

¡Qué risa me da, por eso, que alguien, al preparar «Espíritu de Ginebra», añada «Muguete plateado» a un remedio contra la transpiración de los pies!

Escuche la receta exacta:

Lila blanca	— 5 cl
Remedio contra la transpiración de los pies	— 5 cl
Cerveza de Zhigulí	— 20 cl
Barniz al alcohol	— 15 cl

Pero si el hombre no quiere escarnecer inútilmente el universo, que mande a freír espárragos el «Bálsamo de Canaán» y el «Espíritu de Ginebra». Lo mejor será que se siente a la mesa y se prepare «Lágrima de chica Komsomol». Oloroso y extraño es este cóctel. Luego sabrá por qué es oloroso. Explicaré antes por qué es extraño.

El que bebe sólo vodka conserva tanto la razón sana como la buena memoria o, por el contrario, pierde a la vez una y otra. Pero en el caso del «Lágrima de chica Komsomol» la cosa es sencillamente ridícula: si uno se bebe 10 cl de esa «Lágrima», la memoria se mantiene bien pero la mente no la tendrá clara. Y si uno se bebe 10 cl más se asombrará de sí mismo: ¿De dónde ha salido esa mente tan lúcida? ¿Adónde ha ido a parar la buena memoria?

En cuanto al olor, hasta la receta misma del «Lágrima» resulta aromática. Una vez hecho el cóctel, su aroma puede hacerle perder a uno el sentido por unos instantes. Yo, por ejemplo, solía perderlo.

Lavanda	—	1,5 cl
Verbena	—	1,5 cl
Colonia «Agua del bosque»	—	3 cl
Laca de uñas	—	2 cl
Elixir para los dientes	—	15 cl
Limonada	—	15 cl

La mezcla así preparada hay que removerla suavemente, durante veinte minutos, con una rama de madreselva. Si bien es verdad que hay quien afirma que en caso de apremio la madreselva puede ser reemplazada por cuscuta, eso es falso y canallesco. Aunque me rajara usted a lo largo y a lo ancho, no me obligaría a remover el «Lágrima de chica Komsomol» con cuscuta; lo seguiría removiendo con madreselva. Sencillamente, me muero de risa cuando alguien en mi presencia no remueve el «Lágrima» con madreselva sino con cuscuta...

Pero basta de «Lágrima». Ahora, para concluir, le propongo lo mejor. «La conclusión del trabajo es el mejor de los premios», como dijo el poeta. En resumen, le propongo el cóctel «Entrañas de hijoputa», una bebida que no tiene igual. Esto no es una bebida, es música celestial. ¿Qué es lo más bello del mundo? La lucha por la liberación del hombre.Y sin embargo, más bello que eso es lo que sigue (apúntelo):

Cerveza de Zhigulí	—	10 cl
Champú «Sadkó, el huésped rico»	—	3 cl
Loción anticaspa	—	7 cl
Cola de contacto	—	1,2 cl
Líquido para frenos	—	3,5 cl
Insecticida contra pequeños insectos	—	2 cl

Todo ello, mezclado con tabaco de cigarro puro, ha de mantenerse en reposo una semana. Luego, puede servirse...

A propósito. He recibido a veces cartas en las que los ociosos lectores recomendaban, además, lo siguiente: pasar la infusión obtenida por el colador. O sea: pasarla por el colador e irse a dormir... Pero eso ya son cosas excesivamente raras. Todos esos aditamentos y retoques no expresan sino flojera de imaginación y falta de vuelo del pensamiento; eso es lo que expresan esas absurdas correcciones...

Así pues, el «Entrañas de hijoputa» está servido. Bébalo a grandes tragos con la aparición de la primera estrella. Tras dos copas de ese cóctel, el hombre está tan arrebatado que uno puede colocarse a metro y medio de él y pasarse media hora escupiéndole a la jeta sin que diga nada.

Kilómetro 43 - Jrapunovo

¿Ha tenido tiempo de anotar al menos algo? Bueno, por ahora ya tiene bastante... Y cuando llegue a Petushkí le prometo que le contaré el secreto del «Chorros de Jordania». Si es que llego vivo a Petushkí. Si Dios lo quiere.

Y ahora, vamos a pensar juntos: ¿qué podría beber? ¿Qué mezcla podría inventar con la piojería que me ha quedado en el maletín? ¿«Beso de tía Klava»? Quizás. De mi maletín no es posible arrancar ningún «Beso» que no sea el «Primer beso» o el «Beso de tía Klava». ¿Quiere que le explique lo que es el «Beso»? El «Beso» es la mezcla en proporción mitad y mitad de cualquier vino tinto con cualquier vodka. Pongamos que vino seco con Pertsovka* o Kubánskaia es el «Primer beso». La mezcla de matarratas con vino de Oporto «33» es el «Beso a la fuerza» o, más sencillamente, «Beso sin amor» (y aún más sencillamente, «Inés Armand»). ¡Pero hay tantas clases de «Besos»! Para que ninguno de esos besos produzca náuseas es preciso habituarse desde pequeño.

En mi maletín llevo Kubánskaia. Pero no tengo vino seco. Eso quiere decir que también el «Primer beso» está descartado para mí. Sólo puedo soñar con él. Pero tengo en el maletín parte y media de cuarto de Rossíiskaia y rosado fuerte de rublo treinta y siete. Eso nos da en conjunto el «Beso de tía Klava». Estoy de acuerdo con usted en que su sabor tiene poco de atractivo: es excepcionalmente nauseabundo y más adecuado para regar un ficus que para tomarlo directamente de la botella. Estoy de acuerdo. Pero ¿qué hacer si no tengo vino seco y ni tan siquiera un ficus? No puedo hacer otra cosa que beber «Beso de tía Klava»...

---

* Vodka salpimentada. *(N. de los T.)*

Me dirigí al interior del vagón para mezclar la porquería que tenía y elaborar un «Beso». ¡La de tiempo que hacía que no había estado ahí dentro! Desde Nikólskoe, cuando me bebí...

Igual que la vez pasada, mi patria —que, grande y decidida a todo, se había salido de la órbita— me miraba a través de decenas de ojos, grandes y decididos a todo, que se salían de las órbitas. La vez anterior, tras 15 cl de Rossíiskaia, me gustaban esos ojos. Ahora, tras 50 de Kubánskaia, me sentía enamorado de ellos, enamorado como un loco. Me balanceé un poquitín al entrar en el vagón, pero pasé hacia mi asiento con aire de total independencia y, por si acaso, sonriendo levemente...

Me acerqué al asiento y me quedé pasmado. ¿Dónde estaba mi cuarto de Rossíiskaia? ¿Dónde estaba la botella cuya mitad había acabado de beber junto a Hoz y Martillo? Había estado pegada a mi maletín desde Hoz y Martillo y quedaban en ella cuando menos 10 cl. ¿Qué se había hecho de mi botella?

Paseé mi mirada por todos los viajeros: ni uno solo pestañeó. Sí, decididamente estaba enamorado y loco. ¿Cuándo se habían ido los ángeles? Ellos se encargaban de guardar mi maletín cuando yo me ausentaba: ¿en qué momento me habían abandonado? ¿En la región de Kúchino? Bien. Eso significaba que me habían *robado* la botella entre Kúchino y el kilómetro 43. Me habían privado del «Beso de tía Klava» mientras compartía con usted el éxtasis de mi amor, mientras le introducía en los misterios de la existencia... Mi ingenuidad había hecho que durante todo ese tiempo —vaya comedia...— no me diera ni una sola vuelta

por el vagón. Pero ahora «se acabó la ingenuidad», como dijo el dramaturgo Ostrovski. Y, finita la comedia. No toda ingenuidad es santa... No toda comedia es divina... ¡Ya vale de pescar pececitos en agua turbia: es hora de pescar hombres...!

Pero ¿cómo pescar y a quién pescar...?

Vete tú a saber el papel que estaré representando cuando llegue a Petushkí... A partir del mismo Moscú todo habían sido ensayos filosóficos y memorias, todo habían sido versos en prosa como los de Iván Turguéniev... Ahora empezaba una novela policíaca. Eché una ojeada al interior del maletín para ver si todo estaba en su sitio. En el maletín todo seguía en su sitio. Pero, ¿dónde estaban entonces los 10 cl? ¿Y a quién había que pescar...?

Miré hacia la derecha. Ahí seguían sentados aquellos dos tipos: el tosco-tosco y el inteligente-inteligente. El tipo tosco con chaquetón guateado hacía tiempo que estaba mamado y dormía. Y el inteligente con abrigo de paño inglés estaba sentado frente al tosco e intentaba despertarle. Lo hacía de una manera cruel: le agarraba por un botón, tiraba de éste todo lo que podía, igual que si tensara un arco, y luego lo soltaba: y el tipo tosco-tosco con chaquetón guateado salía disparado y se clavaba en el respaldo de su asiento igual que se clava en el corazón la roma flecha de Cupido...

Tras-cen-den-tal..., pensé yo. ¿Le estará haciendo eso desde hace mucho rato...? No, esos dos no han podido robarme. Es verdad que uno de ellos lleva chaquetón guateado y el otro no duerme, por lo que, en principio, los dos podrían haberme robado. Pero, por

otra parte, uno duerme y el otro lleva abrigo de paño inglés, por lo que ni uno ni otro han podido robarme...

Miré hacia atrás. No, tampoco ahí había nada que pudiera inducir a pensar en un robo: aunque es verdad que había dos tipos que inducían a pensar, pero en algo completamente distinto. Eran los dos muy extraños: se trataba de un hombre y de una mujer. Estaban sentados en diferente lado del vagón, junto a ventanillas opuestas, y se veía claramente que no se conocían. Sin embargo, era asombroso el parecido que tenían: él llevaba chaqueta y ella también; él llevaba una boina marrón y tenía bigotes y ella también tenía bigotes y llevaba una boina marrón...

Me froté los ojos y volví a mirar hacia atrás... El parecido era realmente asombroso. Ambos se miraban con frecuencia y detenidamente, a la vez que con interés y rabia... Estaba claro que no podían ser los que me habían robado.

¿Y delante? Miré hacia delante.

Delante, el panorama era el mismo. Sólo había dos tipos raros: un abuelo y su nieto. El nieto le llevaba al abuelo dos cabezas y era imbécil de nacimiento. El abuelo era dos cabezas más bajo, aunque también imbécil. Ambos me miraban directamente a los ojos y se relamían...

Sospechoso, pensé yo. ¿Por qué se relamerán? ¡Los demás también me habían mirado a los ojos, pero no se relamían! Muy sospechoso... Empecé a mirarles igual de atentamente que ellos a mí.

Sí, el nietecito era un auténtico cretino. Hasta le crecía el cuello de manera distinta a los demás: no se

metía en su cuerpo sino que emergía de él elevándose hacia la nuca junto con las clavículas. Respiraba incluso de forma idiota: primero expiraba el aire y luego lo inspiraba, cuando todo el mundo hace al revés —inspira primero y, sólo tras haberlo hecho, expira—; y me miraba, me miraba, abriendo los ojos y entornando la boca...

Y el abuelo me miraba con mayor tensión todavía; miraba como el que mira la boca de un arma de fuego. Y con ojos tan azules, tan saltones, que de ambos —como si de dos ahogados se tratara— brotaba un líquido que caía directamente sobre sus botas. Parecía por entero un condenado a la pena capital. En su calva cabeza todo estaba muerto. Tenía la cara completamente picada de viruelas, como fusilada a bocajarro. Y en el centro del fusilado rostro, una hinchada y azulada nariz colgaba y se balanceaba igual que un viejo ahorcado...

Muuuuy sospechoso, pensé una vez más. Y levantándome a medias les hice señas con el dedo para que se acercaran.

Ambos saltaron inmediatamente de sus asientos y se lanzaron hacia mí sin dejar de relamerse. Eso también es extraño, pensé. Me parece que se han levantado casi antes de haberles hecho señas...

Les invité a que se sentaran frente a mí.

Ambos se sentaron sin dejar de mirar fijamente a mi maletín. El nieto se sentó de una manera muy rara. Todos nos sentamos sobre el trasero, pero él se sentó de un modo la mar de curioso: inclinado a un lado, apoyando en el asiento el costado izquierdo, y como si nos ofreciera una pierna a mí y otra a su abuelo.

—¿Cómo te llamas y adónde vas, abuelo...?

JRAPUNOVO - ÉSINO

—Me llamo Mítrich. Y éste es mi nietecito, que también se llama Mítrich... Vamos a Oriéjovo, al parque... a montar en el tiovivo...

Y el nietecito añadió:

—I-i-i-i-i...

Era un sonido inusual y me da muchísima pena no poder reproducirlo exactamente. No hablaba, sino que gañía. Y no hablaba con la boca, porque su boca, que comenzaba en algún lugar de la parte de atrás, estaba siempre entornada. Hablaba a través de la ventana izquierda de la nariz; y con tal esfuerzo que no parecía sino que levantara la ventana izquierda con la ventana derecha: «I-i-i-i-i, qué deprisa vamos a Petushkí. Simpático Petushkí...» «I-i-i-i-i, qué borracho está el abuelo, el bueno del abuelo...»

—Bieeen. Entonces, ¿dices que al tiovivo...?

—Al tiovivo.

—¿Quizás no sea al tiovivo...?

—Al tiovivo —confirmó otra vez Mítrich con la misma voz de condenado, mientras el líquido seguía brotando de sus ojos...

—Y dime Mítrich, ¿qué hacías tú aquí mientras yo estaba en la plataforma, mientras yo estaba absorto pensando en mi amor, en la mujer amada? ¿Eh? Di...

Mítrich, sin moverse, empezó a agitarse.

—Yo... nada. Sólo quería comer compota... Compota con pan blanco...

—¿Compota con pan blanco?

—Compota con pan blanco.

—Maravilloso. ¿O sea que mientras yo estaba en la plataforma sumergido por entero en mis pensamientos amorosos, vosotros habéis venido a mi sitio a ver si había compota y pan blanco...? Y al no encontrar compota...

El abuelo fue el primero que no resistió y se puso a llorar como un bendito. Tras él, también el nieto: su labio superior había desaparecido por entero en alguna parte, y el inferior le colgaba hasta el ombligo como el pelo a un pianista... Ambos lloraban...

—Sí, os comprendo. Cuando quiero perdonar lo puedo comprender todo... Igual que el buche del caballo de Troya, mi alma es capaz de albergar *muchas cosas*. Cuando tengo ganas de ser comprensivo, lo perdono todo. Y a vosotros os comprendo: sólo queríais compota y pan blanco. Pero en mi asiento no encontrasteis ninguna de las dos cosas. Y, claro, os visteis *obligados* a beber lo que encontrasteis, ya que no podíais comer lo que os hubiera gustado comer...

Mis pruebas les dejaron aplastados. Se taparon las caras y, arrepentidos, se balancearon en el asiento al son de mis acusaciones.

—Me recordáis a un viejecito de Petushkí. También él hacía lo mismo. Bebía a costa de los demás. Bebía lo que robaba: así, por ejemplo, mangaba frascos de «Colonia Triple» en la farmacia, se metía en el retrete de la estación de ferrocarril y se los bebía allí a escondidas. Llamaba a eso «beber por la *brudershaft*». Estaba totalmente convencido de que eso era «beber por la *brudershaft*», y se fue al otro mundo con su equivocación... ¿Qué, también vosotros os habéis lanzado a beber por la *brudershaft...?*

Ellos seguían balanceándose y llorando. Al nieto, hasta le empezaron a parpadear los sobacos de tanta aflicción...

—Bueno, basta de lágrimas. Cuando tengo ganas de ser comprensivo lo admito todo. Mi cabeza no es una cabeza sino un prostíbulo. Si queréis, os puedo ofrecer más. Os habéis bebido ya 5 cl cada uno; puedo daros 5 cl más por cabeza...

En ese momento alguien se acercó a nosotros por detrás y dijo:

—Yo también quiero beber con vosotros.

Le miramos todos a un tiempo. Era el del bigote negro con chaqueta de mujer y boina marrón.

—I-i-i-i-i —empezó a gañir el joven Mítrich—, qué tío, qué tío tan listo...

El del bigote negro le cortó con una mirada que le salió de debajo de los bigotes:

—No soy ningún listo. Yo no robo como hacen otros. No robo a personas desconocidas objetos de primera necesidad. Traigo lo mío: aquí está...

Y colocó junto a mi asiento una botella de Stolíchnaia.

—¿No irá a rechazarla? —me preguntó.

Yo me eché a un lado para hacerle sitio.

—No, tal vez no la rechace luego. Pero por el momento, quiero de lo mío. Quiero el «Beso de la tía Klava».

—¿De la tía Klava?

—De la tía Klava.

Nos servimos cada uno de lo nuestro. El abuelo y el nieto me tendieron sus recipientes: resulta que los tenían preparados hacía tiempo; desde mucho antes

de que les hiciera la señal para que se acercaran. El abuelo sacó una botella de cuarto vacía, que reconocí inmediatamente. Y el nieto sacó nada menos que una tina, y la sacó de algún lugar situado entre el pubis y el diafragma.

Les serví lo que había prometido y ellos sonrieron.

—¿Por la *brudershaft,* chicos?

—Por la *brudershaft.*

Y todos bebieron con la cabeza echada hacia atrás, como los pianistas...

«Nuestro tren no se detiene en la estación de Ésino. Tiene parada en todos los puntos del recorrido, menos en Ésino.»

Ésino - Friázevo

Empezaron los murmullos y los chasquidos de lengua. Como si un pianista —que tras beber y beber hubiese acabado ya con todo— se hubiera puesto a tocar, sumergido en sus cabellos, el estudio de Franz Liszt *El ruido del bosque* en do sostenido menor.

El primero que empezó a hablar fue el de los bigotes negros y chaqueta de mujer. Y, no sé por qué, se dirigía única y exclusivamente a mí:

—Dice Iván Bunin que la gente pelirroja enrojece cuando bebe...

—Bueno, ¿y qué?

—¿Cómo que «y qué»? ¡Pues que Kuprín y Máximo Gorki bebían hasta caerse de culo...!

—Maravilloso. ¿Y qué más?

—¿Cómo que «y qué más»? ¿Cuáles fueron las últimas palabras de Antón Chéjov antes de morir? Pues dijo: «*Ich sterbe*» —que quiere decir «me muero»—. Y luego añadió: «Servidme champán». Y sólo se murió después de beber.

—¿Y...?

—Friedrich Schiller no sólo no se podía morir sin beber champán sino que ni siquiera podía vivir sin él. ¿Sabe cómo escribía? Pues metía los pies en un baño helado, se servía champán y escribía. Trasegaba una copa y ya tenía hecho un acto entero de una tragedia. Trasegaba cinco copas y ya tenía hecha una tragedia entera en cinco actos.

—Bueno, bueno, bueno... ¿Y..?

Me lanzaba sus pensamientos igual que el *triumphator* arrojaba las monedas de oro, y yo a duras penas lograba cogerlos a tiempo. «¿Y?...»

—Y Nikolai Gógol...

—¿Qué le pasaba a Nikolai Gógol...?

—Cuando visitaba a los Aksákov siempre pedía que le pusieran una copa especial, de color rosa...

—¿Y bebía en una copa de color rosa?

—Sí. Bebía en una copa de color rosa.

—¿Y qué es lo que bebía...?

—¡Quién sabe...! Bueno, ¿qué es lo que se puede beber en una copa de color rosa? Está claro que vodka...

Tanto los dos Mítrich como yo lo observábamos con interés. Y él, el de los bigotes negros, reía a todo reír disfrutando por anticipado de los nuevos éxitos...

—¿Y Modest Músorgski? ¡Dios mío, Modest Músorgski! ¿Sabe cómo escribió su inmortal ópera *Jo-*

vánschina? Es para morirse de risa. Modest Músorgski se encontraba tirado en una cuneta después de una borrachera cuando pasó por allí Nikolái Rimski-Kórsakov, de smoking y con bastón de bambú. Nikolái Rimski-Kórsakov se detuvo, hizo cosquillas a Modest con su bastón y le dijo: «¡Levántate! ¡Ve a lavarte la cara y termina de escribir tu divina ópera *Jovánschina*!»

»Y helos ahí sentados los dos. Nikolái Rimski-Kórsakov en un sillón, con una pierna cruzada sobre la otra y sosteniendo en la mano —con el brazo extendido— el sombrero de copa. Y, frente a él, Modest Músorgski, muy decaído y sin afeitar, sentado a horcajadas en un banquito, encorvado, sudando y escribiendo su composición. Modest, sentado en el banquito, quiere tomar algo para quitarse la resaca: ¡qué le importaba a él la música! Sin embargo, Nikolái Rimski-Kórsakov, sosteniendo a un lado su sombrero de copa, no le dejaba que tomara nada para la resaca...

»Pero en el momento en que se cierra la puerta tras Rimski-Kórsakov, Modest abandona su inmortal ópera *Jovdnschina* y ¡zas!: a la cuneta. Se levanta otra vez, vuelve a beber para quitarse la resaca y ¡zas!: a la cuneta... Bueno, y dicho sea de paso, los dos eran socialdemócratas...

—¡Ddddiablo, qué instruido! —le interrumpió entusiasmado el viejo Mítrich. El joven, debido al exceso de atención, había sorbido todo su pelo y se había cubierto de escarcha...

—¡Sí, sí! ¡Me gusta mucho leer! ¡Hay tantos libros maravillosos en el mundo! —prosiguió el hombre con chaqueta de mujer—. Por ejemplo, me paso un mes

bebiendo, luego otro mes bebiendo, y a continuación cojo algún libro y lo leo. Y me parece tan bonito el libro y tan malo me veo a mí mismo que me siento completamente apesadumbrado y se me hace imposible proseguir la lectura; por lo que tiro el libro y empiezo a beber. Me paso un mes bebiendo, luego otro mes bebiendo y a continuación...

—Espera —esta vez fui yo el que le interrumpió—, espera. ¿Qué pasaba entonces con los socialdemócratas?

—¿Qué socialdemócratas? ¿Es que sólo pasaba eso con los socialdemócratas? En Rusia, todos los hombres de valor, todos los hombres necesarios, bebían como cerdos. Y los no *necesarios,* los estúpidos, esos no bebían. Cuando Eugenio Oneguin fue de visita a casa de los Larin únicamente bebió agua de vacciniea y aún así tuvo diarrea. Y los honestos contemporáneos de Oneguin andaban «entre el Laffitte y el Cliquot» (¡«Entre el Laffitte y el Cliquot», tomad nota!), mientras parían la «ciencia de la insurrección» y el decembrismo... Y cuando, por fin, despertaron a Herzen...

—¡Qué va! ¡A vuestro Herzen no había dios que lo despertara! —vociferó alguien desde el lado derecho. Todos nosotros, estremecidos, nos volvimos hacia la derecha. El que vociferaba era el Cupido de abrigo de paño de lana—. ¡Este Herzen tenía que haber bajado ya en Jrapunovo, y aquí sigue el cabrón...!

Todos los que podían reírse se rieron: «¡Déjalo en paz, diablo, decembrista de los cojones!» «¡Frótale las orejas, las orejas!» «¿Qué más da ir a Jrapunovo que a Petushkí? ¡A lo mejor al hombre se le ha antojado ir

a Petushkí y tú quieres mandarlo a Jrapunovo!» Imperceptiblemente, todos los de alrededor se iban poniendo curdas; se iban poniendo curdas imperceptible y alegremente, imperceptible y horriblemente... Y yo con ellos.

Me volví hacia el de la chaqueta femenina y los bigotes negros:

—Bueno, supongamos que sea así. Supongamos que despertaron a Alexándr Herzen. Pero ¿qué tienen que ver aquí los demócratas, la *Jovánschina* y...?

—¡Sí que tienen que ver! ¡Con eso precisamente empezó lo principal! ¡Empezó el matarratas en lugar del Cliquot! ¡Empezó la *raznochinstvo,** el alboroto y la *Jovánschina!* ¡Todos esos Uspenski, todos esos Pomialovski, no podían escribir ni una línea sin empinar el codo! ¡Lo sé, lo he leído! ¡Bebían desesperadamente! ¡Lo hacía toda la gente honesta de Rusia! ¿Y por qué bebían? ¡Bebían de desesperación! ¡Bebían porque eran honestos, porque no tenían fuerzas para mejorar la suerte de su pueblo! ¡El pueblo se ahogaba en la miseria y la ignorancia! ¡Leed a Dmitri Pisarev y lo veréis! Mirad lo que dijo: "¡El pueblo no puede permitirse el lujo de comprar carne de vaca! El vodka es más barato que la carne de vaca. Por eso bebe el mujik ruso: ¡porque vive en la miseria! ¡No puede permitirse el lujo de comprar un libro porque en el mercado no están ni Gógol ni Belinski, sino que sólo hay vodka! ¡Tanto la del Monopolio como todas las

* Intelectualidad que no pertenecía a la nobleza rusa. *(N. de los T.)*

demás, la de granel y la de estraperlo! ¡Por eso bebe! ¡Debido a la ignorancia!"

»¡Cómo no iba a desesperarse, cómo no iba a escribir acerca de los mujiks, cómo no iba a tratar de salvarlos, cómo no iba a ponerse a beber de desesperación! El socialdemócrata escribía y bebía, y bebía como escribía.Y el mujik no leía pero bebía; bebía sin leer. Entonces va Uspenski, se levanta un día y se ahorca. Pomialovski se tumba bajo el banco de una taberna y estira la pata. Garshin se levanta un día y se tira por el hueco de la escalera como consecuencia de una borrachera...

A esas alturas el de los bigotes negros se había levantado de un salto, se había quitado la gorra y gesticulaba como un loco. Todo lo que había bebido le espoleaba y se le subía a la cabeza, se le subía y se le subía... Hasta el decembrista con abrigo de paño inglés abandonó a su Herzen, se sentó más cerca de nosotros y elevó hacia el orador sus turbios y húmedos ojos...

—¡Pero mirad lo que tenemos ahora! ¡La oscuridad de la ignorancia aumenta sin cesar y la pobreza crece *en términos absolutos*! ¿Habéis leído a Marx? *¡En términos absolutos!* ¡En otras palabras, se bebe cada vez más! ¡La desesperación del socialdemócrata crece de manera proporcional! ¡Aquí ya no sirve ni el Laffitte ni el Cliquot que, al menos, lograron despertar a Herzen! ¡Ahora, toda la Rusia que piensa siente tristeza por el mujik y bebe sin despertar! ¡Tocad todas las campanas de Londres que nadie va a levantar la cabeza en Rusia: están cubiertos todos de vomitona y se sienten abrumados...!

»¡Y así hasta nuestros días! ¡Hasta ahora mismo! ¡Es el círculo, el círculo vicioso de la existencia el que me atenaza por el cuello! Basta que lea un buen libro para que no pueda entender quiénes beben y por qué: si las capas bajas mirando hacia arriba o si las capas altas mirando hacia abajo. Y ya no puedo seguir adelante y tiro el libro. Me paso un mes bebiendo, luego otro mes bebiendo y a continuación...

—¡Basta! —le interrumpió el decembrista—. ¿Acaso es imposible *no beber?* ¿Dominarse y no beber? Por ejemplo, el consejero privado Goethe no bebía.

—¿No bebía? ¿Nada? —y el de los bigotes negros hasta se levantó a medias y se puso la gorra—. ¡Eso no puede ser!

—Sí que puede ser. El hombre sabía dominarse y *no bebía* ni una gota...

—¿Se refiere usted a Johann von Goethe?

—Sí. Me refiero a Johann von Goethe. No bebía ni una gota.

—Qué extraño... ¿Y si Friedrich Schiller le hubiese ofrecido... una copa de champán?

—Ni aun así lo hubiera hecho. Se habría dominado y no lo habría hecho. Hubiera dicho: no bebo ni una gota.

El de los bigotes negros perdió el ánimo. Todo su sistema, un armonioso sistema enhebrado de apasionadas y brillantes exageraciones, se derrumbaba ante los ojos de los oyentes. Ayúdale, Eroféiev, me susurré a mí mismo, ayuda al hombre. Mete alguna alegoría o ...

—O sea que, según usted, el consejero privado Goethe no bebía ni una gota —dije, volviéndome hacia el decembrista—. Pero ¿sabe usted por qué no

bebía? ¿Sabe qué era lo que le obligaba a no beber? Toda la gente respetable y sesuda bebía, y él no. ¿Por qué? Hete aquí que nosotros nos dirigimos ahora a Petushkí y, no se sabe por qué, el tren tiene parada en todas partes menos en Ésino. ¿Y por qué no ha de parar también en Ésino? Bueno, pues no. Hemos pasado de largo de Ésino. Y todo eso porque en Ésino no hay viajeros: todos cogen el tren en Jrapunovo o en Friázevo. Sí. Van caminando desde Ésino hasta Jrapunovo o hasta Friázevo, y allí cogen el tren. Porque el tren en ningún caso se detendría en Ésino. Así es como actuaba también Johann von Goethe, el viejo cretino. ¿Creéis que no tenía ganas de beber? Claro que las tenía. Y, para no diñarla, obligaba a beber en lugar suyo a todos sus personajes. Tomad, por ejemplo, *Fausto:* ¿quién hay ahí que no beba? Beben todos. Fausto bebe y rejuvenece; Siebel bebe y se sube encima de Fausto; Mefistófeles bebe cada dos por tres, les ofrece a los *burschen* y les canta «La pulga». Os preguntaréis que para qué necesitaba todo eso el consejero privado Goethe. Yo os lo diré. ¿Por qué obligó a Werther a meterse una bala en la cabeza? Porque —de ello hay testimonios— él mismo estaba al borde del suicidio y, para huir de la tentación, obligó a Werther a hacerlo en su lugar. ¿Lo entendéis? Él quedó con vida pero fue *como si* se suicidara. Y se sentía completamente satisfecho. Eso es peor, incluso, que un suicidio directo. Hay en ello más cobardía, egoísmo y bajeza creadora...

»Y vuestro consejero privado también bebió de la misma manera que se suicidó. Mefistófeles bebe y el viejo perro se siente bien. Fausto empina el codo y el

muy soplapollas no puede ni articular palabra. El tío Kolia, que trabajó conmigo en el tendido de la línea, tampoco bebía; tenía miedo de soltarse y pasarse toda una semana o un mes atizando el fuego. Pero a nosotros casi nos obligaba a hacerlo por la fuerza. Nos servía y chasqueaba la lengua por nosotros, se deleitaba el muy canalla, andaba como aturdido...

»¡Lo mismo hacía Johann von Goethe, a quien tanto elogia usted! ¡Schiller le servía y él no aceptaba! ¡Claro! ¡Su consejero privado Johann von Goethe era alcohólico, era *un curda*! ¡Tenía las manos temblonas...!

—Eso si que e-e-es... —el decembrista y el de los bigotes negros me miraron atentamente. Había sido restablecido el armonioso sistema y, junto con él, se había restablecido la alegría. El decembrista, con un amplio gesto, sacó de su abrigo de paño inglés una botella de Pertsovka y la puso junto a los pies del de los bigotes negros. El de los bigotes negros sacó su Stolíchnaia. Todos se frotaban las manos con extraña excitación...

Me sirvieron más que a nadie. También le pusieron al viejo Mítrich. Al joven le dieron igualmente un vaso; alegremente, lo apretó con la cadera derecha contra el pezón izquierdo; brotaron lágrimas de las dos ventanas de su nariz...

—¿A la salud, pues, del consejero privado Johann von Goethe?

FRIÁZEVO - KILÓMETRO 61

—Sí. A la salud del consejero privado Johann von Goethe.

Apenas acabé de beber noté que me estaba emborrachando desmesuradamente, y que a todos los demás les pasaba lo mismo...

—Y... permita que le haga una pregunta —me dijo el de los bigotes negros a través de sus bigotes y del bocadillo que tenía en los bigotes. De nuevo se dirigía sólo a mí.

—Permita que le haga una pregunta. ¿Por qué hay tanta tristeza en sus ojos...? ¡Cómo es posible estar triste teniendo tales conocimientos! ¡Se podría pensar que no ha bebido usted nada desde por la mañana!

Hasta me enfadé:

—¡Cómo que nada! ¿Y la tristeza en mis ojos? Es sólo turbiedad... Lo que pasa es que he trincado un poco de más...

—¡No, no, esa turbiedad es por la tristeza! ¡Usted es como Goethe! ¡Con su aspecto refuta una de mis premisas matemáticas! ¡Es una premisa un tanto especulativa pero sacada de mi experiencia! Igual que Goethe, usted refuta todo...

—¿Pero con qué lo refuto? ¿Con la turbiedad...?

—¡Exactamente! ¡Con la turbiedad de sus ojos! Escuche en qué consiste mi premisa secreta: Cuando bebemos por la noche y no bebemos por la mañana, ¿cómo solemos estar por la noche y en qué nos convertimos por la mañana? Yo, por ejemplo, si bebo, estoy enormemente alegre, dinámico y desenfrenado; sí, no paro en ninguna parte. ¿Y por la mañana? Por

la mañana no es que esté *triste* sin más, *inactivo*. No. Estoy exactamente mucho más lúgubre que de ordinario, más lúgubre que cuando estoy sobrio, por muy alegre que estuviera el día anterior. Si el día anterior estuve poseído por Eros, mi repulsión matutina equivale exactamente a los sueños del día anterior. ¿Qué quiero decir con eso? Mire, aquí está.

Y el de los bigotes negros representó en un papelucho esta chorrada:

Y explicó lo siguiente: la línea horizontal es la de la sobriedad normal, la línea *de todos los días*. El punto más alto de la curva es el momento en que uno se duerme; el más bajo, cuando se despierta después de una borrachera...

—¡Ve! ¡La curva se repite como reflejada en un espejo! ¡Tonta, tonta naturaleza! ¡Siempre tan preocupada por el equilibrio! ¡No sé si esa preocupación es moral, pero es estrictamente *geométrica!* ¡Mire! ¡Esa curva no sólo representa el tono vital! ¡No sólo eso! Lo representa todo. Por la noche, la intrepidez —incluso cuando haya razón para tener miedo—, la intrepidez y el desprecio de todos los valores. Por la mañana, la excesiva estima de esos valores, que se transforma sin motivo en miedo.

»Si la naturaleza "nos da de más" por la noche debido a la borrachera, por la mañana, en cambio, nos reduce la misma cantidad con precisión matemática. Si ha tenido usted por la noche un impulso hacia un ideal, ya verá: después de la borrachera ese impulso será sustituido por otro contra el ideal; y si el ideal subsiste, provocará entonces un anti-impulso. Aquí tiene, en dos palabras, mi premisa sagrada...

»Es universal y aplicable a todos. ¡Pero en el caso de usted es distinto, en su caso es como Goethe...!

Lancé una carcajada:

—¿Y por qué es una premisa y no un postulado, si es universal...?

También el decembrista soltó una carcajada:

—¿Que por qué es una premisa si es universal...?

»¡Pues precisamente por eso es una premisa! ¡Porque no toma en consideración a la parienta! ¡La premisa tiene en cuenta al hombre como tal y descarta a la mujer! Con la aparición de la mujer se rompe por entero el espejismo. Si la mujer no hubiese sido mujer, la premisa no habría sido premisa. La premisa es universal mientras no haya mujeres. Pero cuando hay una mujer, no hay premisa... Sobre todo si la mujer es mala y la premisa buena...

Se pusieron a hablar todos a la vez. «Pero qué es una premisa?» «¿Y qué es una mujer mala?» «No hay mujeres malas; sólo las premisas suelen ser malas...»

—Yo, por ejemplo, aunque no tengo bigotes —dijo el decembrista—, tengo treinta mujeres y a cual peor. Supongamos que tiene usted bigotes y una buena mujer. A mí me parece que es mejor tener treinta mujeres de las peores que una sola aunque sea de lo mejor...

—¿Qué tienen que ver aquí los bigotes? ¡Estamos hablando de la mujer y no de los bigotes!

—¡También de los bigotes! Sin los bigotes no hubiese habido conversación...

—¡La de disparates que está diciendo...! A pesar de todo, yo creo que una buena vale por todas las de usted. ¿Qué opina de eso...? —y el de los bigotes negros se volvió de nuevo hacia mí—. ¿Qué opina usted de eso desde el punto de vista científico..?

A lo que yo contesté:

—Desde el punto de vista científico, claro que vale. En Petushkí, por ejemplo, cambian treinta botellas vacías por una de Zveroboi llena. Y si, pongamos por caso, llevas...

—¡Cómo! ¡Treinta por una! ¿Por qué tanto? —Se intensificó el griterío.

—¡Quién las iba a cambiar si no! Treinta por doce son 3,60. Y la Zveroboi vale 2,62. Lo saben hasta los niños; todavía no saben de qué murió Pushkin, pero eso sí que lo saben. Y la diferencia no la devuelven. Desde luego que 3,60 está muy bien, y es mejor que 2,62. Pero a pesar de eso uno no coge la vuelta porque tras el mostrador hay una mujer buena, y a una mujer buena hay que respetarla...

—¿Pero, por qué es tan buena esa mujer de detrás del mostrador?

—Es buena precisamente porque te coge las botellas; una mujer mala no te cogería las botellas. Y una mujer buena te coge los cascos malos y te da a cambio buenos. Y por eso hay que corresponderle... En general, ¿para qué está en el mundo la mujer?

Todos callaron un rato significativamente. Cada uno pensó lo suyo o todos a la vez pensaron lo mismo; no lo sé.

—Precisamente para que se le corresponda. ¿Qué es lo que decía Máximo Gorki desde la isla de Capri? «La medida de toda civilización está en el modo de tratar a la mujer». Pues así hago yo: voy a la tienda de Petushkí y llevo conmigo treinta recipientes vacíos. «¡Patroncita! —digo con voz triste y de borracho—. ¡Patroncita!, deme Zveroboi, por favor...» Y es que sé que le doy casi un rublo de más: 3,60 menos 2,62. Qué pena. Ella me mira: ¿Le doy la vuelta a este cerdo o no se la doy? Y yo la miro a ella: ¿Me dará esta cerda la vuelta o no me la dará? Mejor dicho, en ese instante no la miro a ella, no. A través de ella miro a la lejanía. ¿Y qué es lo que surge ante mi estúpida mirada? Lo que surge es la isla de Capri. A la sombra de las pitas y los tamarindos está sentado Máximo Gorki; sus peludas piernas asoman de los pantalones blancos. Y me amenaza con el dedo: «¡No cojas la vuelta! ¡No cojas la vuelta!» Mis ojos parpadean dándole a entender que si no lo hago no voy a tener para llenar el buche. «Bueno, de acuerdo. Beber, beberé; pero, ¿qué voy a echar luego al estómago?»

Y él: «Nada, Vienia, aguántate. Y si quieres zamparte, no bebas». Y me marcho de la tienda sin que me devuelvan nada. Aunque, desde luego, me enfado y pienso: «¡Mesura! ¡Civilización!» «¡Ay, Máximo Gorki, qué Máximo Gorki eras! ¡Cuando dijiste semejante sandez en tu Capri, debías estar tonto o borracho! Tú estabas bien ahí, podías zamparte tus pitas. Pero ¿qué me voy a zampar yo...?»

El público se reía. Y el nietecito chillaba: «I-ii-i-i, qué pitas, qué buenos capris...»

—¿Y la mujer mala? —dijo el decembrista—. ¿Acaso no es necesaria también una mujer mala de vez en cuando?

—¡Claro! Claro que es necesaria —le contesté—. Todo hombre bueno necesita *a veces* una mala mujer. Por ejemplo, hace doce semanas yo estaba en la tumba; llevaba ya cuatro años en la tumba, así que hasta había dejado de apestar. Y van y le dicen a ella: «Aquí lo tienes, en la tumba. Resucítalo si puedes». Ella se acerca a la tumba. ¡Deberíais haber visto cómo se acercó!

—¡Lo imaginamos! —dijo el decembrista—. «Camina como escribe y escribe como Liova. Y Liova escribe trakatrova.»

—¡Eso es! Se acerca a la tumba y dice: «Talitá kum». Que traducido del hebreo antiguo significa: «Te lo ordeno, levántate y anda». ¿Y qué creéis que pasó? Me levanté y me puse a andar. Y desde entonces —hace ya tres meses— ando turbio...

—La turbiedad proviene de la tristeza —repitió el de los bigotes negros con gorrita—. Y la tristeza, de la mujer.

—La turbiedad proviene de darle a la botella —le interrumpió el decembrista.

—¿Pero qué tiene que ver aquí el «darle a la botella»? ¿Y el «darle a la botella» de dónde viene? Porque, por ejemplo, un hombre está triste y va a casa de una mujer. ¡Y no se puede ir a casa de una mujer y no beber! ¡Eso significaría que se trataba de una mala mujer! De todas formas, hay que beber aun cuando

sea mala. ¡Inclusive, hay que darle tanto más a la botella cuanto peor sea la mujer...!

—¡Palabra de honor! —exclamó el decembrista—. ¡Es maravilloso que seamos tan inteligentes! Aquí sentados y discutiendo de amor parecemos sacados de un libro de Turguéniev. Dejadme que yo también os cuente algo. ¡Os voy a hablar de un amor extraordinario y de cómo son necesarias a veces las malas mujeres...! ¡Hagamos como en los libros de Turguéniev! Que cada uno cuente algo...

«¡Venga!» «¡Hagamos como en los libros de Turguéniev!» Hasta el viejo Mítrich dijo también: «¡Hagámoslo...!»

Kilómetro 61 - kilómetro 65

El primero fue el decembrista:

—Tuve un amigo al que nunca olvidaré. Vivía siempre obsesionado, pero por aquel entonces era como si estuviese poseído por el demonio. Se había vuelto loco de amor. ¿Y sabéis por quién? Por Olga Erdeli, la famosa arpista soviética. También Vera Dúlova era una arpista famosa. Pero él se había vuelto loco precisamente por Erdeli. No la había visto en toda su vida. Sólo le había oído tocar el arpa por la radio. Y, qué casualidad, se había vuelto loco por ella... Se había vuelto loco y se pasaba la vida tumbado. No trabajaba, ni estudiaba, ni fumaba, ni bebía, ni se levantaba de la cama, ni amaba a las chicas y ni siquiera se asomaba a la ventana... Quería que le llevaran a Olga Erdeli y nada más... Sólo resucitaré —decía— cuando

disfrute de la arpista Olga Erdeli: me levantaré de la cama, iré a trabajar y a estudiar, beberé, fumaré y me asomaré a la ventana. Nosotros le decíamos:

»"¿Pero por qué quieres precisamente a la Erdeli? ¿Por qué no te quedas con Vera Dúlova en lugar de la Erdeli? ¡Vera Dúlova toca estupendamente!"

»Pero él insistía:

»"¡Así se os atragante vuestra Vera Dúlova! ¡A ésa no quiero verla ni en pintura! ¡No me sentaría al lado de vuestra Vera Dúlova ni para cagar!"

»Nosotros veíamos que el chico se estaba consumiendo. Pasados tres días, nos acercamos a verle otra vez.

»"Qué tal? ¿Sigues soñando con Olga Erdeli? Hemos encontrado un remedio para ti. Mañana, si quieres, te traemos a Vera Dúlova."

»"Vale —contestó él—. Si queréis que estrangule a vuestra Vera Dúlova con una de las cuerdas de su arpa, no tenéis más que traérmela."

»¿Qué hacer? El chico se apagaba, había que salvarlo. Iba a ir a casa de Olga Erdeli para explicarle el asunto, pero, finalmente, no me decidí. Hasta quise ir a ver a Vera Dúlova, pero no lo hice porque pensé que mi amigo la estrangularía como a un nomeolvides. Caminaba de noche por Moscú y me sentía triste: las dos arpistas seguirían sentadas con el arpa entre las manos, tocando, engordando, hinchándose, mientras que del chico no iban a quedar sino ruinas y cenizas.

»Y en ese momento me encontré con una mujercita que no era excesivamente vieja pero que estaba borracha perdida. "Dame un rrrublo —me dijo—. ¡Dame un rrrublo!" Y entonces se encendió una luz en

mi cerebro. Le di el rublo y le expliqué todo. La coño podrido resultó ser más lista que la Erdeli. Además, para que le fuera más fácil convencer al chico, la obligué a que llevara una balalaika...

»Y nada, la arrastré a casa de mi amigo. Cuando llegamos, el chico seguía acostado y se consumía. Lo primero que hice nada más entrar fue tirarle la balalaika. Y a continuación le lancé aquella Olga a la cara, le di con aquella Olga en la cabeza... "¡Aquí tienes a la Erdeli! ¡Si no te lo crees, pregúntale a ella!"

»A la mañana siguiente vi que se abría la ventana de mi amigo, y que éste se asomaba a ella y se ponía a fumar con parsimonia. Luego, poco a poco, se puso a trabajar, a estudiar, a beber... Y se convirtió en persona. ¡Ya veis...!

—¿Pero dónde está ahí el amor y dónde Turguéniev? —empezamos a decir, casi sin dejarle acabar—. ¡No, tienes que contarnos algo sobre el amor! ¿Has leído a Iván Turguéniev? ¡Pues si lo has leído, cuenta entonces! Habla del primer amor, de Zínochka, del velo y de cómo te pasaron el látigo por la jeta. De todo eso, más o menos, es de lo que tienes que hablar...

—Desde luego que todo eso es algo diferente en Turguéniev —añadí yo—. En sus libros, todos se reúnen alrededor de la chimenea, usan sombreros de copa y llevan las chorreras en la mano... Pero bueno, no importa; aunque a nosotros nos falta la chimenea, tenemos con qué calentarnos. Y en cuanto a las chorreras, ¡qué nos importan a nosotros las chorreras! Aun sin chorreras ya casi no podemos ni hablar...

—¡Claro! ¡Claro!

—¡Amar a la Turguéniev significa ser capaz de sacrificarlo todo por el ser amado! ¡Ser capaz de hacer imposibles! ¡Si no, no se ama a la Turguéniev! Por ejemplo, tú (sin darnos cuenta nos tuteábamos). Sí, tú, decembrista. ¿Hubieras podido, por la mujer amada, cortarle el dedo de un mordisco al amigo del que has hablado?

—¿Pero por qué el dedo...? ¿Qué tiene que ver aquí el dedo? —gimió el decembrista.

—Sí, sí, escucha. Podrías, por la mujer amada, entrar de noche silenciosamente en la oficina del partido, quitarte los pantalones, beberte un frasco entero de tinta, colocar luego el frasco en su sitio, ponerte otra vez los pantalones y volver silenciosamente a casa? ¿Podrías...?

—¡Dios mío! No, no podría.

—Pues ya ves...

—¡Pero yo sí que podría! —soltó de repente el abuelo Mítrich. Lo dijo de manera tan inesperada que todos empezaron a agitarse vivamente y a frotarse las manos—. Yo podría contar algo...

—¿Tú? *¿Contar?* ¡Pero si lo más probable es que ni siquiera hayas leído a Iván Turguéniev...!

—Y qué si no lo he leído... Pero mi nieto lo ha leído todo...

—¡Vale, de acuerdo! ¡De acuerdo! ¡Luego nos contará el nieto! ¡Luego le daremos la palabra al nieto! ¡Vamos, abuelo, háblanos de amor...!

Imagino los disparates que va a contar, pensé. ¡Tremendos disparates! Y recordé otra vez mi petulancia el día en que conocí a mi Reina: «¡Todavía diré mayores locuras! ¡Aún las diré mayores!» Bueno, que

hable el llorón de Mítrich. Repito que hay que respetar la oscuridad del alma ajena y mirar en esa oscuridad aunque allí no haya nada, aunque sólo haya porquería. Da igual: mira y respeta, mira y no escupas...

El abuelo empezó su narración:

Kilómetro 65 - Pávlovo-posad

—Tuvimos una vez un presidente... Le llamábamos Lohengrin. Era muy severo... y estaba cubierto de granos... Todas las noches daba un paseo en una barca a motor. Se sentaba en la barca y navegaba por el río... y mientras navegaba se explotaba los granos...

De los ojos del narrador brotaba líquido. Estaba emocionado:

—Después de dar el paseo en barca... entraba en su despacho de presidente y se tumbaba en el suelo... Nadie se le podía acercar entonces. Permanecía en completo silencio. Y si alguien le dirigía la palabra, volvía la cabeza hacia un rincón y comenzaba a llorar... se ponía en pie, lloraba y se meaba en el suelo como un niño...

El abuelo se calló de repente. Sus labios se torcieron, su azulada nariz se encendió y se apagó. ¡Lloraba! Lloraba como una mujer con la cabeza cogida entre las manos; sus hombros temblaban, temblaban igual que olas...

—¿Y eso es todo, Mítrich...?

El vagón se estremeció de las carcajadas. Todos reían a carcajadas feas y alegres. El nieto empezó a tener convulsiones que iban de abajo a arriba para que

la carcajada no le saliese de izquierda a derecha a nivel del tobillo. El de los bigotes negros se enfadó:

—¿Pero dónde está Turguéniev? ¡Hemos acordado que fuese como en los libros de Iván Turguéniev! ¡Y ni Dios sabe qué es lo tuyo! ¡Un tipo cubierto de granos! ¡Y que además «se meaba»!

—¡Eso parece más bien una película! —farfulló alguien desde uno de los lados—. ¡Podría ser *El Presidente!*

Yo permanecía sentado y comprendía al viejo Mítrich, comprendía que llorara: sentía pena por todo y por todos. Le daba pena que le hubieran puesto al presidente un mote tan ignominioso, le daba pena el suelo que aquél había mojado, la barca, los granos: le daba pena todo... El primer amor o la última compasión, ¿qué más daba? Cristo, desde la cruz, nos mandó ser compasivos, no que nos mofáramos de los demás. La compasión y el amor a la gente van unidos. Amor por el más insignificante grano de polvo y por cada ser vivo. Y compasión por el fruto de cada vientre.

—¡Bueno, te voy a dar un premio, abuelo! —le dije yo—. ¡Te lo has ganado! ¡Tu historia de amor ha sido muy buena...!

»¡Vamos a beber todos! ¡Por el noble Iván Turguéniev de Oriol, ciudadano de la bella Francia!

—¡Vale! ¡Por el noble de Oriol...!

Empezaron otra vez los glus-glus y los chasquidos de lengua; luego, otra vez los frus-frus y los chasquidos. El *Estudio en do sostenido menor,* de Franz Liszt, volvía a interpretarse otra vez...

En un primer momento nadie se dio cuenta de la aparición, a la entrada de nuestro «compartimento»

(llamémosle «compartimento»), de una mujer con boina marrón, chaqueta y bigotitos negros. Estaba borracha como una cuba y su boina se caía a trozos...

—Yo también quiero beber por Turguéniev —dijo la mujer, poniendo en ello todo su ser...

El desconcierto no duró ni dos segundos.

—Una apetitosa dama llega a la hora de comer— dijo burlonamente el decembrista. Todos rieron.

—No hay que reírse —dijo el abuelo—. Es una mujer como otra cualquiera: buena, blandita...

—A las buenas mujeres como ésta —contestó con aire sombrío el de los bigotes negros, a la vez que se quitaba la gorra— habría que mandarlas a Crimea para que se las comieran los osos y los lobos...

—¿Pero por qué, por qué? —protesté yo y comencé a agitarme—. ¡Que se siente! ¡Que nos cuente algo! ¡Habréis leído a Turguéniev, habréis leído a Máximo Gorki, pero no habéis sacado nada en limpio...! —Le dejé sitio. Hice que se sentara y le serví medio vaso de «Tía Klava».

Se lo bebió y, en lugar de agradecérmelo, levantó un poco su boina. «¿Veis esto?» Y nos enseñó a todos la cicatriz que tenía un poco más arriba de la oreja. Calló luego con cierto aire de solemnidad y me tendió de nuevo el vaso: «Echa más, joven; que, si no, voy a desmayarme».

Le serví medio vaso más.

PÁVLOVO-POSAD - NAZÁRIEVO

Se lo bebió igualmente de manera mecánica. Y al bebérselo abrió de par en par la boca y mostró a todos sus dientes: «Veis? Me faltan cuatro dientes.» «¿Y dónde están esos dientes?» «Vete tú a saber. Soy una mujer instruida y, sin embargo, voy sin dientes. Me los arrancó él por culpa de Pushkin. He oído esa conversación tan literaria que llevabais y me he dicho: voy a sentarme a beber con ellos y de paso les contaré cómo me partieron la cabeza y me hicieron saltar cuatro dientes de un puñetazo por culpa de Pushkin...»

Y empezó a contar. Su relato fue el siguiente...

—Todo empezó con Pushkin. Nos habían mandado a Evtiushkin como responsable del Komsomol, y él se pasaba el tiempo pellizcándome y recitando versos. En cierta ocasión me cogió la pantorrilla y me preguntó: «Te inquietaba mi maravillosa mirada?» Y yo le dije: «Bueno, pongamos que me inquietaba...» Me cogió otra vez la pantorrilla: «¿Resonaba mi voz en tu alma?» «Claro que resonaba», le dije. Me agarró entonces y me metió en cierto sitio. Tras salir de ahí, me pasé días y días turbada y repitiendo todo el tiempo: «Pushkin... Evtiushkin... me inquietaba... resonaba». «Resonaba... me inquietaba... Evtiushkin... Pushkin». Y luego otra vez: «Pushkin... Evtiushkin...»

—Centra más la cuestión. Ve más a lo de los dientes de delante —le interrumpió el de los bigotes negros.

—¡Ahora, ahora vendrá también lo de los dientes! ¡Ya tendréis lo de los dientes...! ¿Qué sigue ahora...? Ah, sí. A partir de aquel día todo marchó bien. Me

pasé medio año ofendiendo a Dios con Evtiushkin en el henal. ¡Todo iba bien! ¡Pero ese Pushkin lo estropeó todo otra vez...! Y es que yo soy como Juana de Arco. Ésa, en lugar de apacentar vacas y segar trigo, montó a caballo y se fue al galope a Orleans en busca de aventuras para su culo. Igual me pasó a mí. En cuanto me emborrachaba me metía con él: «¿Quién crees que va a educar a tus niños? ¿Pushkin?» Él me enseñaba los dientes: «¿Pero qué niños? ¡Si no hay ningún niño! ¿Y qué tiene que ver Pushkin con esto?» Y yo le contestaba: «¡Cuando haya niñitos será tarde para recordar a Pushkin!»

»Y así cada vez que me emborrachaba un poco. "¿Quién se ocupará de los niños...? ¿Pushkin?", le decía. Evtiushkin se ponía la mar de furioso. "¡Largo de aquí, Daria! —gritaba—. ¡Largo! ¡Deja de buscarme las cosquillas!" En esos momentos, yo le odiaba. Le odiaba tanto que la cabeza me daba vueltas detrás de los ojos. Pero después, nada. Pese a todo, le seguía queriendo. Le quería tanto que hasta me despertaba por las noches pensando en él...

»Pero una vez me emborraché del todo. Fui corriendo a verle y me puse a vociferarle: "¿Va a cuidar Pushkin de tus niños? ¿Pushkin?" Cuando oyó mencionar a Pushkin se puso completamente negro y empezó a temblar: "¡Bebe, emborráchate, pero deja en paz a Pushkin! ¡Deja en paz a los niños! ¡Bébete todo, bébete mi sangre, pero no tientes a Dios Nuestro Señor!" Yo estaba por entonces de baja, tenía conmoción cerebral e íleo. En el sur era otoño, y se me ocurrió gritarle: "¡Déjame, criminal, déjame para siempre! ¡Ya me las apañaré sin ti! ¡Haré de putón durante un mes

y me tiraré luego al tren! ¡Me iré después a un monasterio y me meteré monja! ¡Tú vendrás a pedirme perdón y yo saldré toda de negro, muy atractiva, y te arañaré la jeta con el dedo anular! ¡¡Lárgate!!" Y aún añadí: "¿Amas al menos mi alma? ¿Amas mi alma?" Él seguía temblando y cada vez más negro: "¡¡Con el corazón sí que amo tu alma —vociferó—, con el corazón sí, pero no con el espíritu, con el espíritu, no!!"

»Y se rió de manera alocada, operística. Me agarró, me abrió una brecha en la cabeza y se largó a Vladimir-na-Kliazme. ¿Por qué se fue? ¿A qué se debió que se marchara? Mi perplejidad la compartió toda Europa. Y mi abuela, la sordomuda, me dijo desde encima de la estufa: "¡Ves, Dáshenka. Has ido demasiado lejos en la búsqueda de tu 'yo'!".

»¡Sí! Volvió al cabo de un mes. En aquel período yo estaba siempre borracha perdida. Cuando le vi, caí de bruces sobre la mesa y comencé a reír y a patalear: "¡Ajá! —grité—. Así que te has largado a Vladímirna-Kliazme. ¿Y quién va cuidar de tus...?" Se me acercó sin decir palabra, me arrancó de un puñetazo cuatro dientes de delante y se marchó a Rostov del Don recomendado por el Komsomol...»

»Estoy a punto de desmayarme, chico. Sírvenos un poco más...

Se morían todos de risa. Sobre todo, lo de la abuela sordomuda les había hecho desternillarse de risa.

—¿Y dónde está ahora tu Evtiushkin...?

—Yo qué sé. En Siberia o en Asia Central. Si llegó a Rostov y aún vive, eso quiere decir que está en alguna parte de Asia Central. Y si no llegó a Rostov y ha muerto, eso quiere decir que está en Siberia...

—Dices bien —la apoyé yo—. En Asia Central uno no se muere; en Asia Central se puede vivir. Yo no he estado allí. Pero mi amigo Tíjonov sí que ha estado. Y me contó que allí uno camina, camina, y ve una aldea; en la aldea encienden la estufa con briquetas de abono seco y no hay nada que beber; pero, en cambio, se manduca mucho: *akini,** *saksauli***... Así que se pasó casi medio año comiendo *akini* y *saksauli.* Y nada; volvió blanducho y con los ojos saltones...

—¿Y en Siberia...?

—En Siberia, no. En Siberia no se puede sobrevivir. En Siberia, por lo general, no vive nadie. Allí sólo viven negros. No les llevan alimentos; no tienen nada que beber, ni, menos aún, que «comer». Sólo les llevan una vez al año toallas bordadas de Zhitomir y los negros se ahorcan con ellas...

—Pero ¿qué negros? —se despertó el decembrista, que casi se había dormido—. ¿Cómo que negros en Siberia? ¡Los negros viven en Estados Unidos y no en Siberia! Supongamos que hayas estado en Siberia. Pero ¿has ido a Estados Unidos...?

—¡He ido a Estados Unidos! ¡Y no vi allí a ningún negro!

—¡Ningún negro! ¿¿En Estados Unidos??

—¡Sí! ¡En Estados Unidos! ¡Ni un solo negro...!

Estaban hasta tal punto aturdidos y había tanta niebla en todas las cabezas que no quedaba margen para la menor perplejidad. Todos a la vez y de inme-

---

* Bardos de Asia Central. *(N. de los T.)*

** Arbustos de Asia Central. *(N. de los T.)*

diato se olvidaron de la mujer de triste destino, con cicatriz y sin dientes. Todos se adormecieron y ella también lo hizo. Sólo el joven Mítrich, que no quería parecer despabilado y atrevido en presencia de la dama, escupía cada dos por tres una especie de orina a lo ancho de la nuca...

—Entonces, ha estado usted en Estados Unidos —mascullaba el de los bigotes negros—. ¡Qué extraordinario! Admito que no haya negros y que nunca los haya habido... le creo a usted como si fuera mi padre... Pero, dígame: ¿tampoco hay allí...? ¿La libertad sigue siendo un fantasma en ese continente de amarguras? Dígame...

—Sí —respondí yo—. La libertad sigue siendo un fantasma en ese continente de amarguras. Y se han acostumbrado tanto a ello que casi ni se dan cuenta. ¡Imagínese usted! Anduve mucho por la calle y me fijé enormemente: en ninguna mueca, en ningún gesto, en ninguna réplica se podía ver esa torpeza a la que nosotros estamos tan acostumbrados. Con la dignidad que expresaba cada una de sus jetas en un minuto nos bastaría a todos nosotros para un Plan Quinquenal entero. «¿Por qué será? —pensaba yo mientras torcía de Manhattan a la Quinta Avenida. Y yo mismo me contestaba—: Nada más que por su asquerosa insolencia». ¿¿Pero de dónde salía la insolencia?? Me quedé como un poste en medio de la Quinta Avenida para tratar de encontrar una respuesta: «¿De dónde saldrá tanta insolencia en un mundo de ficciones propagandísticas y rebuscados anuncios?» Me dirigí a Harlem y me encogí de hombros: «¿De dónde? ¿De dónde sacarán ese apetito estos juguetes de los ideólogos de los monopolios,

estas marionetas de los reyes del cañón? Zampan muy copiosamente cinco veces al día y, además, con esa infinita dignidad a la que antes hacía referencia. Pero ¿puede acaso un hombre bueno tener tanto apetito, especialmente en Estados Unidos...?»

—Sí, sí, sí —asentía con la cabeza el viejo Mítrich—. Ellos no hacen más que manducar y nosotros casi no tenemos nada que llevarnos a la boca... Mandamos todo el arroz a China, llevamos a Cuba todo el azúcar... ¿Qué nos queda a nosotros...?

—¡Tranquilo, abuelo, tranquilo...! Tú ya has papeado lo tuyo; es un pecado que hables así. Si vas a los Estados Unidos, recuerda lo esencial: no te olvides de la vieja madre patria y de lo buena que es. Máximo Gorki no sólo escribió sobre las mujeres, sino también sobre la Patria. ¿Recuerdas lo que dijo...?

—Claro que sí... lo recuerdo... —y todo lo que había bebido le corrió por sus ojos azules—. Lo recuerdo... «la abuela y yo nos adentramos cada vez más en el bosque...»

—¡Pero eso no es sobre la Patria, Mítrich! —replicó con enfado el de los bigotes—. ¡Eso es sobre la abuela y no tiene nada que ver con la Patria...!

Mítrich se puso a llorar otra vez...

Nazárievo - Drezná

El de los bigotes negros se dirigió a mí:

—Usted ha visto mucho, ha viajado mucho. Dígame: ¿dónde aprecian más al hombre ruso, a este lado de los Pirineos o al otro?

—En el otro lado no sé como será. Pero en éste no nos aprecian nada. Yo he estado, por ejemplo, en Italia y allí, al hombre ruso, ni lo miran. No hacen más que cantar y pintar. Por ejemplo, uno está de pie y canta. Un segundo está sentado junto al que canta, y lo pinta. Y un tercero —un poco alejado— canta al que está pintando... Todo ello produce mucha tristeza. Pero ellos no comprenden nuestra tristeza...

—¡Pero si son italianos! ¿Es que los italianos comprenden algo? —me apoyó el de los bigotes negros.

—Exactamente. Cuando estuve en Venecia por San Marcos se me antojó ver las regatas. ¡Y qué tristeza me produjeron esas carreras! El corazón derramaba lágrimas, pero los labios callaban. Y los italianos no lo comprendían. Se reían y me señalaban con el dedo: «¡Mirad a Eroféiev, otra vez anda jodido!» ¡Pero cómo podía parecer jodido! Lo único que pasaba era que mis labios estaban mudos...

»En realidad, no me interesaba nada de Italia. Sólo quería ver tres cosas de allí: el Vesubio, Herculano y Pompeya. Pero me dijeron que el Vesubio hacía tiempo que no existía y me mandaron a Herculano. Y en Herculano me dijeron: "Mira que eres tonto. ¿Para qué quieres ver Herculano? Vete mejor a Pompeya". Llegué a Pompeya y me dijeron: "¡Vaya perra que has cogido con Pompeya! ¡Vete a Herculano...!"

»Me rendí y me dirigí a Francia. Iba caminando, caminando, cuando de repente me acordé de Luigi Longo: tienes que volver —pensé—; vas a vivir por algún tiempo en casa de Luigi Longo. Le diré que me alquile un catre, y me dedicaré a leer libros para no andar como un tonto de acá para allá. Claro está que

hubiera sido mejor alquilarle el catre a Palmiro Togliatti, pero había muerto hacía poco... Y en fin, ¿por qué iba a ser peor Luigi Longo...?

»Y sin embargo, no volví atrás sino que, a través del Tirol, me dirigí a la Sorbona. Llego a la Sorbona y digo: quiero estudiar para bachiller. Y me preguntan: "Si quieres estudiar para bachiller tienes que tener algo específico en tanto que fenómeno. ¿Y qué es lo que tienes de especial en tanto que fenómeno?" Bueno, ¿qué les podía responder? Y voy y les digo: "¿Pero qué puedo tener yo de especial en tanto que fenómeno, si no soy más que un huérfano?" "¿De Siberia?" —me preguntan—. Y yo les contesto: "De Siberia". "Bueno, si eres de Siberia tu mente al menos tiene que tener algo especial. ¿Qué tiene de especial tu mente?" Pensé que, en cualquier caso, eso no era Jrapunovo sino la Sorbona y que debería decir algo inteligente. Pensé un poco más y dije: "Tengo de especial como fenómeno que mi Logos está autoaumentado". Pero mientras seguía pensando en algo que resultara inteligente, se me acercó por detrás, furtivamente, el Rector de la Sorbona y me dio en el cuello: "¡Eres un tonto y no un Logos! —dijo—. ¡Fuera, Eroféiev! —gritó—-. ¡Fuera de nuestra gloriosa Sorbona!" Y entonces lamenté por primera vez no haberme quedado a vivir en el piso del camarada Luigi Longo.

»¿Qué podía hacer sino ir a París? Llego a París. Camino en dirección a Notre-Dame, camino y no paro de asombrarme: a mi alrededor no hay más que burdeles. Sólo está la torre Eiffel y sobre ella el general De Gaulle comiendo castañas y mirando por un catalejo a los cuatro puntos cardinales. Pero ¿qué sen-

tido tenía que mirara si sólo había burdeles en los cuatro puntos cardinales...?

»Por los bulevares no se puede ni andar. Todos tienen prisa: del burdel a la clínica y de la clínica al burdel. Y hay tanta blenorragia alrededor que casi no se puede respirar. En cierta ocasión en que había bebido, iba caminando por los Campos Elíseos; había tanta blenorragia en torno mío que me resultaba difícil mover las piernas. Y veo a dos conocidos. Los dos —ella y él— comen castañas y los dos son ya ancianos. ¿Dónde los he visto? ¿En los periódicos? No lo recuerdo. Al fin los reconozco: son Louis Aragon y Elsa Triolet. "Qué interesante —pensé—. ¿Adónde irán? ¿De la clínica al burdel o del burdel a la clínica?" E inmediatamente me recriminé a mí mismo: "A ver si tienes vergüenza, que estás en París y no en Jrapunovo. Mejor será que les hagas preguntas sobre problemas sociales, sobre los problemas sociales más torturantes ..."

»Alcanzo a Louis Aragon y, abriéndole mi corazón, le digo que he perdido la confianza en todo pero que no tengo ninguna duda acerca de nada, que me estoy muriendo debido a las contradicciones internas, y muchas cosas más. Pero él sólo me mira una vez, me hace un saludo militar igual que un viejo veterano, coge a su Elsa por el brazo y sigue caminando. Les alcanzo de nuevo, y le digo ahora a la Triolet —no a Louis— que me muero debido a la carencia de impresiones y que me dominan las dudas precisamente cuando dejo de desesperarme; mientras que en los momentos de desesperación... Pero ella me acaricia la mejilla igual que una vieja puta, coge del brazo a su Aragon y sigue caminando...

»Más tarde, naturalmente, supe por la prensa que aquellos no eran los que había pensado. Resulta que eran Jean Paul Sartre y Simone de Beauvoir. Pero ¿qué me importaba ahora? Me fui a Notre-Dame y alquilé una buhardilla. Buhardilla, cuarto abuhardillado, ala, entresuelo o desván —todo eso lo confundo y no veo ninguna diferencia—. En otras palabras, alquilé esa cosa en la que se puede estar tumbado, escribir y fumar en pipa. Me fumé trece pipas y envié a la *Revue de Paris* un ensayo que había escrito con el título en francés de *Lo chic y el brillo immer elegant*. Era un ensayo sobre cuestiones de amor.

»Ya sabéis lo difícil que es escribir en Francia sobre el amor. Porque en Francia hace mucho que está ya todo escrito sobre el amor. Ahí lo saben todo sobre el amor, y en nuestro país no sabemos nada. Coge a uno de los nuestros con estudios medios, enséñale un chancro duro y pregúntale: "Es éste un chancro duro o un chancro blando?" Verás como se descuelga con que: "Blando, naturalmente". Y si le enseñas uno blando, entonces ya se desconcertará del todo. Pero en Francia, no. Allí quizás no sepan cuánto vale el aguardiente de corazoncillo; pero si un chancro es *blando*, seguro que es blando para todos y nadie dirá que es duro...

»En resumen, la *Revue de Paris* me devolvió mi ensayo con el pretexto de que estaba escrito en ruso y que sólo tenía el título en francés. ¿Y qué pensáis que hice? ¿Que me desesperé? Me fumé trece pipas más en el entresuelo y escribí un nuevo ensayo dedicado otra vez al amor. En esta ocasión lo escribí todo en francés, de principio a fin. Sólo el título

estaba en ruso: «El puteamiento en tanto que fase superior y última del puterío». Y lo envié a la *Revue de Paris...»*

—¿Y otra vez se lo devolvieron? —preguntó el de los bigotes negros, como muestra de interés y como entre sueños...

—Naturalmente que me lo devolvieron. Reconocieron que mi lenguaje era brillante pero consideraron errónea la idea principal. Esa idea tal vez se pueda aplicar a las condiciones rusas —me dijeron—, pero no a las francesas. En nuestro país —añadieron—, el puteamiento no es en absoluto el grado superior del puterío, ni mucho menos el último. Cuando el puterío llegue en su país —entre los rusos— al límite del puteamiento, será liquidado por la fuerza y sustituido por el onanismo de acuerdo a un programa obligatorio. ¡Aquí en Francia, por el contrario, aunque no está excluido en el futuro el arraigo orgánico del onanismo ruso, según un programa más libre, el puteamiento se convertirá en sodomía nacional a través del incesto; pero ese arraigo transcurrirá por el cauce de nuestro puterío tradicional y de manera absolutamente constante...!

»En resumen, me jodieron completamente el cerebro. Así que escupí, quemé todos mis manuscritos junto con la buhardilla y el entresuelo, y me dirigí al Canal de la Mancha a través de Verdún. Caminé luego hacia Albión. Caminaba y pensaba: "¿Por qué no me quedaría a vivir en el piso de Luigi Longo?" Caminaba y cantaba: "La reina de Bretaña está gravemente enferma, sus días y noches están contados..." Y en los alrededores de Londres...

—Permítame —me interrumpió el de los bigotes negros—. Su habilidad me deja perplejo. Sí, le creo como si fuera mi padre. Pero me deja perplejo la facilidad con la que atravesaba usted las fronteras entre los Estados...

Drezná - kilómetro 85

—¡Pero qué hay de raro en eso! ¡Y además, ¿qué fronteras?! Las fronteras son necesarias para que no se confundan las naciones. En nuestro país, por ejemplo, todo guardia de fronteras sabe perfectamente que la frontera en que está no es ninguna ficción ni ningún símbolo porque a un lado de ella hablan ruso y beben mucho, y al otro beben menos y no hablan ruso...

»¿Pero qué fronteras son las de aquellos países si todos beben igual y ninguno habla ruso? Seguro que les gustaría poner a algún que otro guardia de fronteras, pero no tienen dónde. Por eso los guardias de fronteras deambulan por ahí sin hacer nada, se aburren y piden fuego... Así que, en ese sentido, allí hay total libertad... ¿Quieres, por ejemplo, quedarte en Éboli? Pues te quedas en Éboli. ¿Quieres ir a Canossa? Pues te vas a Canossa, que nadie te lo va a impedir. ¿Quieres cruzar el Rubicón? Pues lo cruzas.

»Así que no hay nada de asombroso... A las doce en punto, hora de Greenwich, me presentaron al director del museo británico, que tenía un sonoro y ridículo apellido —algo parecido a Sir Kombi Korm*—:

---

* *Kombikorm:* en ruso, pienso compuesto. *(N. de los T.)*

"¿Qué quiere usted de nosotros?" —preguntó el director del Museo Británico—. "Quiero que me contraten aquí. Más exactamente, que me contrate usted. Eso es lo que quiero..."

»"Y con ese pantalón quiere que le contrate?" —dijo el director del Museo Británico—. "Con qué pantalón?" —le pregunté disimulando mi enojo—. Pero, como si no hubiese oído nada, se puso a cuatro patas delante de mí y comenzó a olfatear mis calcetines. Tras haberlo hecho, se levantó, hizo una mueca, escupió y me preguntó: "Y con esos calcetines quiere usted que le contrate?"

»"¡¿Con qué calcetines?! —dije yo, sin ocultar ya el enojo—. ¡¿Qué les pasa a mis calcetines?! Los que olían de verdad eran los que llevaba en mi Patria. Pero me los cambié antes de salir de viaje. Porque todo ha de ser bello en las personas: el alma, los pensamientos y..."

»Pero el director no quiso escucharme. Se fue a la Cámara de los Lores y dijo: "¡Lores! Al otro lado de esa puerta hay un hijoputa. Es de la nevada Rusia, pero parece que no está muy borracho. ¿Qué he de hacer con ese pobre diablo? ¿He de contratar a semejante espantapájaros o no he de hacerle ningún contrato a tal mamarracho?" Los lores me lanzaron inquisidoras miradas a través de sus monóculos y dijeron: "¡Inténtalo, William! ¡Inténtalo! ¡Exhíbelo para que lo vean! ¡Este polvoriento gilipollas quedará bien en cualquier sitio!" En ese momento tomó la palabra la reina de Gran Bretaña, que levantó la mano y gritó:

—¡Los revisores! ¡Los revisores...! —se oyó resonar, tronar y retumbar a continuación por todo el vagón—: ¡¡Los revisores!!

Mi relato se interrumpió. Pero no sólo el relato, sino también la borracha duermevela del de los bigotes negros y el sueño del decembrista. Todo se quedó a medias. El viejo Mítrich volvió en sí inundado en lágrimas. El joven cegó a todos con un sibilante bostezo, que dio paso a la risa y a la defecación. Sólo la mujer de triste sino dormía cual fata morgana tapando con su boina los dientes que le habían volado de un puñetazo...

Nadie en la línea de Petushkí temía en realidad a los revisores, porque todos los viajeros iban sin billete. Si algún rebelde compraba billete debido a la borrachera, se sentía luego incómodo al pasar los revisores: cuando le pedían el billete no miraba a nadie; ni al revisor, ni a los viajeros; era como si quisiese desaparecer bajo tierra. Y el revisor, a su vez, estudiaba con asco su billete y le fulminaba con la mirada como si se tratase de un reptil. Y los viajeros miraban a la «liebre» con sus grandes y bellos ojos como diciendo: ¡Cómo bajas la mirada, soplapollas! ¡Te roe la conciencia, jeta judía! Y miraban a los ojos al revisor con mayor decisión todavía: ya ves como somos, ¿podrás perdonarnos? Acércate, Semiónich, que no te haremos daño...

Antes de que Semiónich se convirtiese en revisor jefe, todo era distinto: metían a los que iban sin billete en reservas como si fuesen indios, les daban en la cabeza con Efrón y Brokgáuz,* les ponían una multa y los echaban del vagón. Por entonces, los que no lleva-

* Autores de una enciclopedia. *(N. de los T.)*

ban billete corrían por los vagones huyendo del revisor como rebaño en desbandada, arrastrando con ellos hasta a los que llevaban billete. En cierta ocasión, y ante mis propios ojos, perecieron aplastados dos muchachos jóvenes que se habían dejado empujar por el pánico general y corrían con el rebaño; quedaron tendidos en el pasillo, apretando los billetes en sus azuladas manos...

El revisor jefe Semiónich lo cambió todo: acabó con las multas y las reservas. Lo hacía de manera más sencilla: cobraba a los que no llevaban billete 0,1 cl de vodka por kilómetro. Los chóferes, en toda Rusia, cobran a los «grajos» un cópec por kilómetro; pero Semiónich cobraba vez y media menos: 0,1 cl por kilómetro. Si ibas, por ejemplo, de Chujlinka a Usad, que distan entre sí noventa kilómetros, le servías a Semiónich 9 cl y viajabas luego completamente tranquilo y despatarrado en el asiento como un hombre de negocios...

Así pues, la innovación de Semiónich fortaleció la relación del revisor con las amplias masas, hizo más barata esa relación, la simplificó y la humanizó... Por eso, en la conmoción general que provocó el grito de «¡¡los revisores!!» no había miedo. En ese estremecimiento había sólo anticipación...

Semiónich entró en el vagón luciendo una sensual sonrisa. Apenas le sostenían ya las piernas. Habitualmente llegaba sólo hasta Oriéjovo-Zuevo, saltaba allí al andén y se iba a su despacho con una cogorza descomunal...

—¿Otra vez tú, Mítrich? ¿Otra vez a Oriéjovo? ¿A montar en el carrusel? Tienes que darme 18 por los dos. ¿Y tú, bigotes negros? ¿De Saltikóvskaia a Orié-

jovo-Zúevo? 7,2 cl. Despertad a esa puta y preguntadle cuánto debe. ¿Y tú, paño inglés, adónde y de dónde? ¿Hoz y Martillo-Pokrov? 10,5, por favor. Cada vez hay menos «liebres». Hubo un tiempo en que eso provocaba «ira e indignación pública»; ahora, en cambio, genera un «justificado orgullo»... ¿Y tú, Vienia...?

Semiónich me envolvió por entero en una feroz vaharada de alcohol:

—¿Y tú, Vienia? ¿«Moscú-Petushkí», como siempre...?

Kilómetro 85 - Oriéjovo-Zúevo

—Sí. Como siempre. Y ahora ya, Moscú-Petushki para la eternidad...

—¡¿Y crees que también te vas a escapar esta vez, Shehe-re-zade?! ¿Verdad...?

Aquí he de hacer una pequeña digresión: Mientras Semiónich bebe la dosis correspondiente a una multa os explicaré rápidamente a qué venía lo de «Shehe-rezade» y qué significaba «escapar».

Habían pasado ya tres años desde la primera vez que me encontré con Semiónich. Él acababa de acceder a ese puesto. Se acercó y me preguntó: «¿Moscú-Petushkí? 12,5.» Y como no entendí qué era lo que me quería decir, me lo explicó. Y cuando dije que no llevaba conmigo ni un solo centilitro me contestó: «¿Entonces, qué? ¿Tendré que darte en la jeta por no llevar ni una sola gota?» Yo le contesté que no tenía que pegarme y musité algo relativo al Derecho Romano. Eso despertó en él un enorme interés y me pidió

que le hablara con más detalle del mundo antiguo y del romano. Comencé a contarle cosas. Había llegado ya a la escandalosa historia de Lucrecia y Tarquino cuando, al llegar a Oriéjovo-Zúevo, hubo de bajarse y no le dio tiempo de escuchar el final de lo que le sucedió a Lucrecia: ¿Logró lo que quería el bribón de Tarquino o no lo logró...?

Semiónich, dicho sea entre nosotros, era un tremendo mujeriego y un utopista. Le gustaba la historia del mundo exclusivamente en su vertiente de cama. Y cuando, tras pasar una semana en la región de Friázevo, me cayeron encima otra vez los revisores, Semiónich ya no me dijo: «¿Moscú-Petushkí? 12,5.» No. Se lanzó sobre mí para oír la continuación del relato: «¿Bueno, qué? ¿Logró tirarse a esa Lucrecia...?»

Y yo le conté lo que sucedió después. Pasé de la historia romana a la cristiana y llegué a lo sucedido con Hipatia. Cuando le estaba diciendo: «Y entonces, los monjes de Alejandría poseídos por el fanatismo e instigados por el patriarca Cirilo arrancaron las vestimentas a la bella Hipatia y...», el tren se detuvo bruscamente en Oriéjovo-Zúevo y Semiónich saltó al andén enormemente intrigado...

Y así siguió todo, semana tras semana, durante tres años. En la línea de «Moscú-Petushkí» yo era el único sin billete que todavía no había servido a Semiónich ni una sola gota y que, a pesar de eso, seguía vivo y sin haber cobrado. Pero toda historia tiene su final y la historia mundial también...

El viernes pasado había llegado a Indira Gandhi, Moshé Dayán y Dubcek. Más allá no se podía ir...

Semiónich se bebió hoy las dosis de las multas, chasqueó la lengua y me miró como una boa o como el sultán de Sahriyar:

—¿Moscú-Petushkí? 12,5.

—¡Semiónich! —contesté casi suplicándole—. ¡Semiónich, ¿has bebido mucho hoy...?!

—Lo suficiente —me contestó Semiónich no sin cierta vanidad. Estaba borracho como una cuba...

—¿Y significa eso que estás en vena imaginativa? ¿Que eres capaz de trasladarte al futuro? ¿Que puedes trasladarte conmigo del oscuro mundo del pasado al siglo de oro que «ay-ay, se está acercando»...?

—¡Puedo, Vienia, puedo! ¡Hoy lo puedo todo...!

—Del tercer Reich, de la cuarta vértebra, de la quinta República y el decimoséptimo congreso, ¿puedes dar conmigo el salto al mundo deseado por todos los judíos del quinto reino, del séptimo cielo y de la segunda venida...?

—¡Puedo! —tronaba Semiónich—. ¡Habla, habla Sheherezade!

—Escucha entonces. Ese día será el «elegido entre todos los días». Ese día el extenuado Simeón dirá por fin: «Ahora, Señor, puedes dejar que tu siervo se vaya en paz...» Y el arcángel San Gabriel anunciará a María: «Alégrate, llena de gracia, el Señor es contigo». Y exclamará el doctor Fausto: «¡He aquí el instante! Prolóngate y detente». Y todos aquellos cuyos nombres estén inscritos en el libro de la vida comenzarán a cantar «¡Regocíjate Isaías!». Y Diógenes apagará su farol. Y habrá bondad y belleza, y todo estará bien y todos los hombres serán buenos. No habrá sino bondad y belleza que se unirán en un beso...

—¿Se unirán en un beso...? —comenzó a inquietarse Semiónich, ya un tanto impaciente...

—¡Sí! Se unirán en un beso el verdugo y la víctima. Y la maldad, la intención torcida y el cálculo saldrán de los corazones. Y la mujer...

—¡¡La mujer!! —empezó a temblar Semiónich—. ¡¡¡¿Qué, qué pasará con la mujer...?!!!

—¡Y la mujer de Oriente se quitará el velo! ¡La oprimida mujer de Oriente se quitará el velo definitivamente! Y se acostará...

—¡¡¿Se acostará?!! —preguntó. Y comenzó a temblarle todo el cuerpo.

—Sí. Se acostará el lobo junto al cordero. Y ni una lágrima será vertida. Y los caballeros elegirán a las damas de su agrado y...

—¡Oh-oh-oh-oh! —empezó a gemir Semiónich—. ¿Llegará pronto eso? ¿Será pronto...? —y de repente, echó los brazos a un lado igual que una gitana y, precipitadamente y haciéndose un lío con la ropa, se quitó la chaqueta del uniforme, luego los pantalones y así hasta llegar a lo más íntimo...

Aunque yo estaba muy borracho le miré con asombro. Y los viajeros, los sombríos viajeros, casi se levantan de un salto de los asientos; en las docenas de ojos había escrito un inmenso «¡oh!». Los viajeros habían interpretado todo al revés de como era...

Y he de deciros que la homosexualidad ha sido eliminada definitivamente de nuestro país, pero no por completo. Dicho más correctamente, ha sido eliminada por completo, pero no del todo. Y dicho aún más exactamente: ha sido eliminada por completo y del todo pero no definitivamente. ¿Qué es lo que en ese

momento tenían en mente los viajeros? Sólo la homosexualidad. Bueno, también tenían en la mente a los árabes, Israel, los Altos del Golán y Moshé Dayán. Bueno, ¿y si echaran a Moshé Dayán de los Altos del Golán y los árabes y los judíos se reconciliaran? ¿Qué quedaría entonces en las cabezas de los viajeros? Absolutamente nada que no fuese la homosexualidad sin más.

Supongamos que los viajeros estuviesen viendo la televisión: el general De Gaulle y Georges Pompidou se encuentran en una recepción diplomática; como es lógico, ambos sonríen y se estrechan las manos. Pero bastaría eso para que los espectadores exclamasen: «¡Oh! ¡Vaya con el general De Gaulle!» O si no: «¡Oh! ¡Vaya con Georges Pompidou!»

Y así es como nos miraban ahora. Cada uno tenía escrito ese «¡oh!» en sus redondos ojos.

—¡Semiónich! ¡Semiónich! —lo agarré y comencé a arrastrarlo hacia la plataforma del vagón—. ¡Que nos están mirando...! ¡Reacciona...! ¡Vamos...!

Pesaba como un muerto. Su cuerpo estaba blando y escurridizo. Conseguí a duras penas llevarlo hasta la plataforma y lo coloqué ante la puerta de salida del vagón.

—¡Dime, Vienia! Si la mujer de Oriente... se quita la paranyá... le quedará algo...? ¿Lleva algo debajo de la paranyá...?

No tuve tiempo de contestarle. El tren se detuvo bruscamente en la estación de Oriéjovo-Zúevo y las puertas se abrieron automáticamente...

Oriéjovo-Zúevo

Medio muerto y desnudo, el revisor jefe Semiónich —que por milésima y una vez se había quedado intrigado— salió despedido al andén dándose con la cabeza en la barandilla... Permaneció en pie dos o tres segundos igual que una caña pensante y se derrumbó luego a los pies de los viajeros que bajaban. Todas las multas cobradas a los viajeros sin billete se le salieron de las tripas y se desparramaron por el andén...

Todo eso lo vi con absoluta claridad y puedo atestiguarlo ante el mundo. Pero todo lo demás ya no lo vi y no puedo garantizar nada. En un trocito de la conciencia, en un trocito muy muy pequeño, se me ha quedado que la avalancha de viajeros que bajaba en Oriéjovo se enredó dentro de mí y trató de absorberme para almacenarme en su interior como si fuera un asqueroso escupitajo que había que lanzar al andén de Oriéjovo. Pero el escupitajo no acababa de salir porque los viajeros que subían taponaban la boca de los que salían. Yo me movía como la mierda en un agujero hecho en el hielo.

Y cuando el Señor me pregunte *allá* arriba: «¿Cómo es posible que no recuerdes nada más, Vienia? ¿Cómo es posible que te sumergieras de golpe en aquel sueño con el que comenzaron todas tus desgracias...?», yo le contestaré: «No, Señor, no fue inmediatamente...» En un rinconcito de la conciencia, en el mismo rinconcito de antes, me ha quedado también el recuerdo de que pude por fin dominar a las fuerzas de la naturaleza, escapar a los espacios vacíos del vagón y tirarme en el asiento de alguien, el primero que había a partir de la puerta...

Y una vez en el asiento, me entregué inmediatamente a un poderoso torrente de sueños y perezosa duermevela, Señor. ¡Ah, no! ¡Miento otra vez! ¡Te miento de nuevo en Tu propia cara, Señor! ¡Pero no soy yo quien miente, es mi debilitada memoria! No me entregué inmediatamente al torrente. Di antes con la botella de Kubánskaia que tenía sin empezar y le metí cinco o seis tientos. Plegué luego los remos, y sólo entonces me entregué al poderoso torrente de sueños y perezosa duermevela...

«Todos vuestros inventos acerca de la Edad de Oro —repetía yo— no son más que mentiras y miserias. Pero yo sí que vi, hace doce semanas, a un verdadero exponente de la misma, cuyo esplendor se volverá a poner hoy ante mis ojos por decimotercera vez. Allá, los pájaros no dejan de cantar ni de día ni de noche; allá florece el jazmín en invierno y en verano. ¿Y *qué* es lo que hay entre los jazmines? *¿Quién* cierra allá las pestañas y, vestida de púrpura y visón trenzado, huele las azucenas...?»

Sonriendo como un idiota, aparto las matas de jazmín...

Oriéjovo-Zúevo — Krutoe

...Y de entre las matas de jazmín sale el soñoliento Tíjonov y entorna los ojos por culpa mía y del sol.

—¿Qué estás haciendo aquí, Tíjonov?

—Estoy ultimando las tesis. Hace tiempo que tenía lista mi intervención, pero me faltaban las tesis. Y ahora, por fin, también las tesis están listas...

—Entonces, ¿consideras que la situación está madura?

—¿Quién sabe? Cuando bebo un poco me parece que está madura. Pero en cuanto empieza a pasárseme la borrachera pienso que no, que aún no está madura, que todavía es pronto para tomar las armas...

—Pues echa un trago de ginebra, Vadia... Tíjonov echó un trago de ginebra, chasqueó la lengua y se puso triste.

—¿Qué tal? ¿Está ya madura la situación?

—Espera, que ahora va a madurar...

—Entonces, ¿cuándo tenemos que dar el paso? ¿Mañana?

—¡Quién sabe! Cuando bebo un poco me parece que ese mismo día se podría dar el paso y que ni siquiera hubiera sido prematuro darlo el día anterior. Pero cuando se me empieza a pasar pienso que no, que el día anterior hubiera sido pronto y que al día siguiente tampoco sería tarde.

—Entonces bebe más, Vadímchik. Bebe más ginebra...

Vadímchik bebió, y de nuevo se puso triste.

—Bueno, ¿qué? ¿Crees que ha llegado la hora...?

—Ha llegado la hora...

—No te olvides de la contraseña. Y diles a todos que no la olviden: mañana por la mañana entre la aldea de Tártino y la de Elisiéikovo, junto al establo, a las nueve horas de Greenwich...

—Sí. A las nueve horas de Greenwich.

—Hasta luego, camarada. Intenta dormir esta noche...

—Intentaré dormir. Hasta luego, camarada.

Llegados a este punto siento la obligación de someterme inmediatamente al juicio de la humanidad ente-

ra y he de decir: desde el comienzo mismo estuve en contra de esa aventura que era más estéril que una higuera. (Buena comparación: «más estéril que una higuera».) Desde el principio mismo dije que la revolución alcanza sus objetivos si tiene lugar en los corazones y no en las calles. Pero ya que habían empezado sin mí, no podía abandonar a los que la habían iniciado. Podría evitar cuando menos el encarnizamiento inútil de los corazones y mitigar el derramamiento de sangre...

Hacia las nueve horas de Greenwich estábamos sentados en la yerba que había junto al patio del establo y esperábamos. A todo el que se acercaba le decíamos lo siguiente: «Siéntate con nosotros, camarada: la verdad no existe cuando se está de pie». Y todos se quedaban de pie, hacían sonar las armas y repetían la frase de Antonio Salieri que había sido convenida: «Tampoco más arriba existe la verdad». La consigna era pícara y ambigua pero no nos importaba: se acercaban las nueve horas de Greenwich...

¿Por dónde empezó todo? Todo empezó cuando Tíjonov clavó sus catorce tesis en el portón del sóviet rural de Elisiéikovo. Más exactamente, no clavó las tesis en el portón sino que las escribió con tiza en la cerca; más que tesis eran palabras, palabras claras y lapidarias, y no tesis; y sólo eran dos y no catorce. Pero, fuera como fuese, ahí empezó todo.

Formamos dos columnas y salimos enarbolando estandartes. Una columna se dirigió a Elisiéikovo, y la otra a Tártino. Caminamos hasta el ocaso sin encontrar resistencia. No hubo muertos ni heridos en ninguno de los bandos, sólo un prisionero: el expresidente

del sóviet rural de Lariónovskoe, que había sido destituido al final de su vida por borrachera e imbecilidad congénita. Elisiéikovo había sido derrotada. Cherkásovo se arrastraba a nuestros pies. Neugódovo y Peksha pedían clemencia. Todos los centros vitales de la provincia de Petushkí —desde la tienda de Polomi hasta el almacén de la cooperativa rural de Andréievo— habían sido ocupados por las fuerzas insurrectas.

Y tras la puesta del sol, la aldea de Cherkásovo fue proclamada capital. Allí fue llevado el prisionero y también allí se improvisó el congreso de los vencedores. Todos los que intervenían estaban borrachos perdidos, todos cascaban las mismas tonterías: Maximiliano Robespierre, Oliver Cromwell, Sonia Peróvskaia, Vera Zasúlich, destacamentos de castigo de Petushkí, la guerra con Noruega y vuelta con Sonia Peróvskaia y Vera Zasúlich...

Desde el público se oyeron gritos de: «¿Y dónde está Noruega...?» «¡Cualquiera sabe! —contestaron del lado opuesto—. ¡Estará por donde Dios perdió el gorro!» «Esté donde esté —dije yo tratando de acallar el ruido—, tendremos que declararle la guerra. Para reconstruir la economía arruinada por la guerra hay que desmantelarla antes, cosa que requiere una guerra civil o al menos otra guerra; se necesitan como mínimo doce frentes...» «¡Se necesitan polacos blancos!» —gritó Tíjonov, que empezaba a estar bastante tomado—. «No seas idiota —le interrumpí yo—. ¡Siempre tienes que decir alguna sandez! ¡Eres un teórico brillante, Vadim! ¡Por eso hemos clavado tus tesis en nuestros corazones! ¡Pero a la hora de la práctica eres

una verdadera mierda! ¡Para qué necesitas a los polacos blancos, tonto...?» «¡Pero si no lo discuto! —cedía Tíjonov—. ¡Como si los polacos blancos me importaran más que a vosotros! Si queréis que sea Noruega, pues adelante...»

Con las prisas y la excitación todos se habían olvidado de que hacía veinte años que Noruega estaba en la OTAN. Y Vládik Ts—ski, a todo correr, estaba ya camino de Lariónovo para echar al correo un manojo de postales y cartas. Una carta iba dirigida al rey de Noruega, Olav, con la declaración de guerra y el acuse de recibo. Otra carta —bueno, no era ni siquiera una carta sino un papel en blanco en sobre cerrado— iba dirigida al general Franco: ¡para que ese vejestorio viera en ello un dedo amenazador, para que ese decrépito e hijoputa de caudillo se pusiera blanco como el papel que le enviábamos...! A Harold Wilson, primer ministro del Imperio Británico, le exigíamos poca cosa: quita tu ridícula cañonera del golfo de Akaba y haz luego lo que te dé la gana, primer ministro... Y, por último, la cuarta carta iba dirigida a Wladyslaw Gomulka; en ella le decíamos: tú tienes pleno e inalienable derecho al Corredor Polaco, Wladyslaw Gomulka; en cambio, Józef Cyrankiewicz no tiene ningún derecho al Pasillo Polaco...

Enviamos también cuatro postales: a Abba Eban, Moshé Dayán, al general Suharto y a Alexander Dubcek. Las cuatro postales eran muy bonitas, con viñetas y bellotas. Así se alegrarán los chicos —pensábamos—. Y quizás así nos reconocerán esos inútiles como sujetos de derecho internacional...

Nadie durmió aquella noche. El entusiasmo había invadido a todos. Todos miraban al cielo, esperaban las bombas noruegas, la apertura de las tiendas y la intervención, y se imaginaban lo contento que estaría en esos momentos Wladyslaw Gomulka, mientras que Józef Cyrankiewicz se estaría tirando de los pelos...

Tampoco el prisionero dormía. El expresidente del sóviet rural Anatoli Iványich aullaba desde su cobertizo igual que un perro triste:

—¡Eh, muchachos...! ¿Nadie me va a traer mañana algo de beber...?

—¡Menudas cosas pides! ¡Ya puedes dar las gracias a que cumplamos la Convención de Ginebra y te demos de comer...!

—¿Y eso qué es...?

—¡Ya te enterarás de lo que es eso! ¡Quizás puedas seguir arrastrando las piernas, pero ya no tendrás ganas de joder...!

Krutoe - Vóinovo

Por la mañana, antes de que se abrieran las tiendas, tuvo lugar un pleno. Era un pleno ampliado y revolucionario. Pero como los cuatro plenos que habíamos celebrado habían sido revolucionarios y ampliados, decidimos ponerles números para no confundirlos: 1er pleno, 2° pleno, 3er pleno y 4° pleno...

El 1er pleno estuvo dedicado por entero a la elección de presidente, es decir, a elegirme a mí como presidente. Esto nos llevó no más de minuto y medio o dos minutos. Y se dedicó todo el resto del tiempo a

debatir un tema puramente especulativo: ¿quién abriría antes la tienda, la tía Masha de Andréievskoe o la tía Shura de Polomi?

Yo ocupaba la presidencia, escuchaba esos debates y pensaba: los debates son absolutamente imprescindibles; pero aún son más imprescindibles los decretos. ¿Por qué nos olvidamos de algo que debe ser siempre la culminación de toda revolución, es decir, los «decretos»? Por ejemplo, el siguiente decreto: obligar a la tía Shura de Polomi a abrir la tienda a las seis de la mañana. ¡¿Podía haber algo más fácil para nosotros, investidos de poder, que agarrar a la tía Shura y obligarla a abrir la tienda a las seis de la mañana y no a las nueve treinta?! ¡Cómo no se me habría ocurrido antes...!

O, por ejemplo, el decreto relativo a la tierra: ¿entregar toda la tierra al pueblo de la provincia, con todas las tierras de labor y todos los bienes muebles, así como con todas las bebidas alcohólicas, y sin ninguna indemnización? O este otro: da lo mismo adelantar dos horas el reloj que atrasarlo hora y media; lo importante es cambiar la hora. Luego: obligar a escribir otra vez la palabra «Diablo» con «D» mayúscula, o suprimir totalmente alguna otra letra; lo único que hace falta es pensar cuál de ellas. Y, finalmente, obligar a la tía Masha de Andréievskoe a abrir la tienda a las cinco treinta y no a las nueve...

Los pensamientos se atropellaban en mi cabeza, se me atropellaban tanto que empecé a ponerme triste. Le pedí a Tíjonov que saliera conmigo al pasillo. Echamos un trago de Cúmel y le dije:

—¡Oye, canciller!

—¿Qué quieres...?

—Nada. Eres un canciller de mierda, eso es.

—Pues búscate otro —se ofendió Tíjonov.

—No se trata de eso, Vadia. Se trata de lo siguiente: si eres un buen canciller, siéntate y ponte a escribir decretos. Bebe un poco más, siéntate y escribe. He oído decir que no te pudiste contener y pellizcaste en el muslo a Anatolle Iványich. ¿Qué pretendes? ¿Desencadenar el terror?

—Pues no sé... un poco...

—¿Y qué terror estás desencadenando? ¿El blanco?

—El blanco.

—No deberías hacerlo, Vadia. Pero, en fin, ahora no hay tiempo para hablar de eso. Antes hay que escribir un decreto, aunque sea uno solo y aunque sea de los más viles... ¿Tienes papel y tinta? Siéntate y escribe. Luego beberemos, y a hacer la declaración de derechos. Sólo después de eso, el terror. Y, finalmente, beberemos y ¡a estudiar, a estudiar, a estudiar...!

Tíjonov escribió dos palabras, echó un trago y suspiró:

—Sí-í-í... he metido la pata con ese terror... Aunque es imposible no equivocarse en lo que nos traemos entre manos, porque lo que nos traemos entre manos es algo completamente nuevo, no ha habido precedentes... A decir verdad, ha habido precedentes, pero...

—Pero ¿puede llamarse a eso precedentes? ¡Eso no era nada! ¡Eran tonterías! ¡Eran vuelos de abejorro, juegos de granujillas adultos, pero nada de precedentes...! ¿Qué hacemos, cambiamos el calendario o lo dejamos como está?

—Será mejor que lo dejemos. Como suele decirse, es mejor no remover la mierda para que no huela...

—Dices bien; dejémoslo. Tenemos en ti a un teórico brillante, Vadia; y eso es bueno. ¿Qué, clausuramos el pleno? La tía Shura de Polomi ha abierto ya la tienda. Dicen que tiene Rossíiskaia.

—Clausúralo, claro. De todas formas, mañana por la mañana tendremos que celebrar el segundo pleno... Vamos a Polomi.

Resultó que la tía Shura de Polomi tenía realmente Rossíiskaia. En vista de eso y ante la posibilidad de operaciones de represalia provenientes del centro del distrito, se decidió trasladar temporalmente la capital de Cherkásovo a Polomi, es decir, doce kilómetros hacia el interior del territorio de la república.

Y allí, a la mañana siguiente, se inauguró el segundo pleno, dedicado por entero a mi dimisión del puesto de presidente.

—Dejo el sillón presidencial —dije en mi intervención—. Me cago en el sillón presidencial. Considero que el puesto de presidente tiene que ocuparlo un hombre al que no se le pueda romper la jeta después de una borrachera en un plazo de tres días como mínimo. ¿Pero hay gente así entre nosotros?

—No la hay —contestaron a coro los delegados.

—¿Acaso no es posible, por ejemplo, romperme a mí la jeta después de una borrachera en un plazo de tres días?

Se pasaron dos o tres segundos contemplando mi cara para valorarla, y contestaron luego a coro: «Se puede».

—Pues entonces —continué—, ¿qué presidente iba a ser? Nos las apañaremos sin presidente. O mejor aún: nos iremos todos al prado a preparar ponche y dejaremos encerrado bajo llave a Boria, que es hombre de grandes cualidades, para que vaya formando el gabinete...

Mi discurso fue interrumpido por los aplausos y se cerró el pleno. Los prados de alrededor se iluminaron de fuego azul. El único que no compartía la animación general y la fe en el éxito era yo, que andaba deambulando entre las hogueras obsesionado por un solo e inquietante pensamiento: ¿A qué se debía que el mundo guardara absoluto silencio? El distrito entero estaba en llamas y el mundo callaba —tal vez porque había contenido la respiración—. Pero ¿por qué nadie, ni en Oriente ni en Occidente, nos tendía la mano? ¿Qué hacía el rey Olav? ¿Por qué no nos aplastaban desde el sur las tropas regulares...?

Me acerqué en silencio al canciller, que desprendía un fuerte olor a ponche:

—¿Te gusta nuestra revolución, Vadia?

—Sí —contestó Vadia—. Es agitada, pero hermosa.

—Bueno... ¿Y de Noruega? ¿No se sabe nada de Noruega, Vadia?

—Por el momento, nada... ¿Pero qué te importa a ti Noruega?

—¡¿Cómo que qué me importa...?! ¿Estamos o no en guerra con ella? Resulta todo muy ridículo. Nosotros luchamos contra ella, pero ella no quiere luchar contra nosotros... ¡Si no empiezan mañana a bombardearnos, me voy a sentar otra vez en el sillón presidencial y ya verás entonces...!

—Siéntate en el sillón —contestó Vadia—. ¿Quién te lo impide, Erofiéichik...? Siéntate si quieres...

Vóinovo - Usad

A la mañana siguiente tampoco nos cayó ni una sola bomba. Abrí entonces el tercer pleno. Y dije:

«¡Senadores! Por lo que veo ningún país del mundo quiere amistad ni enfrentamiento con nosotros. Nos han vuelto todos la espalda y han contenido la respiración. Y como la expedición de castigo contra Petushkí llegará aquí mañana por la noche, teniendo también en cuenta que la Rossíiskaia de la tía Shura se acabará mañana por la mañana, asumo todo el poder. Dicho de otra manera para los tontos que no lo hayan entendido: decreto el toque de queda. Y lo que es más: comunico que considero extraordinarios los poderes del presidente y, de paso, me hago presidente. Es decir, "una personalidad que está *por encima de leyes y profetas...*"

Nadie objetó nada. Sólo el primer ministro Boria S. se estremeció al oír la palabra «profetas» y me clavó una mirada desquiciada; la parte superior de su cuerpo comenzó a estremecerse a impulsos del sentimiento de venganza...

Expiró al cabo de dos horas en los brazos del ministro de defensa. Murió de tristeza y de una exagerada tendencia a las generalizaciones. Aparentemente no murió de ninguna otra cosa; y no le hicimos la autopsia porque hubiera sido una marranada. La noche de ese mismo día todos los teletipos del mundo recibie-

ron la noticia: «Falleció de muerte natural». No se decía quién era el que había muerto pero todo el mundo se dio cuenta.

El 4° pleno fue de luto.

Intervine en él y dije:

«¡Delegados! Si alguna vez tengo hijos pondré la foto del procurador de Judea, Poncio Pilato, en la pared de su cuarto, para que sean aseados. En la foto, el procurador estará de pie lavándose las manos. Lo mismo hago yo: me levanto y me lavo las manos. Me uní a vosotros llevado por la borrachera y sin la menor convicción. Os dije que había que revolucionar los corazones, que había que elevar las almas hasta que lograsen asimilar las categorías éticas eternas, y que todo lo que habíais montado aquí era futilidad y tormento para el espíritu, una inutilidad y una soplapollez...

»¿Qué podemos esperar de nadie? ¡Pensadlo vosotros mismos! No se nos permitirá entrar en el Mercado Común. Los barcos de la Séptima Flota americana no podrán llegar hasta aquí, ni querrán hacerlo...»

En ese momento los asistentes comenzaron a vociferar:

—¡No te desesperes, Vienia! ¡No te desinfles, que nos van a dar aviones de bombardeo! ¡Nos van a dar unos cuantos «V-52»!

—¡Qué va! ¡Qué nos van a dar «V-52»! ¡Esperadlos sentados! ¡Da risa escucharos, senadores!

—¡También nos van a dar «Fantoms»!

—¡Ja, ja! ¿Quién ha dicho «Fantoms»? No habléis más de «Fantoms» que me muero de risa...

En ese momento, Tíjonov dijo desde su sitio:

—Igual no nos dan «Fantoms», pero seguro que nos dan devaluación del franco...

—¡Pero mira que eres tonto, Tíjonov! ¡No discuto que seas un buen teórico, pero cuando te pones a decir sandeces...! En realidad, tampoco se trata de eso. ¿Por qué no se da cuenta *absolutamente nadie,* ni siquiera en el propio Petushkí, de que todo el distrito está en llamas? En definitiva, me encojo de hombros y dejo el puesto de presidente. Hago como Poncio Pilato: me lavo las manos y me bebo delante de vosotros todo lo que nos queda de Rossíiskaia. Sí. Me cago en mis plenos poderes y me voy de aquí. Me voy a Petushkí.

¡Podéis imaginar la tempestad que se levantó entre los delegados, especialmente cuando me puse a beber la vodka que quedaba...!

¡Mientras salía de allí, hay que ver las palabras que me dirigieron! Podéis imaginarlas vosotros; yo no las voy a repetir...

En mi corazón no anidó el arrepentimiento. Caminé por pradejones y campillos, en medio de matas de escaramujo y de rebaños de vacas. En el campo, el trigo me hacía reverencias y me sonreían los aciagos. Pero en mi corazón, repito, no anidó el arrepentimiento... El sol se ocultó, pero yo seguí caminando.

¡Reina de los Cielos, qué lejos está todavía Petushkí!, me dije a mí mismo. No hago más que andar y andar y Petushkí no aparece. Es ya completamente de noche, pero ¿dónde está Petushkí?

«¿Dónde está Petushkí?», pregunté mientras me acercaba a un mirador iluminado. ¿De dónde había salido ese mirador? Bueno, tal vez no fuera un mirador sino una terraza, una buhardilla o el ala de un edi-

ficio. Como no entiendo nada de eso, siempre los confundo.

Llamé a la puerta y pregunté: «¿Dónde está Petushkí? ¿Falta mucho todavía para Petushkí?» En respuesta a mi pregunta, todos los que estaban en el mirador se pusieron a reír y no dijeron nada. Me enfadé y volví a llamar: las carcajadas volvieron a repetirse. ¡Qué extraño! Y además, alguien, a mi espalda, se estaba mofando de mí.

Volví la cabeza: los pasajeros del tren «Moscú-Petushkí» se hallaban sentados en sus asientos y sonreían asquerosamente. ¿Cómo era eso? ¿Seguía, pues, viajando...?

¡No importa, «Eroféiev, no importa! Que se rían; no les hagas caso. Como dijo Saadi, has de ser recto y sencillo como un ciprés y generoso como una palmera. No comprendo qué tiene que ver aquí la palmera, pero no importa; has de ser como una palmera. ¿Te queda Kubánskaia en el bolsillo? Te queda. Pues entonces sal a la plataforma y bébetela. Bébetela para quitarte las náuseas.»

Salí a la plataforma acosado desde todos los ángulos por burlonas y tontas sonrisas. La inquietud me brotaba desde el fondo mismo del alma y me resultaba imposible discernir qué inquietud era ésa, de dónde provenía y por qué era tan confusa...

—Nos acercamos a Usad, ¿verdad? —la gente se amontonaba ante las puertas en espera de bajar, y a ellos dirigí mi pregunta—: Estamos llegando a Usad, ¿verdad?

—Más te hubiera valido quedarte en casa en lugar de hacer tontas preguntas de borracho —contestó un viejecito—. Te debías haber quedado en casa haciendo

los deberes. Seguro que aún no has hecho los deberes de mañana. Te va a reñir tu mamá.

Y añadió a continuación:

—¡No levantas dos palmos del suelo y ya has aprendido a replicar...!

¿Qué le pasará al viejo? ¿Se habrá vuelto loco? ¿Qué mamá? ¿Qué deberes...? ¿Qué dos palmos...? No, no. Lo más probable es que no sea el viejo el que esté loco sino que sea yo el que se ha vuelto loco. Porque tengo aquí a otro viejo con una cara muy blanca muy blanca que se ha colocado a mi lado, me ha mirado de arriba abajo y ha dicho:

—¿Adónde vas a ir tú? Es tarde ya para echarte novio y pronto para ir al cementerio. ¿Adónde vas a ir tú, querida vagabunda...?

«¿¡¡¡Querida vagabunda!!!?»

Me estremecí y me fui al otro extremo de la plataforma. Algo malo pasaba en el mundo. Olía a podrido en el reino y todos tenían los sesos torcidos. Por si las moscas, comencé a palparme el cuerpo a escondidas: ¿Qué clase de «querida vagabunda» podía ser? ¿De dónde habría sacado eso? ¿Y por qué? ¡Claro que se pueden gastar bromas, pero no tan absurdas!

Yo estoy en mi sano juicio y los demás no. O al revés: están todos en su sano juicio y el que no lo está soy yo. La inquietud seguía brotando y brotando del fondo de mi alma. Y cuando llegamos a la parada y se abrió la puerta no pude contenerme y pregunté otra vez a uno de los que salían. Le dije:

—¿Es Usad, verdad?

Y él (de manera totalmente inesperada) se tensó ante mí como una cuerda y vociferó: «¡¡En modo al-

guno, mi teniente!!» Y a continuación, me estrechó la mano, se inclinó hacia mí y me dijo al oído: «¡Nunca olvidaré su bondad, camarada teniente mayor...!»

Y se bajó del tren, secándose una lágrima con la manga.

USAD - KILÓMETRO 105

Me quedé en la plataforma en completa soledad y absolutamente perplejo. Y ya no era tanto perplejidad, sino una inquietud que se transformaba en amargura. Bueno, al diablo con el viejo y me da igual ser «querida vagabunda» que «teniente mayor», pero *¿por qué* está oscuro al otro lado de la ventanilla? Decídmelo, por favor. ¿Por qué está tan oscuro al otro lado de la ventanilla, si el tren salió por la mañana y ha recorrido exactamente cien kilómetros...? ¿Por qué...?

Pegué la cara a la ventanilla: ¡Oh, qué oscuridad! ¿Y qué había en esa oscuridad, lluvia o nieve? ¿O se trataba simplemente de que estaba mirando a través de las lágrimas? Dios mío.

—¡Ah! ¡Eres tú! —dijo alguien a mi espalda con voz *tan* agradable y a la vez maliciosa que ni siquiera volví la cabeza. Me di cuenta inmediatamente de *quién* era el que tenía a mi espalda. «¡Ahora comenzará a tentarme ese bruto! ¡Menudo momento ha elegido!»

—Entonces, ¿eres tú, Eroféiev? —preguntó Satanás.

—Claro que soy yo. ¿Quién iba a ser...?

—¿Te sientes mal, Eroféiev?

—Claro que me siento mal. Pero eso a ti no te importa. Sigue tu camino que no vas a poder conmigo...

Todo eso lo dije sin variar de postura: con la frente pegada a la ventanilla de la plataforma y sin volver la cabeza.

—Si te sientes tan mal amansa tu espíritu —continuó Satanás—. Calma el ímpetu de tu espíritu y te sentirás mejor.

—No lo haré por nada del mundo.

—Pues eres tonto.

—Lo mismo te digo.

—Vale, vale... ¡No se te puede decir nada...! Mejor sería que te tiraras del tren en marcha. Igual no te rompías la crisma...

Lo pensé un poco y luego contesté:

—No, no voy a tirarme. Me da miedo. Seguro que me rompería la crisma...

Y Satanás, desenmascarado, se largó.

¿Qué podía hacer yo? Le di seis tientos a la botella y pegué de nuevo la cara a la ventanilla. La oscuridad seguía brotando tras la ventana y continuaba produciéndome inquietud. Despertaba en mí un pensamiento oscuro. Me apreté la cabeza con las manos para perfilar ese pensamiento, pero no logré concretarlo sino que se expandió como la cerveza por una mesa. «No me gusta esa oscuridad de detrás de la ventanilla, no me gusta nada».

Pero los seis tragos de Kubánskaia se aproximaban ya a mi corazón. Uno tras otro se fueron acercando suavemente a él. Y el corazón entró en combate con la razón, cuerpo a cuerpo...

—Pero ¿por qué no te gusta *esta* oscuridad precisamente? La oscuridad es la oscuridad y no se la puede cambiar. Después de la oscuridad viene la luz y después de la luz viene la oscuridad: eso es lo que pienso. Aunque no te guste, no por ello dejará de ser oscuridad. Y eso significa que sólo tienes una salida: aceptarla. En nuestra ignorancia, no podemos dominar las eternas leyes de la existencia. Si taponamos la ventana izquierda de la nariz, sólo podemos echar los mocos por la ventana derecha. ¿No es así? Bueno, pues entonces no hay que pedir que haya luz al otro lado de la ventanilla si lo que hay es oscuridad...

—Así es... pero he salido por la mañana... A las ocho dieciséis, de la estación de Kursk...

—¡Qué importa que fuera por la mañana...! Ahora, gracias a Dios, es otoño; los días son cortos; apenas le da tiempo a uno a volver en sí y ¡zas! ya está oscuro... ¡O-o-oh! ¡Qué largo es el viaje a Petushkí! ¡O-o-oh! ¡Lo que dura el viaje de Moscú a Petushkí...!

—¡Pero a qué viene ese ¡«O-o-oh»! ¡¿Por qué repites tanto «o-o-oh», «o-o-oh»?! El viaje de Moscú a Petushkí dura exactamente dos horas quince minutos. El viernes pasado, por ejemplo...

—¡¿Qué importa el viernes pasado?! ¡Qué importa lo que pasó el viernes pasado! El viernes pasado el tren casi no tenía paradas. Y, de todas formas, los trenes corrían más antes... Y ahora, ¿por qué diablos se habrá parado? A veces siento náuseas: ¿Por qué seguirá parado? Y así en cada estación. Salvo en Ésino...

Eché una mirada por la ventanilla y puse otra vez mala cara:

—Sí-í... pero, a pesar de todo, es extraño... hemos salido a las ocho de la mañana... y todavía seguimos viajando...

En ese momento mi corazón no pudo contenerse y estalló:

–Y los demás, ¿qué? ¿Son los demás peores que tú? Los demás también viajan y no preguntan por qué se tarda tanto y por qué está tan oscuro. Viajan tranquilamente y miran por la ventanilla... ¿Por qué habrías de ir tú más deprisa que ellos? Da risa escucharte, Vienia; da risa y asco... ¡Vaya un culo inquieto! ¡Si has bebido, sé entonces más modesto, Vienia! ¡No te creas más listo y mejor que los demás...!

Y eso fue lo que me convenció del todo. Me fui de la plataforma y me metí otra vez en el vagón. Ocupé mi asiento tratando de no mirar por la ventanilla.

Todos los viajeros del vagón, unas cinco o seis personas, dormitaban con la cabeza inclinada como niños de pecho... Por poco no me puse yo también a dormitar...

Y de repente, salté del asiento: ¡Dios misericordioso! ¡Pero si ella tenía que estar esperándome a las once de la mañana! Ella estaría esperándome ya a las once de la mañana, y fuera todavía estaba oscuro... Eso significaba que tendría que esperarla yo hasta que amaneciera, porque no sabía dónde vivía. Había ido a su casa unas doce veces, pero siempre por la parte de atrás y borracho como una cuba... Qué pena que la decimotercera vez vaya a verla completamente sobrio. ¡Por eso tendría que esperar a que amaneciera! ¡A que llegase por fin la aurora de mi decimotercer viernes!

¡Aunque, alto! Cuando salí de Moscú ya había llegado la aurora de mi viernes. ¡Eso quería decir que hoy era ya viernes! ¿Por qué, entonces, estaba tan oscuro al otro lado de la ventanilla...?

—¡Otra vez! ¡Otra vez dale que te pego con la oscuridad! ¡Vaya perra que has cogido con la oscuridad!

—Pero si el viernes pasado...

—¡Otra vez con el viernes pasado! Ya veo que estás anclado en el pasado Vienia, ¡Ya veo que no tienes ganas de pensar en el futuro...!

—No, no, escucha... El viernes pasado, a las once en punto de la mañana, ella estaba en el andén con esa trenza suya que le llega hasta el culo... y había mucha luz, me acuerdo muy bien. Y también me acuerdo perfectamente de la trenza...

—¡Pero qué importa la «trenza»! No seas tonto y entiéndelo de una vez: te repito que el día va menguando porque es otoño. No te discuto que el viernes pasado hubiera luz a las once de la mañana. Pero puede ser que este viernes esté tan oscuro a las once de la mañana que no se vea ni gota. ¿Sabes lo que mengua ahora el día? ¿Lo sabes? ¡Ya veo que no sabes nada y no haces más que jactarte de que lo sabes todo...! ¡Y venga con la «trenza»! Pero si a lo mejor lo que ha hecho precisamente la trenza ha sido crecer: tal vez ha crecido ya hasta más abajo del culo desde el viernes pasado... ¡Y el día otoñal se ha hecho ya minúsculo...!

»¡Qué torpe eres, Vienia!

Me di en la mejilla, pero no muy fuerte. Tomé tres tragos más y se me saltaron las lágrimas. Lo que me llegaba desde el fondo del alma no era inquietud sino

amor. Me puse tierno como un flan: Le prometiste púrpura y azucenas y sólo le llevas trescientos gramos de bombones «La Liebrecilla». La gente va a decir: «Es la decimotercera vez que viene y no vemos más que "La Liebrecilla"; ni una sola vez hemos visto que trajera azucenas ni púrpura». Y ella se echará a reír y dirá...

En ese momento me dormí casi del todo. Dejé caer la cabeza sobre el hombro; no quería levantarla hasta Petushkí. Y me entregué de nuevo al torrente...

Kilómetro 105 - Pokrov

Pero no dejaron que me entregara al torrente. Apenas había empezado a dormirme cuando alguien me dio con el rabo en la espalda.

Me estremecí y volví la cabeza: tenía ante mí a un *ser* sin patas, rabo ni cabeza.

—¿Quién eres tú? —le pregunté asombrado.

—¡Adivínalo! —y se rió, se rió como un caníbal...

—¡Sólo me faltaba eso! ¡No quiero adivinarlo...!

Enfadado, le volví la espalda para sumergirme de nuevo en mis sueños. Pero en ese momento alguien me dio con la cabeza en la espalda a gran velocidad. Me volví otra vez: allí seguía aquel mismo ser sin piernas, rabo ni cabeza...

—¿Por qué me pegas? —le pregunté.

—¡Adivina por qué...! —respondió aquel ser con la misma risa de caníbal.

Esta vez decidí adivinarlo. Si no lo hacía, me daría en la espalda con las dos patas cuando me volviera...

Bajé la mirada y me puse a pensar. El tipo esperaba a que me viniera alguna idea y, mientras tanto, movía despacio su inmenso puño ante mi nariz, como si —tonto de mí— me estuviera limpiando los mocos...

A pesar de todo fue él quien empezó a hablar primero:

—¿Viajas a Petushkí? ¿A esa ciudad donde ni en invierno ni en verano deja de florecer, y etcétera...? Donde...

—Sí. Donde ni en invierno ni en verano deja de florecer y etcétera.

—¿Donde tu perra yace entre jazmines y visón, mientras los pajaritos revolotean sobre ella y la besan donde les da la gana?

—Sí. Donde les da la gana.

El tipo se rió de nuevo y me pegó esta vez en la boca del estómago.

—Pues escúchame. Yo soy la Esfinge, y no voy a dejarte entrar en esa ciudad.

—¿Y por qué no me vas a dejar? ¿Por qué no me vas a dejar? ¿Qué pasa en Petushkí? ¿Hay peste? ¿Se ha casado alguien con alguna hija suya y tú...?

—La cosa es peor que lo de la hija y la peste. Sé muy bien lo que hay allí. Pero ya te he dicho que no te voy a dejar entrar, y lo cumpliré. Mejor dicho: te dejaré entrar a condición de que aciertes cinco adivinanzas.

¿Para qué querrá esta víbora las adivinanzas?, pensé para mis adentros. Pero dije en voz baja:

—Bueno, pues no me hagas esperar. Di las adivinanzas. Retira ese puño tan grande, no me des en la boca del estómago y dime tus adivinanzas.

¿Para qué querrá las adivinanzas esta cabrona?, pensé yo de nuevo. Pero ella había comenzado ya la primera:

«El famoso obrero ejemplar Alexei Stajánov iba dos veces al día a hacer aguas menores y una vez cada dos días a hacer aguas mayores. Y cuando se emborrachaba, iba cuatro veces al día a hacer aguas menores y ni una sola vez a hacer aguas mayores. Calcula el número de veces por año que el obrero ejemplar Alexei Stajánov iba a hacer aguas menores y aguas mayores, teniendo en cuenta que estaba borracho trescientos doce días al año».

Yo pensé para mis adentros: ¿A quién hará alusión esta bestia? ¿No irá nunca al retrete? ¿Beberá sin interrupción? ¿A quién hará alusión este reptil?

Me enfadé y dije:

—Es una mala adivinanza, Esfinge. Es una adivinanza hecha con asquerosas y ocultas intenciones. No quiero adivinar tan mala adivinanza.

—¡Conque no lo vas a hacer, ¿eh?! ¡Bueno, bueno! ¡Ya veremos lo que cantas! Escucha la segunda:

«Cuando las naves de la Séptima Flota americana amarraron en la estación de Petushkí no había allí señoritas del partido. Pero si consideramos miembros del partido a las del komsomol, una de cada tres era rubia. Al marcharse los buques de la Séptima Flota americana se descubrió lo siguiente: una de cada tres miembros del komsomol había sido violada, una de cada cuatro violadas resultó ser miembro del komsomol, una de cada cinco miembros del komsomol que habían sido violadas resultó ser rubia, y una de cada nueve rubias violadas resultó ser miembro del komso-

mol. Si en Petushkí hay en total cuatrocientas veintiocho chicas, determina cuántas de ellas, morenas y no miembros del partido, se quedaron sin que las tocaran.»

¿A quién, a quién se referirá *ahora* esta perra? ¿Por qué todas las morenas se quedaron intactas y absolutamente todas las rubias fueron violadas? ¿Qué querrá decir con ello este bicho asqueroso?

—Tampoco voy a resolver esa adivinanza, Esfinge. Perdona, pero no lo voy a hacer. Es una adivinanza muy fea. Pasa mejor a la tercera.

—¡Ja, ja! ¡Paso a la tercera!

«Como es sabido, en Petushkí no hay puntos A. Ni mucho menos, puntos Ts. Sólo existen puntos B. Así pues: A fin de salvar a Vodopiánov, Papanin* salió del punto B_1 con dirección al punto B_2. En ese mismo instante Vodopiánov, a fin de salvar a Papanin, salió del punto B_2 con dirección al B_1. No se sabe por qué, pero ambos llegaron al punto B_3, situado a una distancia de doce escupitajos de Vadopiánov del punto B_1, y a dieciséis escupitajos de Papanin del punto B_2. Si se tiene en cuenta que Papanin escupía a una distancia de tres metros setenta y dos centímetros, y que Vadopiánov no sabía escupir en absoluto, ¿salió Papanin a salvar a Vadopiánov?»

¡Dios mío! ¿Qué le pasará? ¿Se habrá vuelto loca esta Esfinge de mierda? ¿Qué delirios son ésos? ¿Por qué en Petushkí no hay puntos A ni puntos Ts, sino únicamente puntos B? ¿A quién hará alusión esta hija de perra...?

---

* Vodopiánov y Papanin: exploradores polares soviéticos. *(N. de los T.)*

—¡Ja, ja! —exclamó la Esfinge frotándose las manos—. ¡¿Tampoco ésta la vas a resolver?! ¡¿Tampoco ésta?! Te he pillado, enclenque larguirucho. Pues toma, toma entonces la cuarta:

«Al salir del restaurante de la estación de Petushkí, el primer ministro del Imperio Británico Lord Chamberlain resbaló en una vomitona y, al caer, tumbó la mesa de al lado. En la mesa, antes del accidente, había lo siguiente: dos pasteles de a 35 cópecs; dos raciones de ternera Stróganov, que costaban 73 cópecs cada una; dos trozos de ubre de vaca, a 39 cópecs; y dos garrafas de jerez de 80 cl cada una. Todos los añicos quedaron intactos. Todos los platos quedaron inservibles. Y con el jerez ocurrió lo siguiente: una de las garrafas quedó intacta pero perdió todo el jerez; la otra garrafa se rompió en mil pedazos pero no perdió ni una sola gota de jerez. Si se tiene en cuenta que el coste de la garrafa vacía es seis veces mayor que el de una ración de ubre de vaca y que el precio del jerez lo sabe hasta un niño, averigua cuál fue la cuenta que se le presentó al primer ministro del Imperio Británico Lord Chamberlain en el restaurante de la estación de Kursk.»

—¿Cómo que «de la estación de Kursk»?

—¡Así es! ¡«De la estación de Kursk»!

—¿Pero dónde resbaló? Resbaló en Petushkí. ¡Lord Chamberlain resbaló en el restaurante de Petushkí...!

—Pero la cuenta la pagó en la estación de Kursk. ¿A cuánto ascendió esa cuenta?

¡Dios mío! ¿De dónde saldrán Esfinges así? ¡Sin patas, cabeza ni rabo y, además, diciendo tales desati-

nos! ¡Y con esa jeta de delincuente...! ¿A qué estará haciendo alusión la hijaputa...?

—Eso no es una adivinanza, Esfinge. Es una tomadura de pelo.

—No, no es cachondeo, Vienia. Es una adivinanza. Si tampoco te gusta ésta, entonces...

—¡Entonces, suelta la última! ¡Suéltala!

—Bien, de acuerdo. «Minin* camina y Pozharski va a su encuentro. "Te noto hoy algo extraño, Minin —dice Pozharski—. Parece como si hubieras bebido mucho". "También a ti te noto extraño, Pozharski. Vas andando dormido". "Dime sinceramente, Minin, ¿cuánto has bebido hoy?" "Ahora mismo te lo digo: primero 15 cl de Rossíiskaia, y después 58 de Kubánskaia, 15 de Stolíchnaia, 12,5 de Pertsovka y 70 cl de *iorsh*. ¿Y tú?" "Yo, exactamente lo mismo, Minin".

»"Y adónde vas ahora, Pozharski?" "¿Cómo que adónde voy? A Petushkí, naturalmente. ¿Y tú, Minin?" "Yo también voy a Petushkí. ¡Pero tú, príncipe, llevas una dirección completamente equivocada!" "No, eres tú el que va en dirección equivocada, Minin". En resumen: se convencieron mutuamente de que tenían que dar la vuelta. Pozharski tomó la dirección que llevaba Minin, y Minin la que llevaba Pozharski. Y los dos llegaron a la estación de Kursk.

»Eso es. Y ahora dime: ¿a qué lugar habrían llegado si no hubiesen cambiado los dos de dirección y

---

* Héroe nacional ruso que organizó una milicia para combatir a los polacos que habían ocupado Moscú en 1610. En 1612 ayudó al príncipe Pozharski a recuperar la capital. *(N. de los T.)*

cada uno hubiese seguido el camino del principio? ¿Adónde habría llegado Pozharski? Dímelo.»

—¿A Petushkí? —apunté con esperanza.

—¡Ni hablar! ¡Ja, ja! ¡Pozharski habría llegado a la estación de Kursk! ¡Ésa es la respuesta!

Y la Esfinge se puso a reír mientras se erguía sobre ambas patas:

—¿Y Minin? ¿Adónde habría llegado Minin si hubiese seguido el camino del principio y no hubiese escuchado los consejos de Pozharski? ¿Adónde habría llegado Minin?

—¿A Petushkí, tal vez? —tenía ya pocas esperanzas de acertar y estaba a punto de llorar—. A Petushkí, ¿no?

—¡¿No te gustaría que hubiese llegado a la estación de Kursk?! ¡Ja, ja! —y la Esfinge, como si tuviese calor, como si el júbilo y la maldad la hicieran sudar, se abanicó con su rabo—. ¡También Minin llegaría a la estación de Kursk...! ¿Quién, entonces, ja, ja, llegaría a Petushkí? ¡Pues a Petushkí, ja, ja, no llegaría absolutamente nadie...!

¡Qué risa tenía la muy canalla! ¡Nunca en mi vida había oído una risa tan cruel! ¡Y si sólo se hubiera reído! Pero, además, me cogió la nariz con dos dedos y, sin dejar de reírse, comenzó a arrastrarme hacia alguna parte...

—¿Adónde me llevas, Esfinge? ¿Adónde? ¿Adónde me llevas...?

—¡Ya verás dónde! ¡Ja, ja! ¡Ya lo verás...!

POKROV - KILÓMETRO 113

Me sacó a la plataforma, volvió mi jeta hacia la ventanilla y se esfumó en el aire... ¿Qué pretendía con ello?

Miré por la ventanilla. Al otro lado ya no había realmente la oscuridad de antes. Un dedo había dibujado lo siguiente en el vaho del cristal: «...» Por los intervalos que había entre los puntos distinguí las luces de una ciudad —muchas luces— y el letrero de la estación de «Pokrov» que se alejaba.

¡Pokrov estaba en la provincia de Petushkí! ¡Tres paradas más, y después Petushkí! Estás en el buen camino, Venedikt Eroféiev. Y en ese momento, la inquietud que hasta entonces me había brotado del fondo del alma se precipitó al fondo del alma y ahí se acalló...

Permaneció callada durante tres o cuatro segundos. Pero luego, no es que comenzara a rebrotar del fondo del alma sino que *saltó* desde el fondo y un pensamiento, un pensamiento monstruoso, me embargó hasta tal punto que se me aflojaron las rodillas:

«Estaba alejándome ahora de la estación de Pokrov. Había visto el letrero de "Pokrov" y las luces brillantes. Todo eso estaba bien: "Pokrov" y las luces brillantes. Pero, mirando en el sentido de la marcha, ¿por qué estaban a la derecha del tren...? Admito que mi razón estaba un tanto ofuscada. Pero ya no soy ningún niño y sé muy bien que si la estación de Pokrov queda a la derecha, eso quiere decir que ¡se viene de Petushkí y no que se va de Moscú a Petushkí...! ¡Ah, Esfinge de mierda!»

Enmudecí y empecé a correr por todo el vagón; podía hacerlo porque en él ya no quedaba ni un alma. «Aguarda, Viénichka, no te precipites. No latas, corazón tonto. Puede que te hayas confundido un poco y que, pese a todo, Pokrov esté a la izquierda y no a la derecha. Sal otra vez a la plataforma y mira con más atención en qué lado del tren, mirando en sentido de la marcha, están dibujados los tres puntos.»

Salí de un salto a la plataforma y miré a la derecha; en el vaho del cristal estaba dibujado con claridad y belleza: «...». Miré a la izquierda y también allí podía verse el mismo dibujo: «...». Me agarré la cabeza con las manos y volví al vagón. Enmudecí de nuevo y me puse a correr...

«Para, para, Viénichka... Recuerda que durante todo el recorrido desde que saliste de Moscú estuviste sentado a la izquierda, mirando en el sentido de la marcha del tren, y que todos los de bigotes negros, todos los mítrichs y todos los decembristas estaban sentados también a la izquierda, mirando en el sentido de la marcha. Y por lo tanto, si vas en dirección correcta, el maletín tiene que estar a la izquierda, mirando en el sentido de la marcha. ¡Ves qué sencillo es...!»

Me puse a correr por todo el vagón buscando el maletín. Pero el maletín no aparecía por ninguna parte, ni a la izquierda ni a la derecha.

¡¿Dónde estaba mi maletín?!

«Bueno, vale, vale, tranquilízate, Vienia. No importa. El maletín no importa; ya aparecerá. Aclara primero tus ideas y entérate de adónde vas. Después podrás dedicarte a buscar tu maletín. Agudiza antes el pensamiento y ya buscarás luego el maletín. ¿Qué pre-

fieres, aclarar el pensamiento o un millón? Desde luego, aclarar el pensamiento. Y después, el millón. Y el maletín.

»Eres noble, Vienia. Y ya que eres noble, bébete todo lo que queda de Kubánskaia.»

Y, echándome hacia atrás, acabé de beberme lo que me quedaba. Se disipó inmediatamente la oscuridad en la que estaba sumergido y el amanecer apuntó desde las profundidades más recónditas del alma y de la razón. Y comenzaron a brillar relámpagos sin truenos: un relámpago a cada trago, y a cada trago un relámpago.

«El hombre no debe estar solo, eso es lo que pienso. El hombre debe entregarse a la gente, incluso cuando no se le quiera aceptar. Y si a pesar de todo sigue solo, debe recorrer los vagones. Tiene que encontrar a la gente y decirle: "Aquí estoy. Solo. Me entrego a vosotros sin reservas. (¡Porque acabo de beberme mi reserva, ja, ja!) Entregaos vosotros a mí y al hacerlo decidme: ¿Adónde vamos? ¿De Moscú a Petushkí o de Petushkí a Moscú?"»

—Y, en opinión tuya, ¿así es exactamente como deben comportarse las personas? —me pregunté inclinando la cabeza a la izquierda.

—Sí. Así exactamente —me contesté inclinando la cabeza a la derecha. ¡No se va a pasar uno el siglo entero analizando los signos «...» en el vaho de los cristales y atormentándose con el enigma...!

Y me puse a recorrer los vagones. En el primero no había nadie y la lluvia salpicaba a través de las ventanillas abiertas. En el segundo, tampoco había nadie y ni siquiera salpicaba la lluvia...

En el tercero había alguien...

Kilómetro 113 - Omutische

...Una mujer, vestida de negro de la cabeza a los pies, se hallaba ante una ventanilla y miraba con indiferencia la bruma del otro lado del cristal, apretando contra los labios un pañuelo de encaje. Una copia exacta de "Tristeza inconsolable", una copia de ti mismo, Eroféiev, pensé inmediatamente, y me reí a continuación para mis adentros.

Despacio y de puntillas para no romper el hechizo, me acerqué a ella por detrás y ocultándome. La mujer lloraba...

¡Eso es! El hombre se aísla para llorar.

Pero el hombre no está solo en un principio. Cuando llora, no quiere que nadie participe de sus lágrimas. Y hace bien, porque ¿hay algo más sublime en el mundo que el desconsuelo...? ¡Oh, me gustaría decir algo ahora; algo que hiciera que se les saltaran las lágrimas a todas las madres, que hiciera vestir de luto a palacios y chozas, *kishlakí** y *culi***...!

¿Qué podría decir?

—Princesa —la llamé en voz baja.

—¿Qué quieres? —contestó la princesa mientras miraba por la ventanilla.

—Nada. Que se te ve la armónica por la espalda, eso es...

---

* Aldeas de Asia Central. *(N. de los T.)*

** Aldeas del Cáucaso y de Asia Central. *(N. de los T.)*

—Deja de decir idioteces, chico. No es una armónica sino el puente de la nariz... Mejor será que te sientes y calles; así parecerás más listo...

¡Y había de ser yo, en mi estado, el que callara! ¡Yo, que había recorrido todos los vagones buscando solución al enigma...! Qué pena que se me hubiera olvidado en qué consistía el enigma; no lo recordaba; era algo muy importante... Bueno, qué más daba; luego lo recordaría... Una mujer estaba llorando y eso era mucho más importante... ¡Ah, infames! ¡Habían convertido mi tierra en el más sórdido de los infiernos y obligaban a la gente a esconder las lágrimas y a hacer en cambio ostentación de la risa...! ¡Ah, malditos canallas! No han dejado nada a la gente que no sea «aflicción» y «miedo», y han hecho luego que la risa sea pública y que estén prohibidas las lágrimas...

¡Ah, cómo me gustaría decir ahora algo y, con mi verbo, hacer que se abrasaran todos esos canallas! ¡Decir algo que, de haber podido oírlo, habría hecho cundir el pánico entre los pueblos de la Antigüedad...!

Pensé un poco y dije:

—¡Princesa...! ¡Escucha, princesa...!

—Bueno, ¿qué quieres ahora?

—Ya no tienes armónica. No se ve.

—¿Y qué ves entonces?

—Sólo arbustillos. —Seguía contestándome sin volverse hacia mí y mirando por la ventanilla.

—Por lo que veo el arbustillo eres tú...

«Bueno, si hay que ser arbustillo, pues seré arbustillo.» Me sentí débil de pronto, me senté en uno de los asientos y me quedé postrado. Ni aunque me hubieran matado habría sido capaz de recordar por qué me había

puesto a recorrer los vagones y me había encontrado con esa mujer... ¿Qué «cosa importante» sería esa?

—¡Escucha, princesa...! ¿Dónde está Piotr, tu ayuda de cámara? No lo he visto desde agosto.

—¿Qué tonterías estás diciendo?

—Palabra de honor que no lo he visto desde entonces... ¿Dónde está tu ayuda de cámara, dónde está?

—¡Es tan tuyo como mío! —enseñó los dientes la princesa. Y, de pronto, salió bruscamente hacia la puerta del vagón, barriendo el suelo con el vestido. Se detuvo junto a la puerta, volvió hacia mí su áspero y trémulo rostro cubierto de lágrimas y gritó:

—¡Te odio, Andrei Mijáilovich! ¡¡Te odio!!

Y desapareció.

«Eso sí que síii —dije yo despacio y entusiasmado, igual que había hecho antes el decembrista—. ¡Con qué destreza me ha cortado!» ¡Pero se ha marchado sin responder a lo más importante...! Reina de los Cielos, ¿pero qué será eso tan importante? ¡En nombre de Tus mercedes, haz que recuerde...! ¡Ayuda de cámara!

Toqué la campanilla... Pasada una hora volví a tocarla de nuevo.

—¡¡A-yu-da de cá-ma-ra!!

Se presentó el criado, todo de amarillo. Era Piotr, mi ayuda de cámara. En cierta ocasión en que estaba borracho le aconsejé que se vistiera todo de amarillo y que fuera de esa guisa hasta que muriera. Y resulta que el tonto me había hecho caso y aún seguía vistiendo así.

—¿Sabes, Piotr? ¿Estaba ahora dormido o no? ¿Tú qué crees? ¿Dormía?

—En el otro vagón sí que has estado durmiendo.

—¿Y en éste no?

—En éste, no.

—Qué extraño me parece eso, Piotr... Anda, enciende los candelabros. Me gusta que estén encendidos, aunque no sé muy bien qué son los candelabros... Porque (¿sabes?) empiezo de nuevo a sentirme inquieto... Entonces, según tú, he dormido en el otro vagón y me he despertado en éste. ¿No es así, Piotr?

—No lo sé. Yo he estado durmiendo en este vagón.

—Huuum, de acuerdo, de acuerdo. Pero ¿por qué entonces no te has levantado y me has despertado? ¿Por qué?

—¡Y para qué iba a despertarte! No tenía sentido despertarte en este vagón porque dormías en el otro. ¡Y para qué despertarte en el otro si tú mismo te habías despertado en éste!

—No me confundas, Piotr, no me confundas... Deja que piense. Mira, Piotr, tengo un interrogante. Y de lo grande que es, no logro aclararlo.

—¿Y cuál es ese interrogante?

—Pues éste: ¿Me queda algo de beber...?

Omutische - Leónovo

...No, no; no creas que ése es el interrogante. Ése es sólo el medio para aclararlo. Cuando la borrachera se va del corazón, aparecen el miedo y la fragilidad de conciencia. Si hubiese podido echar ahora un trago no estaría tan hecho pedazos y tan disperso... ¿Se nota mucho que estoy hecho pedazos?

—No se nota absolutamente nada. Salvo que tienes la jeta hinchada.

—Bueno, eso no importa. Lo de la jeta no importa...

—Y no hay nada de beber —me sopló Piotr. Y se levantó y encendió los candelabros.

Yo me animé.

—Qué bien que los hayas encendido, qué bien. Porque (¿sabes?) siento una ligera intranquilidad. Seguimos viajando, llevamos toda la noche viajando y no hay nadie con nosotros, salvo nosotros.

—¿Y dónde está tu princesa, Piotr?

—Hace tiempo que ha bajado.

—¿Y dónde ha bajado?

—En Jrapunovo. Iba de Petushkí a Jrapunovo. Subió en Oriéjovo-Zúevo y se ha bajado en Jrapunovo.

—¡Pero qué Jrapunovo! No paras de decir tonterías... Y no me confundas, no me confundas... Así, así... el pensamiento más importante... No sé por qué, pero Antón Chéjov me está dando vueltas por la cabeza. Sí, y también Friedrich Schiller. Friedrich Schiller y Antón Chéjov. Pero no tengo la menor idea de por qué. Sí, sí... aquí está, ahora está más claro: cuando Friedrich Schiller se sentaba a escribir una tragedia metía siempre los pies en champán. Aunque, no, no es así. El consejero privado Goethe era el que iba por casa en zapatillas y bata... Pero yo, no. Yo, hasta por casa ando sin bata. Y llevo zapatillas hasta por la calle... Pero ¿qué tiene que ver aquí Schiller? Sí, claro: cuando le tocaba beber vodka metía los pies en champán. Metía los pies en champán y bebía. ¡Formidable!

Y Antón Chéjov dijo antes de morir: «Quiero beber». Y murió...

Piotr permanecía ante mí y seguía mirándome.

—¿Por qué me miras así, Piotr? Aparta tu vista y no me mires, que eres un ser vulgar. Estoy tratando de concentrar mis pensamientos y tú no haces más que mirarme... Hubo también ese Hegel. Me acuerdo muy bien de que hubo ese Hegel, que decía: «No existen diferencias, salvo diferencias de grado, entre los diferentes grados y la ausencia de diferencias». Lo que, traducido a un lenguaje decente, significa: «¿Y quien no bebe hoy en día...? ¿Hay algo de beber, Piotr?

—No hay nada. Se ha acabado todo.

—¿Y no hay nadie en el tren?

—Nadie.

—Ya...

Me puse de nuevo a pensar. Y el pensamiento que tuve era raro. Se trataba de un pensamiento que se envolvía en torno a alguna cosa que, a su vez, se envolvía en otra. Y ese «algo» también era extraño. Y el pensamiento, el pensamiento era pesado...

¿Qué estaba haciendo en ese instante? ¿Me estaba durmiendo o despertando? No lo sé. ¿Y cómo iba a saberlo? «La existencia es algo real. Pero, ¿qué nombre se *le* podría dar? No es ni sueño ni vigilia». Pasé dormitando de doce a treinta y cinco minutos.

Y cuando volví en mí no había ni un alma en el vagón; Piotr había desaparecido. El tren seguía corriendo a través de la lluvia y de la oscuridad. Era extraño escuchar el golpeteo de las puertas de todos los vagones: sí, era extraño porque no había ni un alma en ninguno de los vagones...

Yo yacía como un cadáver en helada transpiración y el miedo seguía concentrándose bajo mi corazón...

—¡A-yu-da de cá-ma-ra!

Piotr apareció en la puerta con rostro cianótico y malévolo.

—Ven aquí, Piotr. Acércate. También tú estás todo mojado. ¿Por qué? Eras tú el que hacía retumbar las puertas, ¿no?

—No hacía retumbar nada. Estaba durmiendo.

—Entonces, ¿quién hacía retumbar las puertas? Piotr me miraba sin parpadear.

—Bueno, no importa, no importa. Si crece la inquietud bajo el corazón, hay que ahogarla; y, para ahogarla, hay que beber. ¿Tenemos algo de beber?

—No hay nada. Se ha acabado todo.

—¿Y no hay nadie-nadie en el tren?

—Nadie.

—¡¡¡Mientes, Piotr, me estás mintiendo todo el rato!!! Si no hay nadie, ¿quién hace resonar puertas y ventanas? ¿Eh? ¿Lo sabes...? ¿Me oyes...? Seguro que tienes también algo de beber y me estás engañando todo el tiempo...

Piotr seguía mirándome como antes, sin parpadear y con malicia. Y luego, sí, sí, cayó sobre un candelabro y lo apagó con el cuerpo. Y siguió apagando así las demás velas del vagón. ¡Le da vergüenza, le da vergüenza!, pensé yo. Pero ya había saltado por la ventanilla.

—¡Vuelve, Piotr! —grité hasta tal punto que no reconocí mi propia voz—. ¡Vuelve!

—¡Granuja! —contestó aquél desde el otro lado de la ventanilla.

Y de repente, revoloteando, entró de nuevo en el vagón. Se me acercó volando y me tiró del pelo; primero, hacia adelante; luego, hacia atrás, y después otra vez hacia adelante; y todo ello con desesperada cólera...

—¿Qué te pasa, Piotr? ¡¿Qué te pasa?!

—¡Nada! ¡Quédate! ¡Quédate aquí, abuelita! ¡Quédate, vieja miserable! ¡Vete a Moscú! ¡Vete a vender tus pipas! ¡Yo ya no puedo más, no puedo-o-o-o...!

Y se fue de nuevo revoloteando, esta vez para siempre.

«¡Maldita sea! ¿Qué les pasará a todos?» Me apreté las sienes, sentí un estremecimiento y comencé a tener sacudidas por todo el cuerpo. Los vagones se estremecieron y empezaron a temblar a la vez que yo. Resulta que hacía tiempo que tenían sacudidas y temblaban...

Leónovo - Petushkí

...Las puertas de los vagones comenzaron a sonar. Luego, se pusieron a golpetear cada vez con más fuerza y más claramente. Y hete aquí que el tractorista Evtiushkin entra volando en el vagón y, con la cara azulada por el miedo, lo recorre a toda prisa. Al cabo de unos diez segundos irrumpe de la misma manera un tropel de Erinias, que se dirigen hacia él. Truenan panderos y címbalos...

Se me pusieron los pelos de punta. Fuera de mí, me levanté de un salto y comencé a patalear.

«¡Deteneos, chicas! ¡Deteneos, diosas de la venganza! ¡No hay culpables en el mundo...!» Pero seguían corriendo.

Y cuando la última de ellas llegó a mi altura, me encrespé y la agarré por detrás. Venía sofocada de correr.

—¿Adónde vais? ¿Adónde vais a todo correr...?

—¡¿Qué quieres?! ¡Déjame en paaaz! ¡Suéeeltame...!

—¿Adónde vais? ¿¿Y adónde vamos todos...??

—¡A ti qué te importa, locooo...!

Y se volvió de repente hacia mí, agarró mi cabeza y me besó en la frente. Fue tan inesperado todo que me quedé turbado, me senté en cuclillas y comencé a mordisquear un girasol.

Y mientras mordisqueaba el girasol, ella se alejó un poco, corriendo. Me lanzó una mirada, volvió y me sacudió en la mejilla izquierda. Me sacudió, se elevó bruscamente hacia el techo y salió volando a buscar a sus compañeras. Corrí tras ella inclinando el cuello de un modo criminal...

Flameaba el ocaso y los caballos se estremecían. ¿Dónde estaba la felicidad de la que hablaban los periódicos? Yo corría y corría en medio del torbellino y de las tinieblas, arrancando las puertas de los goznes. Sabía que el tren «Moscú-Petushkí» se estaba deslizando por la pendiente. Los vagones se elevaban y, como aturdidos, volvían a precipitarse hacia abajo... Comencé entonces a agitarme y grité:

—¡Oh-oh-oh-oh-oh! ¡Espera-a-ad...! ¡Ah-ahah-ah...!

Tras gritar, me quedé estupefacto: el coro de Erinias volvía corriendo del vagón de cabeza directamente hacia mí, en forma de caótico rebaño y perseguido por

el enfurecido Evtiushkin. La avalancha me derrumbó y me enterró...

Los címbalos seguían resonando. Los panderos tronaban y las estrellas caían sobre el porche del sóviet de la aldea. Y Salomé se reía a carcajadas.

Petushkí - Andén

Luego, todo comenzó a arremolinarse. Si decís que aquello era niebla, puede que os dé la razón: sí, parecía niebla. Y si decís que no, que no era niebla sino fuego y hielo —ora hielo, ora fuego—, contestaré que tal vez fuese hielo y fuego. Al principio se hiela la sangre; y cuando ya se ha helado, se pone a hervir inmediatamente; cuando está hirviendo se vuelve a helar otra vez.

«Debo de tener fiebre —pensé—. Esa niebla abrasadora que me rodea la tiene que producir la fiebre. Ha de ser fiebre porque tengo escalofríos, y a mi alrededor hay una niebla caliente». Y de la niebla sale alguien muy conocido. Puede que no sea Aquiles, pero es alguien muy conocido. ¡Ah! Ahora lo reconozco: es el rey Mitrídates del Ponto. Está todo cubierto de mocos y lleva en la mano una navaja...

—¿Eres tú, Mitrídates? —me sentía tan mal que apenas se me oía la voz—. ¿Eres tú, Mitrídates...?

—Sí, soy yo —contestó el rey Mitrídates del Ponto.

—¿Y por qué estás tan sucio?

—Siempre me pasa lo mismo. Cada vez que hay luna llena me inundo de mocos...

—Y los demás días, ¿no tienes?

—A veces también tengo. Pero no tantos como cuando hay luna llena.

—¿Y qué haces? ¿No te los secas? —dije casi en un susurro—. ¿No te los secas?

—¿Cómo te lo explicaría? A veces me los seco. Pero ¿puede uno secarse los mocos en luna llena? En lugar de secarlos lo que hace uno es extenderlos. Y, además, cada cual tiene sus preferencias: unos prefieren echar los mocos, a otros les gusta secárselos, y hay quienes prefieren extenderlos. Y cuando hay luna llena...

Yo le interrumpí:

—Qué bien hablas, Mitrídates. Pero ¿para qué llevas una navaja en la mano...?

—¿Que para qué...? ¡Pues para pincharte! ¡Para eso...! Menuda pregunta se te ha ocurrido. ¿Para qué...? Desde luego que para pincharte...

¡Y cómo cambió de repente! Hasta entonces había estado hablando pacíficamente. Pero en cuanto dijo esas palabras enseñó los dientes, se puso del color del hollín —¿adónde habrían ido a parar todos sus mocos?— ¡y comenzó, además, a reír a carcajadas! Luego, mostró de nuevo los dientes y, a continuación, ¡volvió a reír a carcajadas!

Los escalofríos volvieron a hacerme temblar:

—¡Qué dices, Mitrídates, qué dices! —no sé si susurré o grité—. Pero ¿por qué...? Guarda la navaja, guárdatela. —Pero ya no oyó nada y, como si se lo llevaran mil demonios negros, alzó la mano para pincharme...—. ¡Monstruo! —Y en ese momento me agujereó el costado izquierdo. Yo gemí en voz baja porque ni siquiera tenía fuerzas para defenderme de la navaja con la mano...—. Para, Mitrídates, para...

Pero entonces me agujereó el costado derecho. Luego, otra vez el izquierdo. Después, de nuevo el derecho. Yo no conseguía hacer otra cosa que lanzar agudos e impotentes chillidos. Y comencé a temblar de dolor, mientras me agitaba en el andén. Me desperté en medio de convulsiones. Alrededor no había nada salvo el viento, la oscuridad y un frío perruno. «¿Qué me pasa? ¿En dónde estoy? ¿Por qué llueve, Dios mío?...»

Y volví a dormirme. Comenzaron a repetirse de nuevo los escalofríos, el ardor, la fiebre. De la lejanía, de donde estaba la niebla, surgieron los dos *gigantones* de la escultura de Mújina —el obrero con un mazo y la campesina con la hoz—. Al llegar cerca de mí sonrieron burlonamente los dos. El obrero me sacudió con el mazo en la cabeza; a continuación, la campesina me dio en los huevos con la hoz. Yo grité —grité probablemente de verdad— y volví a despertarme. Esta vez debía de tener incluso convulsiones porque me temblaba todo: la cara, la ropa, el alma y los pensamientos.

¡Ah, qué dolor! ¡Ah, qué frío de perros! ¡Ah, qué impotencia! Si, a partir de ahora, todos los viernes iban a ser como hoy, cualquier jueves me ahorcaría... ¿Eran ésas las convulsiones que me tenías preparadas, Petushkí? Mientras yo trataba de alcanzarte, ¿quién degolló los pajaritos y pisoteó el jazmín...? ¡Reina de los cielos, estoy en Petushkí...!

No importa, no importa, Eroféiev... *Talitá kum,* como dijo el Salvador; es decir, levántate y anda. Sé que estás aplastado, que tus miembros y tu alma están molidos, que el andén está mojado y vacío, que nadie

ha venido a esperarte y que nunca vendrá nadie a esperarte. Y a pesar de todo, levántate y anda. Inténtalo... ¿Y tu maletín? Dios mío, ¿dónde estará el maletín con las golosinas? Las dos bolsas de avellanas para el niño y los bombones «La liebrecilla». Y las botellas vacías... ¿Dónde estará el maletín? ¿Quién lo habrá robado y por qué lo habrá hecho? ¡Si sólo llevaba las golosinas...! Pero mira a ver si tienes dinero. ¿No te queda al menos un poquito...? Sí, sí, hay un poquito; muy muy poquito. Pero ¿de qué te sirve ahora el dinero...? ¡Ah, fugacidad de las cosas! ¡Ah, vanidad! ¡Ah, tiempo que va desde que se cierran las tiendas hasta el alba, el tiempo más aborrecible de la vida de mi pueblo...!

«No importa, no importa, Eroféiev... *Talitá kum*, como dijo tu Reina cuando yacías en el ataúd. Es decir, levántate, seca tu abrigo, limpia tus pantalones, sacúdete y camina. Intenta dar al menos dos pasos y todo será luego más fácil. A medida que avances, te será más fácil. Tú mismo le decías al niño enfermo: "Un-dos-pon-te los zapatos ¿no-te-da vergüenza dormir?..." Lo primero es alejarse de los raíles; por aquí pasan constantemente los trenes de Moscú a Petushkí y de Petushkí a Moscú. Aléjate de los raíles. Luego te enterarás de todo, de por qué no hay ni un alma por ninguna parte, de por qué no ha venido ella; luego te enterarás de todo... Camina, Viénichka, camina...»

Petushkí. Plaza de la estación

«Si quieres ir a la izquierda, vete a la izquierda, Viénichka. Si quieres ir a la derecha, vete a la derecha. De todas formas, no tienes adonde ir. Así que mejor será que vayas de frente, adonde te lleven los pies...» Alguien me dijo una vez que era muy fácil morir, que para ello sólo hacía falta inspirar cuarenta veces seguidas todo lo profundamente que se pudiera y espirar la misma cantidad de veces desde lo profundo del corazón: el alma escaparía entonces. ¿No debería probarlo...?

¡Oh, espera, espera...! ¿¿No debería averiguar antes qué hora es?? ¿Averiguar la hora que es...? Pero ¿a quién podría preguntarle si no hay ni un alma en toda la plaza, si no hay absolutamente nadie? Y si te encontraras con algún ser vivo, ¿acaso te dejarían despegar los labios el frío y la aflicción? Sí, la aflicción y el frío... ¡Ah, mudez...!

Cuando muera —y sé que moriré muy pronto—, lo haré sin haber llegado a aceptar este mundo. Lo habré conocido de cerca y de lejos, por dentro y por fuera, pero moriré sin haberlo aceptado. Y Él me preguntará: «¿Te has sentido bien ahí? ¿Te has sentido mal?» Y yo callaré, bajaré la vista y callaré. Será esa mudez tan conocida de todos los que saben cómo acaba una fuerte borrachera de muchos días. Porque, ¿no es la vida humana una momentánea cogorza del alma? ¿Y no es también un eclipse del alma? Es como si todos estuviéramos borrachos, aunque cada uno a su manera. Habiendo bebido unos más que otros y siendo distinta la repercusión en cada uno: riéndose

unos del mundo en su propia cara, y llorando otros en el pecho de ese mundo. Unos han vomitado ya y se sienten bien, y otros no han hecho más que empezar a tener náuseas. Pero yo —¿qué yo?— he probado muchas cosas y no he obtenido ningún resultado; ni siquiera me he reído una vez como Dios manda ni he vomitado nunca. Y me encuentro con que, habiendo catado tanto que hasta he perdido la cuenta del volumen y el orden en que lo he hecho, estoy en este mundo más sereno que nadie; y es que no me afecta fácilmente... «Pero, por qué callas?», me preguntará el Señor, envuelto por completo en relámpagos azules. ¿Y qué podré contestarle? Seguiré igual: callado, callado...

¿No debería, tal vez, despegar los labios? ¿Buscar algún ser vivo y preguntarle qué hora es...?

¿Pero para qué necesitas la hora, Viénichka? Es mejor que camines, que camines. Cúbrete del viento y camina lentamente... La hora debiste averiguarla el viernes pasado cuando estabas en el paraíso celestial. Pero ahora que no estás en el paraíso celestial, ¿para qué quieres la hora? Tu Reina no ha venido a esperarte al andén con las pestañas entornadas; tu divinidad te ha vuelto la espalda. ¿Para qué quieres entonces averiguar la hora? Esa mujer que «no es mujer sino auténtica jalea de almendra» no ha venido a esperarte al andén. Ese consuelo del género humano, ese lirio del valle, no ha venido a recibirte. Después de eso, ¿qué sentido tiene que averigües la hora, Viénichka...?

¿Qué es lo que te queda? Por la mañana el gemido, por la tarde el llanto y por la noche el rechinar de dientes... ¿Quién, en todo el mundo, se interesa por tu

corazón? ¿Quién...? Mira, llama a cualquier puerta de Petushkí y pregunta desde el umbral: «¿Os interesa mi corazón?» Dios mío...

Doblé la esquina y llamé a la primera puerta.

Petushkí - Ronda de Sadóvoe

Llamé y, estremeciéndome de frío, me puse a esperar a que me abrieran... ¡Qué casas tan anormalmente altas habían construido en Petushkí...! Aunque siempre ocurre lo mismo después de una borrachera de muchos días: la gente parece horriblemente enfadada, las calles excesivamente anchas, las casas enormemente grandes... Todo aumenta después de la borrachera, de la misma manera que todo parece más pequeño de lo normal cuando estás borracho... ¿Te acuerdas del lema del de los bigotes negros?

Llamé una vez más y un poco más fuerte que antes:

¿Tanto cuesta abrirle a alguien la puerta y dejarle entrar tres minutos para que se caliente? No lo comprendo... Ellos, tan serios, lo comprenden; y yo, tan insignificante, no lo he entendido nunca... *Mené, Tequel, Parsín:* es decir, has sido pesado en la balanza y se te ha encontrado persona de poco peso, o sea, «tequel»... Bueno, está bien, está bien...

Pero, ¿tienen *allá* balanza o no la tienen? Aunque da lo mismo, porque en *esa* balanza un suspiro y una lágrima pesarían más que el cálculo y la mala intención. Eso lo sé yo con mayor certeza que todo lo que podáis saber vosotros. He vivido mucho, he bebido y he pensado también mucho y sé lo que me digo. Todas

las estrellas que os orientan caminan hacia el ocaso; y si no caminan hacia el ocaso, apenas resplandecen. No os conozco, gentes; os conozco mal. Rara vez os he prestado atención, pero me interesáis; me interesa saber dónde están ahora vuestras almas para cerciorarme de si la estrella de Belén luce de nuevo o ha comenzado a apagarse otra vez. Eso es lo principal. Porque todas las demás estrellas caminan hacia el ocaso; y si no caminan hacia el ocaso, apenas resplandecen (y aun cuando brillen, no valen ni dos escupitajos).

Tanto si tienen *allá* balanza como si no la tienen, las personas insignificantes inclinaremos *allá* la balanza y venceremos. Creo en eso con más firmeza que vosotros en cosa alguna. Lo creo, lo sé y lo afirmo ante el mundo. Pero ¿por qué se habrán ensanchado de manera tan anormal las calles de Petushkí...?»

Me distancié de las puertas y paseé mi pesada mirada de casa en casa, de portal en portal. Y, mientras tanto, un molesto pensamiento que me daba miedo formular y una molesta sospecha que también me daba miedo formular, se iban abriendo camino en mi interior. Yo seguía caminando y caminando e iba estudiando con la mirada cada casa. Pero no podía ver bien: debido al frío o a alguna otra causa, mis ojos se habían cubierto de lágrimas...

«No llores, Eroféiev, no llores... ¿Para qué llorar? ¿Y por qué tiemblas tanto? ¿Por el frío o por alguna otra cosa...? No has de temblar... »

¡Si al menos tuviera veinte tragos de Kubánskaia! ¡Me llegarían al corazón y éste sería capaz de convencer a la razón de que estaba en Petushkí! Pero no tenía

Kubánskaia. Torcí por un callejón y de nuevo me puse a temblar y a llorar...

Y en ese momento comenzó la historia más terrible de todas las que había visto en sueños. Por aquel mismo callejón caminaban hacia mí los cuatro... Los reconocí inmediatamente —no os voy a explicar quiénes eran esos cuatro...—. Comencé a temblar con más fuerza que antes, hasta que me convertí todo yo en una continua convulsión...

Se acercaron y me rodearon. ¿Cómo os podría explicar las jetas que tenían? No se trataba en absoluto de jetas de bandidos, qué va. Tenían, por el contrario, un aire más bien clásico. Pero en las miradas de los cuatro... ¿Sabéis? ¿Os habéis agachado alguna vez en el retrete de la estación de Petushkí? ¿Recordáis que allí, bajo los orificios redondos y a una profundidad inmensa, se mece y brilla un líquido viscoso de color marrón? Pues ese aspecto tenían los ojos de los cuatro tipos. Y el cuarto se parecía... bueno, luego diré a quién se parecía.

—Por fin has caído —dijo uno.

—¿Cómo que... he caído? —mi voz temblaba terriblemente debido a la resaca y los escalofríos. Ellos pensaron que se debía al miedo.

—¡Pues sí, has caído! Ya no vas a ir más a ninguna parte.

—Pero ¿por qué...?

—Pues porque sí.

—Pero... —La voz se me escapaba porque, además de la voz, me temblaban todos los nervios. Por la noche no se puede confiar en uno mismo; me refiero a las noches frías. Hasta el Apóstol traicionó a Cristo

antes de que cantara el gallo por tercera vez. O más exactamente: hasta el Apóstol traicionó tres veces a Cristo antes de que cantara el gallo. Y yo sé por qué le traicionó: porque estaba temblando de frío. Sí. Y eso que se estaba calentando con *aquellos* junto a la hoguera. Y yo no tenía ninguna hoguera y había estado bebiendo toda una semana. Si en ese momento me hubieran puesto a prueba habría traicionado setenta veces siete, y hasta más...

—Pero —les dije como pude— ¿por qué no me dejáis...? ¿Qué queréis de mí...? Si lo que pasa es que no he llegado a ver a mi chica... he estado viajando y no he llegado... es que me dormí y pasé de largo. Me robaron el maletín mientras dormía... sólo llevaba tonterías; pero aun así me da pena... «La liebrecilla»...

—Pero ¿qué liebrecilla? —preguntó uno malévolamente.

—Pues bombones, bombones «La liebrecilla»... Y doscientos gramos de avellanas que le llevaba al crío; se las había prometido porque se sabía una letra... pero eran tonterías... sólo he de esperar a que amanezca y emprenderé el viaje otra vez... claro que sin dinero y sin golosinas. Pero ellos me recibirán igual y no dirán nada... al contrario.

Los cuatro a un tiempo me miraban de frente y seguro que pensaban: «¡Qué cobarde y elemental es este canalla!» ¡Ah, que lo pensasen, que lo pensasen! ¡Con tal de que me soltaran...!

—Quiero ir otra vez a Petushkí...

—¡Tú no vas a ir a ningún Petushkí!

—Bueno... no iré. Quiero ir a la estación de Kursk...

—¡Menuda estación vas a tener tú!

—Pero ¿por qué...?

—¡Pues porque sí!

Uno de ellos levantó la mano y me golpeó en la mejilla; otro me sacudió en la cara con el puño. Los dos restantes avanzaron también. Yo no entendía nada. A pesar de todo, pude mantenerme en pie y fui retrocediendo despacio, despacio, despacio, mientras los cuatro avanzaban juntos poco a poco...

«¡Corre a cualquier parte, Viénichka! ¡Adonde sea...! ¡Corre a la estación de Kursk! ¡A la izquierda, a la derecha o hacia atrás, siempre llegarás allí! ¡Corre, Viénichka, corre...!»

Me agarré la cabeza con las manos y eché a correr. Ellos salieron tras de mí...

Petushkí. Kremlin. Monumento a Minin y Pozharski

«Pero ¿no será esto Petushkí...? ¿Por qué no hay gente en las calles? ¿En dónde se habrán metido todos...? Si me alcanzan, me matarán... pero ¿a quién llamar? No hay luz en ninguna ventana... y las farolas lucen de manera fantástica, sin parpadear.

»Es muy probable que esto sea Petushkí... Por ejemplo, esta casa hacia la que ahora corro es la Seguridad Social y tras ella está la oscuridad... La Seguridad Social de Petushkí, y tras ella la oscuridad por los siglos de los siglos y la morada de las almas de los muertos... ¡Oh, no, no...!»

Salí a una plaza cubierta de húmedos adoquines, recuperé el aliento y miré a mi alrededor:

«¡Esto no es Petushkí, no...! Si el Señor abandonó para siempre la tierra pero nos ve a todos, seguro que jamás ha dirigido Su mirada hacia este lado... Y si *Él* no dejó nunca la tierra, si la recorrió por entero descalzo y como esclavo, seguro que pasó de largo por este lugar, seguro que no se detuvo aquí...

»¡No, esto no es Petushkí! El Señor no pasó de largo por Petushkí. En cierta ocasión en que Él estaba cansado, pernoctó allí al calor de una hoguera. Y yo he podido percibir que en algunas de las almas de Petushkí quedaban las cenizas y el humo de Su acampada. No es necesario que quedara fuego; ha bastado con que quedaran las cenizas y el humo...»

¡Esto no era Petushkí, no! Ante mí brillaba el Kremlin en todo su esplendor. Y aunque ya oía los pasos de los perseguidores, todavía tuve tiempo de pensar: He recorrido Moscú a lo largo y a lo ancho, sobrio y después de las borracheras, y no he visto el Kremlin ni una sola vez. Cuando buscaba el Kremlin, siempre aparecía en la estación de Kursk. ¡Y lo veo precisamente ahora cuando necesito más que nada en el mundo llegar a la estación de Kursk...!

Los caminos del Señor son inescrutables...

Los pasos seguían acercándose, pero yo no conseguía tomar aire para seguir corriendo. No pude hacer otra cosa que arrastrarme hasta las murallas del Kremlin y ahí me desplomé... El cuerpo entero me temblaba de frío y el miedo me consumía: pero todo me daba igual...

Venían los cuatro por la plaza, dos por cada lado. «¿Quiénes son y qué les he hecho yo? —ésa era una pregunta que yo no me hacía—. Da lo mismo. También da lo mismo que me vean o que no me vean. No quiero temblar, lo que necesito es calma; eso es todo lo que deseo... Sálvame, Señor...»

A pesar de todo, me vieron. Se acercaron y, en medio de pesados resoplidos, me rodearon. Menos mal que tuve tiempo de ponerme en pie; si no, me habrían matado allí mismo...

—Querías escapar de nosotros, ¿eh? De *nosotros* —gruñó uno; y, agarrándome por el pelo, estrelló mi cabeza con todas sus fuerzas contra la muralla del Kremlin. Creí que se me abría el cráneo de dolor. La sangre corría por mi cara y se me escurría por el cuello... Faltó poco para que cayera, pero logré mantenerme en pie... ¡Y empezó la paliza!

—¡Dale una patada en la tripa, en la tripa! ¡Quiero verle en cuclillas!

¡Dios mío! Logré escapar y empecé a correr plaza abajo. «¡Corre, Viénichka! ¡Corre, que puedes escapar! ¡No saben correr!» Me detuve unos instantes junto al monumento. Me quité la sangre de las cejas para ver mejor y miré primero a Minin y después a Pozharski; luego, otra vez a Minin. ¿Hacia dónde tenía que correr? ¿Hacia dónde? ¿Dónde estaba la estación de Kursk y hacia dónde tenía que correr? No tenía tiempo de reflexionar y me fui volando en la dirección que señalaba la mirada del príncipe Dmitri Pozharski...

MOSCÚ - PETUSHKÍ
PORTAL DESCONOCIDO

A pesar de todo, hasta el último momento no dejé de pensar que podría librarme de ellos. Cuando entré en un portal desconocido, llegué al rellano superior arrastrándome y me desplomé de nuevo, todavía seguía teniendo esperanza... «Ah, no importa, no importa. En una hora el corazón se me habrá tranquilizado y la sangre estará limpia. Quédate tumbado, Viénichka. Quédate tumbado hasta que amanezca y, luego, a la estación de Kursk... No tiembles así, te he dicho que no tiembles...»

El corazón me latía tanto que no me dejaba oír. Y sin embargo, oí cómo se abría lentamente la puerta de la calle, que no volvió a cerrarse hasta pasados unos cinco segundos...

Todo tembloroso, me dije a mí mismo: «*Talitá kum*, o sea, levántate y prepárate a morir...» Pero eso no era *talitá kum;* lo notaba; eso era, como dijo el Salvador, *lama sabactaní*... Es decir: «¡Por qué me has desamparado, Señor?» ¡Por qué me habría abandonado el Señor?

El Señor callaba.

¡Ángeles del cielo! ¡Estaban subiendo! ¡Qué podía hacer para no morir? ¡Qué podía hacer? ¡Ángeles...!

Y los ángeles se rieron. ¿Sabéis cómo se ríen los ángeles? Son unas criaturas ignominiosas; ahora lo sé. ¿Queréis que os diga cómo se rieron en ese momento? Hace algún tiempo, el tren atropelló a un hombre junto a la estación de Lobna. Y lo atropelló de una manera inaudita: partió en pequeños pedazos toda su

mitad inferior y la esparció por la vía; la mitad superior, de la cintura para arriba, quedó sobre la vía como si estuviera viva y colocada en un pedestal —así como están los bustos de tantos canallas—. El tren partió, pero el hombre —su mitad— siguió ahí; había en su cara una expresión de perplejidad y tenía la boca entreabierta. Hubo muchas personas que no podían soportar verlo; volvían la cara descompuestas y con la flojera de la muerte en los corazones. Pero unos niños se acercaron corriendo —eran tres o cuatro—. Cogieron de por ahí una colilla humeante y la introdujeron en la entreabierta boca sin vida. La colilla seguía humeando y los niños saltaban alrededor; divertidos, reían a carcajadas...

Pues de la misma manera se reían de mí ahora los ángeles del cielo. Ellos reían y Dios callaba... Y yo iba a ver ya a aquellos cuatro: habían rebasado el penúltimo rellano... Cuando les vi realmente, el asombro fue mucho más fuerte (palabra de honor, mucho más fuerte) que el miedo: subían los cuatro a la vez y descalzos —llevaban el calzado en las manos—. ¿Para qué necesitaban hacer eso? ¿Para no hacer ruido en la escalera? ¿Para acercarse a mí más furtivamente? No lo sé, pero eso es lo último que recuerdo: lo asombrado que me quedé.

Ni siquiera esperaron a recobrar el aliento. Desde el último peldaño, se lanzaron a estrangularme. Eran cinco o seis manos a la vez. Yo trataba de desprenderme de esas manos y defendía mi cuello como podía. Y entonces sucedió lo más horroroso: uno de ellos, el de perfil especialmente feroz y clásico, sacó del bolsillo una inmensa lezna con mango de madera;

tal vez ni siquiera fuera una lezna sino un destornillador o alguna otra cosa —no lo sé—. Ordenó a los demás que sujetaran mis brazos y, por mucho que me defendí, me inmovilizaron contra el suelo, mientras me debatía fuera de mí por completo...

—¿Por qué, por qué...? ¿Por qué, por qué, por qué...? —musitaba yo—. ¿Por qué, por qué?

Me clavaron la lezna en la misma garganta...

No sabía que existiera en el mundo un dolor tan agudo. Me doblé de sufrimiento. Una densa y roja «iu» se instaló en el interior de mis ojos y allí se puso a danzar. Desde entonces no he recobrado el conocimiento, ni lo recobraré nunca.

Otoño del 69, mientras trabajaba en Sheremiétievo en el tendido de cables.

Moscú-Petushki es el relato alucinado y poético de un recorrido en tren de cercanías por Moscú. El texto sólo pudo circular en manuscritos mecanografiados bajo el régimen soviético; en el extranjero, se ganó una inmediata y sólida reputación desde que fue publicado por primera vez en Jerusalén en 1973.

Venedikt Eroféiev (1938-1990) nació en el asentamiento Niva-2, en el extremo noroccidental de la Unión Soviética. De carácter inconformista, rodó de una punta a otra del país tratando de obtener alguna titulación (y colocación) académica y realizando trabajos de baja cualificación, entre ellos el tendido de cable telefónico que ocupa al protagonista de la novela.

«El punto álgido de la literatura cómica de la era Brezhnev (...). Este clásico bañado en vodka describe el intento de un hombre roto de ir de un sitio a otro en una era de absoluta podredumbre social.» David Remnick

ISBN 978-84-92728-11-4
9 788492 728114
marbot ediciones][ficción

KT-268-685